
La Protegida del Duque
Una Temporada en Londres V
Sheyla Brinstong

Sheyla Brinstong

La Protegida del Duque

Una Temporada en Londres V

Argumento:

Lord Henderson huyo de Londres, preso de la culpa por todas las vidas que no pudo salvar aquella noche.
Margot creía haber desterrado de su corazón, a aquel caballero, que no dudo en dejarla atrás a merced de su hermano.
Ahora él había regresado y ella estaba en un aprieto.
Sería capaz de aceptar su ayuda sin arriesgar su corazón, sabiendo que se marcharía rompiéndolo en mil pedazos.
Anthony no tenía tiempo que perder, debía volver con los fondos o las riadas se repetirían de nuevo, pero no fue capaz de alejarse de ella, sabiendo que su vida estaba en juego.
Aunque, tarde o temprano, tendría que abandonarla de nuevo.

Capítulo 1

Era ya bien entrada la noche y el ambiente se estaba volviendo cada vez más jocoso su alrededor, gracias al elevado consumo de alcohol que habían ingerido y las jóvenes que se prestaban a acompañar a los caballeros por unas cuantas monedas.

Había llegado el momento de marcharse, estaba claro que Nell no aparecería esa noche, pensó, Margot, rebuscando en el bolsillo de su capa algunas monedas que dejo sobre la mesa al tiempo que se levantaba.

Se ajustó la capucha y se volvió hacia la entrada, justo en el momento en que un grupo de caballeros muy animados llegaban en busca de diversión.

Maldita sea, será mejor no cruzarse con ellos, pensó, yendo hacia la puerta lateral que daba al callejón.

Aunque eran pocos metros los que la separaban de la calle principal, prefería no tener que utilizar esa salida y exponerse a los peligros que una callejuela, sucia y maloliente, siempre suponía.

Cruzo el umbral y giro a la izquierda con la vista fija en la esquina, negándose a pensar en nada de lo que la rodeaba.

Un gato negro, como el tizón, saliéndole al paso la hizo saltar sobre sus pies, haciéndola caer al suelo entre los barriles que había a su alrededor.

Le siguió con la mirada hasta que desapareció calle abajo, gracias a Dios, no iban en la misma dirección, pensó, tratando de recuperar el aliento tras el susto, antes de continuar su marcha.

Tan solo un par de metros más y lo habría conseguido, se dijo dándose ánimos, busco un punto de apoyo para levantarse y entonces lo toco, aquello parecía un …, pensó, aterrada, girándose para poder verlo mejor.

A pesar de la penumbra, no tenía ninguna duda al respecto.

Había una mujer allí tirada a su lado y era ¡Nell! Quien la miraba fijamente con sus ojos, sin vida.

Un grito aterrador se escapó de su garganta mientras traba de alejarse desesperadamente, sin éxito.

—Por aquí.

Oyó que gritaban tras ella, al tiempo que unos pasos acelerados se acercaban.

Tenía que salir de allí, pensó, presa del pánico que la embargaba, tratando de levantarse, sus ojos se fijaron en el objeto brillante que mantenía sobre su mano.

Sin pensarlo dos veces lo tomo, se levantó como pudo y echo a correr hacia la calle, tan rápido como los objetos que encontraba a su paso, en el estrecho callejón, se lo permitían.

Ya averiguaría más tarde de que se trataba.

Nada más doblar la esquina vio un carruaje detenerse en la acera de enfrente y se lanzó hacia él.

Estaba salvada.

—Por el amor de Dios, mira por donde vas, jovencita —protesto al sentir que le golpeaban y le aplastaban contra el carruaje.

—¡Anthony! —exclamó, levantando la cabeza para poder mirarle, aún atrapada entre los brazos que la sostenían.

—¿Margot? —pregunto, confundido, al verla —Qué demonios estás haciendo tú aquí a estas horas.

—Eso no es asunto tuyo. —le replico, molesta, ante su velado regaño.

¿Eso era todo lo que tenía que decirla después de tantos años sin verse?, pensó, sintiendo como la furia que había sentido por su abandono, tras lo que habían vivido, renacía de nuevo en su interior.

Tomo una respiración profunda tratando de calmarse, antes de hacerle saber lo poco que la importaba su opinión, sobre su comportamiento a esas horas, pero el sonido de los pasos de los hombres que la perseguían alcanzando la calle, hizo que se lo pensara mejor.

—No ha podido ir muy lejos, encontrarla y ocuparos de ella —ordeno, Sullivan, a sus hombres, escudriñando la calle de arriba abajo con la mirada —separaos.

Anthony vio el terror en sus ojos, justo antes de que sus labios se encontraran en un tímido beso, que le encendió la sangre, tanto

por su brevedad como por la inocencia que denotaba.

—Necesito vuestro carruaje —le informo, dando un paso atrás, saliendo de sus brazos que aún la apresaban — os lo devolveré —le prometió, lanzándose al interior.

—Henderson, ¿vienes o qué?

Oyó, Anthony, que le gritaban sus acompañantes desde la puerta del burdel al que se dirigían.

Maldita sea su suerte, pensó, volviéndose hacia ellos.

—Lo siento, acabo de recordar que tenía otro compromiso al que debía acudir esta noche —grito, volviéndose hacia el carruaje y entrando tras ella.

—¿Qué estás haciendo? —le increpo al verle acomodarse frente a ella y cerrar la puerta.

—Acompañarte, no sería un caballero si no me asegurará de que llegas a tu destino sana y salva —la respondió, poniéndose cómodo —, sin contar lo que Ashford podría hacerme si me desentiendo de ti y te dejo marchar.

—Tranquilo, no tengo ninguna intención de decirle nada de nuestro encuentro.

—Estoy seguro de ello.

El sonido de la trampilla abriéndose los devolvió al presente, sobresaltándolos

—A donde, milord.

—De una vuelta por Hyde Park mientras hablamos —le pidió a su cochero, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—¡No!, tenemos que ir a Bow Street, cuanto antes, en busca del magistrado. Antes de que las pruebas desaparezcan y no puedan dar con su asesino —protesto al escucharle.

—Muy bien, a Bow Street, dando una vuelta muy larga por Hyde Park, John —claudico, al verla tan nerviosa, cerrando la trampilla.

—Es que no me has oído —se quejó, desesperada, al verle tan calmado.

—Por supuesto que sí, pero antes tendrás que contarme todo lo sucedido y yo iré a Bow Street, una vez te deje en la seguridad de tu hogar o en Ashford Hall, dependiendo de lo grave que sea la situación.

—No pienso contarte nada —le replico airada —, deténgase, por favor —le pidió al cochero, incorporándose para bajar del carruaje en cuanto se detuviera.

—John no hará nada de lo que le pidas —la advirtió, lo más calmado que pudo —, estás atrapada aquí, hasta que obtenga lo que deseo.

—Eres un …, un …, no puedes retenerme en contra de mi voluntad.

Anthony se quedó en silencio, desafiándola con la mirada.

Sabía que era una mujer decidida que no se dejaba vencer por las adversidades, eso era algo que había quedado demostrado, sin ninguna duda, aquellos días tras la tormenta y que podía arreglárselas ella sola, si era necesario, pero aquello era diferente.

Necesitaba su ayuda, lo quisiera o no.

—Mira, no voy a desaparecer, ni olvidarme de lo sucedido, no soy esa clase de persona y lo sabes —le dijo, esperando que reaccionara —, puedes contármelo aquí, tranquilamente, en la privacidad del carruaje, o al tiempo que lo haces ante el magistrado en Bow Street. Tú decides.

Margot se volvió a mirar por la ventanilla con los dientes apretados, porque la verdad es que poder compartir con Anthony toda aquella locura, sería un gran alivio, pero no sabía hasta qué punto podía confiar en él.

Al fin y al cabo, era un cliente más del burdel donde Nell trabajaba, puede incluso que esa noche tuviera pensado visitarla, pensó, imaginándosela en sus brazos, disfrutando de los placeres del lecho, sintiendo como se enervaba con solo pensar en ellos juntos, retozando.

Sacudió la cabeza para alejar aquellas imágenes, que tanto la perturbaban y poder concentrarse en lo que tenían entre manos en ese momento.

Dios, necesitaba pensar cuáles eran sus posibilidades de salir de esta por sí misma, se dijo, volviéndose hacia él para observarle, más detenidamente.

Había madurado, podía verlo en sus ojos, ya no era aquel jovencito despreocupado que fingía que todo estaba bien en medio

del caos, que recordaba.

Ahora era un hombre adulto, con fantasmas ocultos tras sus bellos ojos ambarinos, como el mar, esos ojos que la miraban, con una despreocupación del todo fingida, que estaba muy lejos de sentir y una determinación tan clara, que la hizo comprender que no cejaría en su empeño de llegar hasta el final, costara lo que costara.

Su instinto le dijo que podía confiar en él, igual que hizo tres años atrás, le necesitaba, poniendo su vida en sus manos.

Todo sería mucho más fácil teniéndole a su lado.

Capítulo 2

Anthony esperó pacientemente, muy seguro de la decisión que tomaría, sentado frente a ella, observando como había cambiado desde la última vez que la vio.

Se había convertido en una mujer hermosa, además de conservar su valentía, mezclada con aquella inocencia que su juventud le otorgaba.

Viéndola allí delante, tan indefensa y a la vez tan fuerte, sintió la necesidad, imperiosa, de abrazarla, de acunarla contra su pecho, como aquella noche en el bosque, susurrándola al oído que todo saldría bien, que él la protegería.

Pero ya no estaban a merced de los elementos, ni perdidos en mitad del bosque, sino en la ciudad, rodeados de sus pares, los cuales malinterpretarían y juzgarían, si se dejaba llevar por su deseo de darla cobijo entre sus brazos.

Vio como se erguía, orgullosa, al tiempo que alzaba la cabeza con decisión, a la vez que un suspiro de rendición se escapaba de entre sus labios y se preparó para dedicarla toda su atención.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

—Todo, para empezar, donde se supone que ha tenido lugar el crimen y como te has visto envuelta en este embrollo.

Margot, le miro sopesando su petición, hablarle directamente del callejón, solo suscitaría un sin fin de incómodas preguntas más, las cuales no los llevaría a ningún lado.

Así que decidió retroceder un poca más en el tiempo para evitarlas.

—Nell era una informante de la Gazeta, con la que suelo reunirme todos los jueves, a última hora de la tarde, en la taberna "El Cardo y la Rosa", justo antes de que empiece su jornada de trabajo en el burdel de enfrente.

—Así que era una prostituta, que vendía los secretos de los hombres que satisfacía, por un puñado de monedas, a una gaceta

sensacionalista que se lucraba con ellos.

—No te consiento que hables así de ella —se encaró a él dispuesta a defender a su amiga —. No tienes ningún derecho a juzgarla.

—Corrígeme si me equivoco, pero eso es exactamente lo que acabas de decir y será lo que intérprete cualquiera que te escuche, sin lugar a dudas, incluido el magistrado al que pretendes visitar —le recordó cuáles eran sus intenciones —. El cual no estará muy contento con que se le moleste a esas horas, de la madrugada, y menos por el asesinato de una puta traidora, que sin ninguna duda se lo merecía.

—¡Anthony! —chillo, fuera de sí, advirtiéndole para que se callara.

—Cálmate, solo trato de hacerte ver lo que todos pensaran de lo ocurrido.

Apretó los puños con fuerza, tratando de dominarse y no dejarse llevar por la ira.

Al fin y al cabo, él tenía razón, a nadie le importaría que hubieran sesgado la vida de una prostituta y mucho menos con lo que había hecho.

—Yo no soy el enemigo —le recordó, al verla más calmada —, al menos estoy dispuesto a escuchar toda la historia antes de sacar conclusiones precipitadas.

Algo que le tenía que agradecer, al menos no la estaba gritando que se olvidara de todo y regresara a su vida como si nada de ello hubiera sucedido.

Él seguía allí, sentado frente a ella, esperando pacientemente que continuara, pensó, sintiendo como su corazón se saltaba un latido, rebosante de ternura.

—Continúa —le pidió con firmeza, sospechando que había mucho más que aún no le había contado.

—La esperé hasta que el ambiente comenzó a descontrolarse, volviéndose poco decoroso, antes de asumir que no vendría.

Anthony levantó una ceja con ironía, al imaginarse el tipo de ambiente al que se refería, el cual ninguna joven bien educada,

como ella, debía, de presenciar, preguntándose hasta donde había podido observar esa noche.

—Por lo que decidí marcharme —continuo, ajena a sus pensamientos y la reacción que le habían provocado sus palabras —, pero la llegada de un grupo de caballeros en busca de diversión, me obligo a salir por la puerta lateral al callejón —se tomó un momento para apartar de su mente la imagen de Nell sin vida —. Y allí estaba, tirada en el suelo, a pocos metros de la puerta, mirándome fijamente a los ojos, y de repente aparecieron esos hombres corriendo hacia mí persiguiéndome.

Se obligó a continuar antes de que las fuerzas la abandonaran y se dejara vencer por el miedo que sentía.

Una vez más, Anthony, tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no levantarse y sentarse a su lado, parecía tan necesitada de un poco de cariño.

Algo que la Margot que él conocía no le agradecería, estaba seguro de que rechazaría su consuelo y se encerraría aún más en sí misma para lamer sus heridas.

—¿Y eso es todo? —se obligó, por el contrario, a preguntar, sin delatar en su voz lo que sentía.

—Sí —afirmo, sabiendo que mentía, al ocultarle la moneda que había encontrado junto al cadáver y que pesaba como una losa de mármol en el bolsillo de su capa.

Anthony la inspecciono durante unos segundos, en busca de algún signo que la delatara, si se había guardado algo que no le hubiera contado.

—Está bien, entonces te llevaré a tu casa —vio que iba a protestar y continuo antes de que pudiera hacerlo —. Mañana, a primera hora, iré a ver al magistrado de guardia a Bow Street y le contaré que me encontré con el cadáver en el callejón, por casualidad.

—Pero eso no es lo que ha pasado.

—A su vez, contrataré a un inspector de Bow Street, de confianza, para que investigue lo ocurrido y a algunos lacayos que se ocupen de tu seguridad.

—No necesito que me protejan y no permitiré que me dejes al margen de todo esto —protesto, sintiendo como la ira le enervaba la sangre.

—Hasta que sepamos quienes son esos hombres que te persiguen y por qué, te acompañarán y protegerán, a cualquier sitio donde vayas —le advirtió en tono autoritario —. Incluso dentro de tu propia casa.

—No tengo por qué obedecerte.

—Entonces acudiré a Ashford y le diré lo que me has contado —la amenazo, sin ningún tipo de reparo —, y te garantizo que no quieres conocer su vena protectora, cuando amenazan y persiguen a uno de los suyos. Créeme es de todo menos agradable estar bajo su estricta vigilancia.

Margot abrió la boca dispuesta a negarse en rotundo a sus exigencias, pero lo pensó mejor, no merecía la pena discutir con él.

Nada le haría cambiar de opinión, aunque se negara a reconocerlo, era aún más protector que el Duque y si a ellos se unía, Chapman, junto con las Damas de la familia, estaba perdida.

No la dejarían volver a respirar en soledad en la vida.

Era mejor fingir su acuerdo mientras estuvieran en el carruaje, para más tarde, recuperar su libertad, cuando se marchara sin darle a entender que lo haría.

—El 14 de Bryanston, Street —le dijo, por el contrario, dándole su dirección —, en Marylebone.

Anthony la observo con suspicacia, no esperaba que se rindiera tan fácilmente a sus exigencias, a pesar de haberla amenazado con contárselo al Duque.

Tendría que vigilarla de cerca para ver que tramaba, pensó, abriendo la trampilla de comunicación con el cochero, para darle su nuevo destino.

Hicieron el resto del viaje en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, sin volver a dirigirse la palabra, a pesar de los cientos de preguntas que podían palparse en el aire entre ellos, sobre que había sido de sus vidas durante esos tres, largos, años separados.

Capítulo 3

Al día siguiente, tal y como había prometido, Anthony acudió a las dependencias de Bow Street en busca del magistrado de guardia.

El cual, tal y como esperaba, tan solo tomo nota del asunto, sin darle mayor importancia.

Le costó más de media hora convencerle para que mandara a uno de sus investigadores a hacer un informe de lo sucedido y aun así no estaba seguro de que cumpliera su palabra, olvidándose del caso, una vez se hubiera marchado.

Su siguiente parada era la taberna de The Stone Bridge, el lugar preferido por los investigadores privados para intercambiar información o buscar nuevos encargos de los que ocuparse.

Anthony se acercó a la barra y pidió una pinta, antes de volverse a observar a los allí reunidos.

Buscaba un buen investigador, que a la vez fuese discreto, pero sobre todo bien educado, que tolerase a las mujeres y estuviera dispuesto a trabajar bajo sus órdenes.

Porque sabía a ciencia cierta que Margot no se quedaría al margen de la investigación, conformándose con los informes que la transmitiera, pensó, con una sonrisa, orgulloso de su valentía y arrojo.

—Lord Henderson.

Oyó que alguien le llamaba, colocándose a su lado en la barra, sin que se hubiera percatado de ello, estando como estaba, perdido en sus pensamientos.

—Señor Warren —se volvió, sorprendido, al encontrarle allí, siempre saturado de trabajo, dada su fama de discreción, por lo cual era el preferido de la nobleza para lavar sus trapos sucios.

—A veces recluto a otros investigadores para casos de menor importancia —le aclaro, adivinando el motivo de su confusión al verle.

—O intercambian información que pudiera ser relevante para ambos.

—Lo cual no explica su presencia, su excelencia, no suele acudir a este lugar cuando necesita mis servicios o los de alguno de mis compañeros de profesión.

—Puedo invitaros a otra jara de cerveza mientras os lo explico —le propuso, evitando así responderle por el momento.

—Por supuesto —le dijo, tomando su bebida y trasladándose a una de las mesas, vacías, al fondo del salón.

—Vos diréis —le sugirió, una vez ambos se acomodaron.

Anthony le observo durante unos segundos, sopesando hasta donde podía confiar en que no fuera directo a contárselo al Duque, el cual se enfadaría por no haber acudido a él en primer lugar.

Aunque eso ya carecía de importancia al haber tenido la mala fortuna de encontrarse, pensó, contándole lo que buscaba y el motivo por el que necesitaba los servicios de un profesional, aunque tuvo mucho cuidado de no mencionar el nombre de Margot, ni su implicación en el caso.

Eso era algo que no necesitaba saber por el momento, decidido a mantenerla en el anonimato todo el tiempo que pudiera.

Warren permanecía en silencio observando a los allí reunidos.

Todos eran buenos investigadores, pero ninguno de ellos sería adecuado para este caso.

Sin contar el hecho de que no aceptarían órdenes de una mujer, algunos ni siquiera la escucharían.

Además de que ninguno de ellos aceptaría investigar el posible asesinato de una prostituta, que trabajaba en uno de los burdeles preferidos por la nobleza, ya que, si alguno de sus clientes estaba implicado y lo llevaban ante la justicia por sus investigaciones, se ganarían muchos enemigos y muy posiblemente nunca más serían contratados por esta.

Arruinando así su reputación y su carrera.

Hasta que sus ojos cayeron en alguien que acababa de entrar y se acercaba a la barra.

—Dixón, es el hombre que necesitáis —dijo, volviéndose hacia él, decidido —permitirme que vaya a buscarle.

—Por supuesto.

Anthony se quedó allí sentado, observándole cruzar de nuevo el salón hacia la barra.

Era más joven de lo que deseaba, su falta de experiencia podría ser un inconveniente dada la delicadeza del caso.

No es que esperara una gran investigación, con inesperados descubrimientos, al fin y al cabo, solo era una prostituta más, de las que solían perecer cada noche en las calles de Londres.

Pero tenía que pensar en Margot y en la seriedad y profesionalidad que le daría a su informe.

Noto que ambos se incorporaban y se dirigían hacia él.

—Lord Henderson, le presento al señor Dixón, una de las jóvenes promesas de esta profesión, con el que he tenido el placer de trabajar en varias ocasiones.

—Señor Dixón, por favor, únase a nosotros —le invito a que se sentara.

—Puedo garantizarle que quedara satisfecho con su trabajo —observo al notar su reticencia.

—No soy yo quien debe quedar satisfecho, sino la persona a la que represento y no estoy seguro de que sea así.

—Ninguno de los demás aceptará las órdenes de una mujer y mucho menos el asesinato de una prostituta —le confirmo, Dixón, justo lo que estaba pensando —, se creen demasiado superiores como para rebajarse a hacer tal cosa.

—Entonces, por qué usted estaría dispuesto aceptarlo.

—Pertenezco a una nueva generación sin tantos perjuicios, aunque no me gusta demasiado el tener que involucrarme en un caso así, dada la identidad de la víctima, estoy dispuesto a hacerle un favor a Warren, aceptándolo.

—Lo cual le convierte en el hombre ideal para llevarlo —observo, Warren, quien se había mantenido al margen hasta el momento, dejando que ambos se entendieran entre ellos, sin presionarlos.

—Está bien, me ha convencido, le explicaré de que se trata exactamente —claudico, persuadido por su explicación y el apoyo de Warren en ello.

—Entiendo, que lo que quiere que haga es una investigación simple que no llevara a ningún lugar, aunque lo que en realidad desea saber es quienes eran sus perseguidores y por qué la perseguían.

—Veo que lo ha comprendido a la perfección —le alabo, felicitándole, complacido —. Lo que me recuerda que también necesitaré contratar una escolta adecuada, hasta que todo esto se aclare y cierta joven este fuera de peligro.

—Ambos nos ocuparemos de ello inmediatamente —dijo, Warren, asumiendo el control —, si me dice a donde debemos enviarla y a quién proteger.

—A la casa de la señorita Scott, en el 14 de Bryanston, Street, que es a quien deberán proteger —les respondió, al comprender que no le quedaba más remedio que desvelar su identidad, observando detenidamente su reacción.

—Uf, eso lo convierte en todo un desafío.

Dixón se volvió hacia él intrigado por su comentario.

—Ya he tenido el honor de trabajar en la protección de la señorita Scott.

—Bueno, si no me necesitan para nada más, les dejo con los detalles —afirmo, Anthony, poniéndose en pie, al tiempo que sacaba una bolsa llena de monedas del bolsillo de su abrigo y la dejaba sobre la mesa —, para los gastos iniciales. Si necesitara más no dude en pedírmelo.

—Será suficiente por el momento —dijo, Dixón, sopesándola —. Le mantendré informado de mis descubrimientos.

—No dudo de que lo hará, señores, si me disculpan, llego tarde a mi próximo compromiso.

—Milord.

Anthony salió satisfecho de la taberna y se encaminó presuroso en busca de un carruaje.

No había mentido, al marcharse tan precipitadamente, ya llegaba tarde a su cita para comer con Ashford y el primer ministro, en su Club.

A quien debía convencer de la necesidad de encauzar las aguas fluviales en las propiedades de su Majestad, antes de que ocurriera

una desgracia, e interviniera en su favor a la hora de conseguir los fondos que necesitaba para el trabajo.

El motivo por el cual se encontraba en la ciudad en realidad y no porque diera comienzo una nueva Temporada y mucho menos que buscara esposa.

Capítulo 4

Margot apenas había sido capaz de dormir un par de horas aquella noche, a pesar de la tisana que pido nada más llegar a casa, para tranquilizarse.

Los ojos sin vida, clavados en ella, era lo único que podía ver cada vez que cerraba los suyos, tratando de conciliar un sueño, que se empeñaba en escaparse entre sus dedos.

Al final decidió darse por vencida y bajar a la biblioteca, en busca de respuestas, pero tras más de dos horas rememorando todo lo que recordaba desde que llego a la taberna, seguía sin encontrarlas.

Incluso había retrocedido en sus recuerdos, a cuando aún se encontraba en el carruaje, acercándose a su destino, escudriñando las calles en busca de algo fuera de lo común, aunque no llamase su atención en ese momento, pero nada.

Si había algo allí, su mente se negaba a mostrárselo, pensó, dirigiéndose al gran escritorio de roble claro, donde solía trabajar para el periódico.

Prefería la biblioteca a su estudio, situado en la parte posterior de la casa, mucho más tranquilo y alejado del ruido de la calle, durante el invierno, y el invernadero, con sus grandes ventanales, rodeada de aromáticas flores, durante el verano.

Cualquier lugar era mejor al sitio destinado para tal fin y no sabía el motivo de su aversión al estudio, pensó, sentándose ante el escritorio y sacando una nueva libreta del último cajón, donde las guardaba.

Con la esperanza de que si escribía en ella todo lo que recordaba, al releerlo sería capaz de ver algo más entre sus líneas que ahora se le escapaba.

Pero lo único que encontró fue lo agradecida que se sentía porque fuera Anthony el caballero con el que tropezara, y lo protegida que se había sentido entre sus brazos, tal y como, aquellas noches durante la tormenta mientras la acunaba para que

durmiera, haciéndola sentir aislada del peligro en el que se encontraban.

Se echó hacia atrás, recostándose en el asiento, rememorando aquellos días, con una sonrisa plácida, asomándose tímidamente a sus labios.

A pesar de todo, no había confiado del todo en él, pensó, sacando la moneda que ocultaba en su bolsillo y examinándola bajo la luz.

Se sentía fría entre sus dedos, a pesar de los guantes que había tomado la precaución de ponerse, para perseverar las huellas que pudiera contener.

Parecía ser muy antigua, si se fijaba en lo desgastado que estaba el grabado, aunque aún podía apreciarse con claridad.

Definitivamente, no era una moneda común, de las que circulaban esos días, al menos por Inglaterra, pensó, recordándose que no era una experta en numismática y puede que estuviera confundida.

Esa era la única pista real que tenían y era incapaz de ver a donde los conducía.

El sonido del reloj, situado sobre la repisa de la chimenea, dando las siete de la mañana, la recordó que pronto estaría listo el desayuno, tras el cual debería acudir al periódico a ocuparse de sus tareas diarias.

La ciudad estaba a punto de despertar, y ella no había encontrado ninguna explicación, ni donde comenzar a buscarla, de lo ocurrido, y mucho menos de por qué esos hombres la perseguían, pensó, sintiendo un escalofrío recorriéndola de arriba abajo, solo con recordarlos.

Busco un carboncillo en el cajón superior y dibujo la moneda por ambas caras en la libreta, de esa manera podía apreciarse mejor su grabado y así poder guardarla en un lugar seguro, en lugar de llevarla consigo a todas partes, arriesgándose a perderla o lo que era más probable, que la utilizara para comprar algo en el mercado, sin darse cuenta.

Una vez termino, guardo con llave la libreta y fue en busca del desayuno, más tarde pasaría a recogerla, antes de marcharse a la

gaceta, donde la esperaban para su reunión matutina, donde se ponían al día de las últimas noticias y decidían que sucesos investigar y quien lo se encargaría de cada uno de ellos.

La gaceta no era solo un periódico sensacionalista, como muchos se empeñaban en clasificarlo, sino que se ocupaba, también, de publicar cualquier tema de interés que sucediera en la ciudad.

Aunque era verdad que una vez a la semana, los miércoles, también se incluía un suplemento especial, dedicado a airear los escándalos de la nobleza, sus cotilleos, tejes y manejes, el cual se había hecho el más popular y ansiado, cada mañana, en la ciudad, sobre todo durante la Temporada.

Margot sonrió satisfecha por ello, esa era su aportación personal al periódico y el motivo por el cual se decidió a comprarlo y trabajar en él, en lugar de ocupar su lugar en la naviera de su padre.

Para alivio de sus retrógrados socios, quienes no dudaron, ni por un momento en comprarla su parte, cuando se la ofreció, a través del Duque, quien se había ocupado de las negociaciones en su nombre, cuando le informo de cuáles eran sus planes para el futuro.

La verdad es que había tenido mucha suerte, de poder contar con él como tutor, le estaba eternamente agradecida por sus consejos y todo lo que la había ayudado, sin conocerla de nada, solo porque su esposa se lo pidió.

El sonido de su carruaje, deteniéndose en la entrada, la obligo a volver al presente, recordándola que era hora de ponerse en marcha y atender sus compromisos.

Al final, la mañana había sido de lo más caótica y a la vez satisfactoria.

Comprobar que Anthony había cumplido su palabra de informar al juez de lo acontecido la noche anterior, al encontrar el caso entre la lista de sucesos en la redacción del periódico, la había llenado de esperanza.

Convencer a uno de sus mejores periodistas de que lo cubriera, había sido más difícil de lo que esperaba, incluso había tenido que recurrir a su autoridad como editora y propietaria del mismo, para conseguirlo.

Aunque era posible que se hubiera equivocado al forzarle de esa manera, y lo único que conseguiría fueran cuatro frases irrelevantes, para cumplir su cometido, dada su experiencia en otros casos de asesinato en los que había trabajado, era el más cualificado para ello.

Pero claro, ninguno de ellos era tan irrelevante como el de una prostituta, pensó, masajeándose el cuello, sentada de nuevo en su carruaje rumbo al Club de los Eruditos.

Donde esperaba disfrutar de un buen almuerzo, para más tarde acudir a su enorme biblioteca, en busca de cualquier información, que pudiera encontrar sobre la intrigante moneda que Nell, empuñaba cuando la encontró.

—Veo que es aficionada a la numismática.

Oyó Margot que alguien, la decía, volviéndose hacia la voz, para encontrar a un caballero, el cual bien podría ser su padre, sentado junto a ella.

—En realidad sé muy poco sobre ella.

—Entonces, es que busca algo en particular —afirmo, fijándose en el dibujo medio oculto en su libreta —, ¿me permite?

—Es usted un entendido en monedas antiguas —le pregunto a su vez, reacia a mostrársela.

—No, pero me gusta la historia y a veces ambas ciencias se entremezclan —le confesó, notando su reticencia.

—Gracias por su interés, pero no creo que pueda ayudarme, Lord …

—Dartford, señorita …

—Scott.

—Muy bien, no insistiré, si cambia usted de opinión me encontrará por aquí, suelo ser un asiduo visitante cuando estoy en la ciudad —le respondió, poniéndose en pie —. Le deseo que tenga usted una buena tarde, señorita Scott —se despido, volviéndose para marcharse.

—Espere, quizás me he precipitado al sacar conclusiones de un perfecto desconocido.

—Quizás en cualquier otro lugar, sería un gesto precavido por su parte, pero dentro del Club, donde todos somos desconocidos en

cierta manera y a la vez sociables, no —la recrimino sin acritud en su tono, volviendo a ocupar su asiento.

Margot no se molestó por su regaño.

Él tenía razón y además no tenía a nadie más a quien consultar, no tenía por qué contarle como la había encontrado, solo mostrársela y escuchar la información que pudiera darle, pensó, empujando su libreta hacia él, para que pudiera verla más de cerca.

—No encontrará nada sobre ella en esos libros, debe remontarse mucho más atrás para ello y no existen muchos volúmenes de esos días.

Margot le miro contrariada, esperando que continuara.

—Esta moneda está acuñada con el sello original de los Templarios, el cual se llegó a modificar en muchas ocasiones a lo largo de sus dos siglos de historia —la aclaro, antes de continuar —, aunque este en particular tan solo sobrevivió una docena de años.

—Así que sí que perteneció a los Templarios, no estaba muy segura de que fuera así.

—Esta moneda debió acuñarse entre 1118, cuando la orden se formó, y 1129, antes de que la iglesia católica aprobara la orden oficialmente, tras lo cual el escudo se cambió, levemente, para conmemorar dicho honor. Si no me equivoco. Debería comprobar las fechas con algún experto en la orden —la aconsejó, pensativo.

—Sí que es antigua —exclamo, observándola con otros ojos.

—O fue acuñada con posterioridad, convirtiéndola en una muy buena falsificación —la advirtió veladamente que no debía creer todo lo que veía —. Debería mostrarse a algún experto tasador para verificar su autenticidad —la aconsejo.

—¿Conoce usted alguno de confianza quién pudiera acudir? —le pregunto, sopesando sus probabilidades y el riesgo que corría al hacerlo.

—Podría presentarle a alguien, pero me gustaría ver antes la moneda por mí mismo, quizás no necesite a un tasador si es una burda replica.

Margot se lo quedo mirando en silencio, sintiendo como la desconfianza volvía a embargarla de nuevo.

Su instinto le decía que no debía mostrársela a cualquiera o correría un grave peligro, pero cómo iba a averiguar más cosas sobre ella si no lo hacía, se preguntó, tratando de tomar la mejor decisión.

—No tiene por qué decidirse ahora mismo, como la he dicho, puede encontrarme por aquí cualquier otro día —la recordó —. Buenas tardes.

Margot vio como se levantaba y se marchaba sin decir nada más, antes de volver su atención a los libros que tenía frente a ella.

Si él tenía razón, estaba perdiendo el tiempo buscando alguna referencia en ellos, pensó, consultando su reloj de bolsillo, si se marchaba ahora, podría regresar a casa, dando un buen paseo por Hyde Park.

Quizás el aire fresco y el ejercicio la ayudaran a aclarar sus ideas, pensó, saliendo del Club, rumbo a la entrada sur del parque.

Capítulo 5

Iba tan concentrada en sus propios pensamientos, recordando todo lo que Lord Dartford le había contado sobre la moneda, que no lo vio venir hasta que lo tenía frente a ella, sobresaltándola, al llamarla por su nombre.

Margot levantó la cabeza para verle allí, sentado sobre su enorme caballo, esperando que le contestara.

Robándole el aliento con su mirada.

—Lord Henderson, no esperaba verle por aquí a estas horas —le saludo, aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Era uno de los hombres más atractivos que había conocido y a la vez tan poco consciente del efecto que causaba en las mujeres, su virilidad, pensó, sacudiendo ligeramente la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente, antes de caer ante él suplicándole su atención.

Anthony la miro confundido por su actitud, ¿ahora qué demonios la pasaba a esa mujer?, estaba a punto de preguntarla, cuando oyó los cascos de los caballos de sus compañeros que se acercaban.

—Señorita Scott, es un placer verla, últimamente no nos obsequia con su compañía.

—Excelencia —saludo al recién llegado con una reverencia —, el trabajo en el periódico me mantiene muy ocupada estos días, pero prometo pasarme a visitar a la Duquesa en cuanto tenga tiempo —se excusó, volviéndose hacia el tercer caballero que permanecía en silencio mientras conversaban —Lord Chapman, no sabía que hubiera regresado a la ciudad.

—Apenas llegamos ayer por la tarde y como ve, ya estamos prácticamente integrados en el carrusel de actividades, que ofrece la ciudad por estas fechas —le respondió, dejándola ver su fastidio.

—Por lo cual Lady Chapman estará encantada con su regreso —replico, conteniendo la risa, al imaginarse a su amiga tan feliz por ello.

—La cual estaría encantada de saludarla.

—Por qué no se une a nosotros esta noche para la cena —la propuso, Anthony, aún intrigado por su actitud —, tan solo estaremos la familia.

—Mis disculpas por no poder asistir, pero tengo un compromiso previo que no puedo eludir —le respondió, evitando mirarle a la cara —, pero le agradezco la invitación.

—Entonces permítanos que la escoltemos hasta su casa —sugirió, Ashford, poniéndose en marcha —, pronto anochecerá y este no es el mejor lugar por donde pasear para una mujer sin compañía.

Margot se encogió de hombros, levantando la mirada hacia Anthony, con complicidad.

El Duque siempre será el Duque.

—Y sería mucho preguntar de donde viene a estas horas —quiso saber, Anthony, intrigado.

—Del club de los Eruditos —respondieron, a la vez, Ashford y Chapman, conocedores de sus costumbres.

Anthony se volvió hacia ellos aún más sorprendido por su respuesta.

—Es uno de sus lugares preferidos donde buscar información, para luego utilizarla en su gaceta sensacionalista —le aclaro, Ashford, sin molestarse en volverse hacia él, con la vista fija en el camino.

—El hecho que se admitan tanto hombres como mujeres, tras sus puertas, la facilita mucho el trabajo —continuo, Chapman, poniéndole al día —, ya que sus reuniones pasan inadvertidas y sus informantes conservan el anonimato.

—Ya veo.

—Además de ser un sitio seguro donde encontrarse.

—Lo cual es importante —puntualizo, Ashford, quien había investigado el lugar a conciencia, asegurándose de ello.

Aunque la señorita Scott ya no estaba bajo su tutela, sentía la obligación de seguir cuidando de ella, protegiéndola en todo lo que estuviera en su mano.

—Pero seguro que no es el único lugar que utiliza para tal fin —puntualizo, Anthony, pensando en la taberna donde la encontró la noche anterior y que estaba seguro de que Ashford desconocía.

Margot agachó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada, desafiante, que la invitaba a revelarle los otros puntos que utilizaba para tal fin.

—Los eventos sociales también son propicios para dichos encuentros —le aseguro, Chapman, ajeno al duelo de voluntades que se disputaba a su alrededor —. Estoy seguro de que uno de esos eventos es el culpable de que rechazara nuestra invitación para la cena.

—Por supuesto, de ahí la importancia de mi asistencia —les dijo, llevándoles la corriente, pero sin comprometerse a nada.

—Y estoy seguro que no nos dirá, cuál de todos los ofrecidos esta noche, en la ciudad, contara con su presencia —la presiono, Anthony, intrigado, a la vez que preocupado por ella.

—Parece que este año disfrutaremos de una agradable primavera si tenemos en cuenta las cálidas temperaturas que nos han acompañado estos últimos días.

Ashford no pudo evitar soltar una carcajada al oír su poco sutil cambio de tema.

Margot era una mujer independiente a la que no la gustaba que la interrogaran por sus idas y venidas, eso era algo que había aprendido a lo largo de los años en que fue su tutor.

Mantenía su vida lo más privada posible, dadas las circunstancias, y en quien se convirtió al unirse a su apellido, pero que había sabido conservar sus secretos, pese al férreo control al que la había sometido.

Anthony no iba a conseguir presionarla lo suficiente como para que le dijera donde estaría esa noche, por mucho que lo intentara, estaba bien seguro de ello, pensó, viendo como se acercaban a la salida norte de Hyde Park, situada a pocos metros de su casa.

Gracias a Dios, Chapman, había aceptado el cambio de tema y conversaba con ella sobre las escasas lluvias de las que habían disfrutado ese año, al tiempo que caminaba a su lado, pensó, Margot, sin dejar de observar a Anthony, quien parecía cada vez más

enfadado con ella, por negarse a darle la información que la había pedido.

Por segundo día consecutivo, se vio obligado a alejarse de aquella puerta, tras la cual había dejado a Margot, frustrado, lleno de preguntas, sin respuesta y con la sensación de que algo importante le ocultaba.

Era una pena que precisamente esa noche tuviera la obligación de dedicársela a la familia, en lugar de poder volver allí, con mucha discreción, por supuesto, no deseaba perjudicar su reputación lo más mínimo, obligándola a recibir a un caballero soltero en su casa.

Pero con la firme determinación de que pudieran entrevistarse en privado, tras sus muros.

—Te has quedado muy callado —dijo, Chapman, volviéndose hacia él para poder mirarle —. ¿No fue bien la comida con el primer ministro?

Anthony se obligó a responderle y a apartar a cierta señorita de su mente, antes de que sospechara que era otra cuestión lo que le abrumaba.

—Eso es algo que aún está por verse, demasiada política y palabrería sin sentido —le respondió, pasando a contarle como había transcurrido el almuerzo.

Ashford se mantuvo en silencio, escuchando, como había interpretado su hermano, la actitud del Primer Ministro, orgulloso de él, mientras continuaban su camino a casa.

Margot subió directa a su cuarto, dejándose caer sobre la puerta cerrada a su espalda, había escapado por los pelos, al menos por esa noche, ya que estaba segura de que la familia Ashford le mantendría ocupado el resto de la velada, pero no se daría por vencido y en cuanto tuviera la oportunidad, llamaría a su puerta para interrogarla.

Y no tenía ni idea de hasta donde le podía contar, ni si estaba dispuesta a hacerlo.

Los pasos discretos de su doncella, acercándose por el pasillo, la obligaron a incorporarse.

—Su baño está listo, señorita —anuncio, entrando en la habitación, tras darla su permiso —, si no se da prisa va a llegar tarde.

—Tienes toda la razón —coincidió con ella siguiéndola al cuarto de aseo.

—A primera hora de la tarde, han llegado seis fornidos lacayos, contratados por el señor Warren, para custodiarla —la informo, mientras la ayudaba a aclararse su larga melena.

—Vaya por dios, le dije que era del todo innecesario tomar tan drásticas medidas —se lamentó —. Supongo que el señor Murphy se habrá ocupado de explicarles cuales serán, exactamente sus funciones y de alojarlos como es debido.

—Sí, señorita, ha mantenido una larga reunión con ellos —la aseguro, tendiéndole una toalla para que se envolviera.

Gracias a Dios, sus sirvientes eran de lo más eficaz y ninguno de ellos debió sorprenderse con su llegada.

Acostumbrados, como estaban, a que el Duque insistiera en que debía llevarlos, por su propia seguridad, en más de una ocasión, pensó, regresando a su habitación, para dejar que Mary la cepillara el cabello, para que se secara, antes de acabar de arreglarse para su salida de esa noche.

Solo esperaba que la señorita Sanders no aporreara el piano, como el resto de sus hermanas, tan poco virtuosas para la música, pero que su madre se empeñaba en exhibir cada año a comienzo de la Temporada, y su confidente tuviera algo interesante para incluir en la próxima tirada dela gaceta.

Pero ninguno de sus deseos fue concedido, la benjamina de los Sanders, resulto ser tan sorda, como el resto de las féminas de la familia.

Y los chismes que circulaban por la ciudad, tan pobres, que apenas se reducían a quién había tomado una nueva amante y quién había sido rechazada ese año, pensó, sentada en su carruaje, de regreso a casa, bien entrada la madrugada.

Capítulo 6

Se había marchado nada más terminar la reunión matinal, dejándole a una de sus ayudantes los datos que había recogido la noche anterior, para que los añadiera al suplemento del próximo miércoles de la gaceta.

Ahora que había decidido lo que iba a hacer, no quería perder más tiempo, pensó, observando los jardines traseros del Club, mientras tomaba una taza de té, esperando al Conde de Dartford.

Aunque estaba decidida, sentía cierto malestar al no habérselo contado a Anthony primero.

Estaba segura de que este se enfadaría si llegara a enterarse de su desconfianza, y eso afectaría a su amistad.

¿Qué amistad?, no había sabido de él en tres años, salvo por las breves menciones que la familia Ashford hacía en su presencia, se recordó, sintiendo renacer su enfado por su abandono en aquellos días, tan difíciles para ella, donde todo su futuro estaba en juego.

Ni una sola vez la había visitado o escrito, interesándose por su destino, el cual, no le preocupaba en absoluto.

Había sentido su ausencia, había llorado su falta, pero eso no evito que ella sí se preocupara por él cada día, durante los primeros meses, qué se preguntara si había superado aquellos días, por los cuales, ella aún a día de hoy tenía pesadillas y se despertaba en mitad de la noche, calada hasta los huesos de su propio sudor, como cuando estaba allí sentada sobre el tejado, esperando que amaneciera.

Pero a mitad de la siguiente Temporada, él regresó a Londres y ni una vez hizo que sus caminos se cruzaran, haciendo que viviera cada día con la esperanza de volver a verle, hasta que se volvió a marchar, sin que sucediera.

Por lo que, a partir de ese momento, decidió dejar de esperarle, de pensar en él, a cada momento, y seguir con su vida.

Casi lo había conseguido, ahora ya no lo necesitaba, pero una cruel jugada del destino había hecho que sus caminos se cruzaran de nuevo.

—Buenos días, señorita Scott, me han dicho en recepción que me buscaba.

—Buenos días, Lord Dartford —le saludo con una leve inclinación de cabeza, mientras le observaba tomar asiento frente a ella y pedir un café, al lacayo que se les había cercado.

Lord Dartford dirigió la conversación hacia temas banales hasta que volvieron a quedarse solos tras servirle su pedido.

—¿La ha traído?

—Sí, aunque no le diré como la he conseguido —le aclaro, sacando la pequeña caja de rapé donde la había guardado.

Una de las pocas cosas que conservaba de su padre, aficionado a coleccionarlas.

—No necesito saberlo, por el momento.

Dartford admiro la belleza de la caja de fino marfil, adornada con pequeñas piedras preciosas, de un color azul tan claro, como la espuma de las olas del mar al besar la orilla.

La abrió con cuidado por miedo a estropearla, para observarla a la luz del sol que entraba por la ventana, pero sin llegar a tocarla.

—Parece auténtica y muy, muy antigua —la dijo, volviendo a colocarla en el interior de la caja, devolviéndosela —, conozco a un tasador, no muy lejos de aquí, que podría confirmarle si es auténtica, si lo desea saber.

—Y tal vez pueda decirme algo más de su historia o donde puedo encontrar información sobre ella.

—Tal vez.

—Pues si no le importa acompañarme, milord, me gustaría visitarle.

—Vamos.

Tal y como había dicho Lord Dartford no se encontraba lejos del Club, a la entrada de la calle Piccadilly en una de sus bocacalles, parecía una tienda muy antigua, aunque a Margot se le antojó más un museo, todas aquellas piezas de exquisita belleza que en ella se amontonaban, parecían estar expuestas para ser admiradas.

Aunque bien podían ser imitaciones bien elaboradas, ella no era ninguna experta en arte, pensó, siguiendo los pasos de Lord Dartford hacia la trastienda, en la cual un hombre, que parecía ser el dueño de todo eso les esperaba, sentado tras un basto escritorio tallado, que bien podía venderse con el resto de todo lo que allí se encontraba.

—En que puedo ayudarle, milord.

—Quisiera averiguar la autenticidad de cierta moneda —le respondió, volviéndose hacia la señorita Scott con la mano extendida.

Margot rebuscó en su bolsillo y dejo sobre ella la caja que la contenía.

—No le puedo decir sobre su contenido, pero si estaría interesado en adquirir esta hermosa pieza de orfebrería, si estuviera a la venta.

—Lo siento, pero no estoy interesada en venderla.

—Una pena, una verdadera pena —murmuro extrayendo la moneda, para examinarla bajo la luz de la vela —sin duda es auténtica, tan solo he tenido el honor de ver otra igual hace unos años, relacionada con el asesinato de Edmund Parker, la cual fue robada de las dependencias, donde el magistrado la guardaba con el resto de las evidencias que se recogieron, y nunca más se supo de ella —les comento, antes de llevársela a la boca para morderla.

Un segundo después su lengua se tornó de un tono azulado, desplomándose sobre la mesa, dejando caer la moneda rodando sobre ella.

—No la toque —grito, Dartford, sujetando su brazo extendido hacia ella, con la intención de cogerla antes de que cayera al suelo.

—Pero …

—Podría estar envenenada —la informo, dando la vuelta al escritorio para tomarle el pulso.

—Esta …

—Muerto —afirmo, tomando la moneda con su pañuelo y metiéndola de nuevo en la caja —. Regrese al Club y espéreme, yo avisare a los magistrados, pero por el amor de Dios, no toque la moneda, ¿me ha entendido? —insistió, girándola hacia la salida,

empujándola hacia la calle —, me reuniré con usted en cuanto pueda —la aseguro, regresando al interior en busca de algún lacayo con el que poder enviar un mensaje a la magistratura.

Margot se quedó allí de pie, mirando al vacío, sin ni siquiera atreverse a respirar.

Muerto, estaba muerto, no dejaba de repetir en su mente, como Nell, la imagen de ambos cuerpos sin vida se entremezclaba ante sus ojos.

Muertos, murmuraba una y otra vez, presa del pánico que la atenazaba.

El sonido de las campanillas de la entrada de la tienda, penetraron en su mente, sobresaltándola.

Tenía que alejarse de allí, antes de que alguien la viera y la relacionara con lo ocurrido, se dijo, echando a correr hacia la calle principal, con la vista fija en su objetivo.

Anthony regresaba a casa paseando con unos viejos amigos desde su Club a prepararse para la cena y la velada posterior, cuando por el rabillo del ojo, la vio salir de aquella callejuela, corriendo despavorida y lanzarse a cruzar la calle, sin mirar siquiera, en su dirección.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando se vio asaltado, con ella encima, aferrada a su cuello, murmurando en su oído.

—Muerto, muerto.

—Tranquila, tranquila, ya paso —era todo lo que podía decir dadas las circunstancias, acariciando suavemente su espalda para reconfortarla.

—Definitivamente, Henderson, lo tuyo con las mujeres no es normal.

Oyó que Owen le decía, parado a su lado, recordándole donde se encontraban.

—La otra noche aquella mujer y ahora esta —les recordó Pavinton, haciendo que estallaran en una jocosa carcajada.

—Que le voy a hacer si a todas les resulto irresistible —comento, siguiéndoles la corriente.

Eso hizo que Margot reaccionara y le soltara, dando un paso atrás.

—Disculpe mi osadía, tan inapropiada, Lord Henderson, no volverá a suceder —replico molesta con sus burlas, dejando que la ira, que recorría sus venas, abrasándola, la devolviera su aplomo y con ello la cordura.

En que demonios estaba pensando para actuar así en medio de la calle, donde cualquiera podía verlos, poniéndolos a los dos en semejante compromiso.

La llegada de los carruajes, tan característicos de la magistratura, la hicieron recordar que ella no debía estar allí cuando llegaran.

—Por favor, acepte mis disculpas —reitero, antes de darse la vuelta y comenzar a andar apresuradamente hacia su destino.

Anthony se quedó allí observando como se alejaba confundido.

—No iras a dejar ir semejante belleza sin más —le pregunto, Owen, viéndole allí plantado.

—Por supuesto que no, por quién me tomas —le contesto, echando a andar tras ella, la cual había conseguido poner cierta distancia entre ellos.

Acelero el paso, tratando de no perderla, entre el resto de transeúntes que atestaban la calle a esas horas, al regresar a sus casas tras su jornada laboral.

La vio salir de Piccadilly y caminar por el borde de Green Park, hasta cruzar la calle y adentrarse en uno de los edificios señoriales de la zona.

Nunca había estado allí antes, pero su instinto le dijo que era el tan famoso Club de los Eruditos.

Gracias a Dios, Ashford, había comprado su membresía hacía años, cuando Nataly insistió en ser miembro del Club y pasar tiempo en él, con el fin, de que cualquiera de los miembros de la familia pudiera acompañarla o pasar a recogerla, si lo necesitaba.

Cruzo la calle y fue tras ella, le entrego su tarjeta al portero y tuvo que esperar unos minutos a que comprobaran que era miembro, antes de permitirle la entrada.

Los cuales se le hicieron eternos.

Capítulo 7

Cruzo el umbral y se paró en el centro del enorme vestíbulo, que hacía las veces de salón de reunión, donde poder disfrutar de una buena tertulia al tiempo que tomaban alguna bebida.

Recorrió las mesas y sillones, colocados estratégicamente, buscándola con la mirada, hasta que la encontró, al final del salón, junto a la ventana.

Parecía tan desvalida, allí sentada, pensó, al tiempo que se acercaba.

Margot notó que alguien se sentaba a su lado y se giró molesta con quien se hubiera acercado, bastante tenía ya con no ponerse a llorar y a gritar histérica, como para tener que entablar una conversación insustancial con quien fuera.

Solo quería que la dejaran en paz con su miseria, concentrada en recuperar el control antes de que Lord Dartford regresara, no quería parecer una estúpida débil damisela en apuros ante él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, sorprendida, al ver a Anthony sentarse a su lado.

—Desea algo para tomar, milord.

—Dos brandis, por favor.

—No, yo …

—Lo necesitas —la aseguro, acomodándose, tomando su mano enguantada entre las suyas, sintiendo como temblaba, sin poder evitarlo.

—Estoy bien.

—Mentirosa.

—Uf —bufo, molesta por su intervención.

Anthony se mantuvo en silencio, esperando que el lacayo regresara con el pedido, mientras le acariciaba suavemente la muñeca con el pulgar, para tranquilizarla.

—¿Qué ha pasado? —la pregunto, tras persuadirla de que tomara un poco de brandy.

—Aquí no.

—Está bien, terminemos nuestras bebidas y busquemos un sitio más apartado —la propuso, coincidiendo con ella, en que ese no era el lugar adecuado para hablar sobre algo tan delicado.

Cualquiera que pasara cerca de la mesa podría oírlos, algo que ninguno de los dos deseaba.

—No puede ser, estoy esperando a alguien —le confesó, con la vista fija en la puerta de entrada.

Anthony se tensó al oírla, furioso, al comprender que no sería él en quien confiara para sacarla de aquel apuro.

—¿A quién? —murmuro entre dientes.

—Al Conde de Dartford, debo esperarle aquí, mientras él se ocupa del magistrado —susurro, esperando que nadie la hubiera oído —. No puedo marcharme sin más, dejándole solo con todo este lío.

—El cual no me puedes contar —termino por ella la frase, que se negaba a pronunciar.

—Aquí no.

—Maldita sea, Margot, empieza a explicarte aquí y ahora —la exigió, levantando la voz más de lo que deseaba, furioso con su silencio, pero sobre todo por el hecho de que le mantuviera al margen, sin darle la oportunidad de protegerla.

Confiando en que otro hombre lo hiciera por él, pensó, apretando los puños con fuerza, preso de la ira.

Él y solo él, debería contar para ella, ningún otro caballero tenía cabida entre ellos, se dijo, posesivo, sin ningún derecho a sentirse de esa manera.

—Suéltame, me haces daño —se quejó, Margot, tratando de liberar su mano de entre las suyas.

Estaba claro que su negativa a darle una explicación le había enojado hasta tal punto de apretar su muñeca más de lo apropiado, estaba segura de que le saldría un cardenal, allí donde habían estado sus dedos, pensó, frotándosela con cuidado una vez consiguió liberarla de su agarre.

—Mis disculpas, no era mi intención lastimaros —se disculpó, avergonzado por su comportamiento.

Nada podía justificar el hacer daño a una mujer utilizando la fuerza, se regañó a sí mismo, viendo como se masajeaba la zona dolorida.

Por el amor de Dios, en que demonios estaba pensando para hacer algo así.

En ella con otro hombre, se dijo, sintiendo renacer la ira en sus venas.

—Siento la tardanza —se disculpó, Dartford, llegando hasta ellos —. Tengo un carruaje esperando, hay algo que aún debemos hacer antes de que se acabe el día.

—Por supuesto, milord —afirmo, Margot, tomándose de un trago el resto de su copa, antes de levantarse, dispuesta a ir con él.

—No puede acompañarnos —le indico, Dartford a Henderson al verle, levantarse dispuesto a unirse a ellos —, la traeré de vuelta en cuanto acabemos —le informo, esperando no tener que dar más explicaciones —. Puede esperarla aquí si lo desea.

—Eso no está sucediendo, iré con ustedes —le contradijo, Anthony, decidido a no dejar sola a Margot en sus manos.

—No lo harás, esperarás aquí mi regreso —le ordeno, Margot, no dispuesta a presenciar una pelea de voluntades entre los caballeros —. Tras el cual iremos a un lugar donde podamos hablar y te lo contaré todo.

—Por supuesto que lo harás, en el carruaje de camino a donde quiera que vayamos —la contradijo, no dispuesto a ceder en eso.

—No, no te diré ni una sola palabra y te mantendré al margen, si sigues insistiendo en acompañarnos —se enfrentó a él, enfadada por su actitud.

—Tenemos que irnos ya —intervino, Dartford, recordándoles donde se encontraban.

—Espera aquí, te prometo que hablaremos.

Anthony apretó los dientes, asintiendo con la cabeza, antes de volver a acomodarse en su asiento.

Iba a ser una espera muy larga, pensó, frustrado al no aceptar su compañía.

—Gracias, volveré —le prometió, volviéndose hacia la entrada, caminando tras la estela de Lord Dartford, quien ya se dirigía al

exterior.

Subió al carruaje y este se puso en movimiento casi inmediatamente, noto, Margot, mientras esperaba en silencio a que él la contara qué había sucedido con el tasador y hacia donde iban.

—Tengo que ausentarme de la ciudad dos o tres semanas, pero esto es algo que debemos hacer antes de que inicie mi viaje mañana al amanecer.

Margot asintió con la cabeza, esperando que continuara y le aclarara aquello que debían hacer tan importante.

—No sé si se percató de que cuando el tasador mordió la moneda, su lengua se tiño de un azul intenso, antes de caer desplomado sobre la mesa.

—Sí, me di cuenta de ello, aunque no entiendo el motivo, ya que la moneda solo tiene un poco de tinte rojo en la cruz, color inconfundible de los Templarios —le contesto, sin comprender a que se refería exactamente.

—Minutos después, cuando llego el magistrado y examinaron el cadáver, su lengua había recuperado su color habitual, sin dejar ningún rastro de lo que vimos.

—Ah —exclamo, confundida.

—Por lo que su muerte se ha certificado como natural, debido a una apoplejía.

—Menos mal —suspiro, aliviada, llevándose la mano al pecho —, por un momento, sospeche que la moneda hubiera tenido que ver algo en ello.

—Y así es, si no estoy equivocado.

—Discúlpeme, pero no acaba de decir que sufrió una apoplejía —insistió, aun sin ver a donde quería llegar con todo eso.

—Inducida por algún tipo de veneno, tan potente que desaparece en cuestión de minutos sin dejar rastro —afirmo, sin ningún atisbo de duda.

—Perdón, está diciendo que la moneda podría estar envenenada, sé que menciono la posibilidad antes, pero no puedo creerlo.

—Eso es algo que vamos a comprobar ahora mismo —la aseguro, al tiempo que el carruaje se detenía y la ayudaba a bajar del mismo.

Margot lo siguió en silencio, dentro de una especie de botica, bastante destartalada, de nuevo a la trastienda, donde era evidente que los esperaban.

Dartford se dirigió directamente al que supuso era el dueño y le explico exactamente lo que deseaban.

—Para poder comprobar lo que me está pidiendo necesito hacer algunas pruebas a la moneda. ¿La ha traído consigo? —le pegunto, extendiendo la mano hacia él.

Margot rebuscó en su bolsillo y saco la caja de rapé que deposito en su mano.

—Veamos que tenemos aquí —exclamo, acercándose a una de las mesas laterales, llena de todo tipo de botes con líquidos de distintos colores, libros abiertos y demás cachivaches.

Margot observó como mezclaba varios de esos líquidos en un cuenco pequeño de barro, para después dejar caer la moneda en él, sin tocarla.

—Efectivamente, estaba usted en lo cierto, milord, pero es tan poca la cantidad de veneno que contiene, que me atrevería a decir que este se transmitió a ella, accidentalmente, al estar en contacto directo con el objeto realmente envenenado.

—Podría saberse qué tipo de veneno es —le pregunto, Dartford, viendo como sus temores se confirmaban.

—Eso me llevaría varios días averiguarlo, ya que estoy seguro de que no es un veneno común —afirmó, examinando el líquido del cuenco.

—Sería posible eliminar el veneno de la moneda, haciéndola segura a cualquiera que la toque.

—Por supuesto, eso me llevaría tan solo unos minutos, lo que además me facilitaría la labor de identificarlo —le aseguro —. Lo que es más complicado y no puedo garantizar que pueda eliminarse del todo, es el posible resto de el veneno, que pudiera estar impregnado en la caja donde la han traído, por lo que les recomiendo que se desaguan de ella o la guarden a buen recaudo, donde nadie pueda tocar su interior.

—Hágalo, ya nos ocuparemos de la caja después —le ordeno, volviéndose hacia Margot, preocupado por su silencio desde que

habían llegado.

—¿Os encontráis bien?

—Abrumada —fue todo lo que pudo decir, mirando fijamente al boticario mientras hacia su trabajo.

—Aguantad nos iremos enseguida —murmuro, preocupado.

Y eso fue lo que hizo, quedarse allí, plantada, aterrada de miedo, durante lo que le pareció una eternidad, antes de que Lord Dartford la tomara del brazo y la guiara de nuevo al carruaje.

—No puedo posponer mi viaje, pero cuando vuelva, hablaremos y llegaremos al fondo de todo esto —la prometió, tendiéndole de nuevo la caja y la moneda ya limpia envuelta en un pañuelo —. Hasta entonces, os aconsejo que no hagáis nada que pueda poneros en peligro.

—Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí, pero no deseo involucraros aún más en esto.

—Me temo, señorita Scott, que ya es tarde para eso y no cejaré hasta conocer toda la historia y resolver el misterio.

—Pero, milord …

—Solo os pido que esperéis mi regreso y no actuéis sola.

—No esperaré, si lo hiciera puede que las pista se desvanezcan, como el veneno de la moneda.

Dartford se la quedó mirando, dubitativo, ella podía tener razón en eso, si esperaba era más que probable que nunca resolvieran el misterio.

—Al menos prometerme que hablaréis con Lord Henderson y no actuaréis por vuestra cuenta.

—Eso sí puedo prometéroslo, él no me dejará en paz hasta conocer todos los detalles, os lo aseguro —le respondió.

Dartford vio como asomaba una débil sonrisa burlona a sus labios y respiro aliviado.

Era una mujer fuerte e inteligente, de eso no tenía la menor duda y eso era precisamente lo que más le preocupaba, que pensara que no necesitaba que nadie la protegiera, pero en una situación así, todos necesitaban protección, incluso él.

Era imposible saber a qué o a quién se estaban enfrentando, ni de qué recursos contaría, para tapar sus fechorías y algo le decía

que su adversario no sería un delincuente común.

—Eso me tranquiliza, Lord Henderson, puede acudir al Duque si la cosa se complica y contar con sus recursos para protegerla.

—¿Cree que estoy en peligro? —le pregunto, sintiendo como el miedo se apoderaba de ella de nuevo.

—No tengo ninguna duda al respecto, aun sin saber como esa moneda llego a su poder, es la prueba del delito, sea cual sea, y lo que mato al tasador, por lo que no dudaran en usar todos los medios posibles para recuperarla, evitando que le incriminen, haciéndola desaparecer a usted junto a ella.

Dartford, se sintió mal por asustarla de esa manera, pero era importante que entendiera que su vida estaba en juego, para que no hiciera ninguna tontería.

Confiaba en el buen juicio de Henderson y Ashford para ello, ojalá, no estuviera equivocado y aún estuviera con vida a su regreso.

—Hemos llegado.

Margot se enderezó, sorprendida, ni siquiera había notado que ralentizaban la marcha y se detenían.

Dartford bajo del carruaje y se volvió para ayudarla, mientras Henderson se acercaba a ellos presuroso, con cara de pocos amigos.

—La dejo en sus manos —le dijo, volviéndose hacia él —. Cuídela, aunque ella se niegue a ello, lo necesita.

—Descuide lo haré —le prometió, aún más intrigado que antes.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Scott, espero poder volver a verla a mi regreso.

—Yo también lo espero, Lord Dartford —le respondió con sinceridad —, que tenga un buen viaje y no se preocupe por mí, seguiré su consejo, se lo prometo.

Dartford inclino la cabeza en señal de reconocimiento, antes de volver de nuevo a su carruaje y alejarse de allí.

—Demos un paseo por Hyde Park hasta tu casa, un poco de ejercicio y aire fresco devolverá algo de color a tus mejillas —la propuso, extendiendo su brazo para que lo tomara.

Margot colocó su mano sobre él y dejo que la guiara.

Aquel sencillo gesto, sabiéndole a su lado, hizo que sus nervios se calmaran, permitiéndola respirar de nuevo.

Anthony estuvo a punto de caer, tropezando con sus propios pies, al ver aquella cálida sonrisa en sus labios, dirigida solo a él.

Capítulo 8

Juntos caminaron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Habían recorrido ya más de la mitad del camino, cuando Anthony se volvió hacia ella.

—Pienso que vuestra casa no es el mejor lugar donde ir, si alguien nos viera arruinaría vuestra reputación —señalo, recordándola que eran dos jóvenes solteros sin ningún tipo de parentesco.

Margot continuo caminando en silencio, respirando aquella sensación de paz que el parque siempre la transmitía y atesorándola en su interior, con la esperanza de que le diera fuerzas para enfrentar aquella conversación tan delicada, y el enfado de Anthony por sus actos.

—Quizás deberíamos tomar un carruaje y salir de la ciudad a alguna posada cercana, donde podamos alquilar un saloncito privado —la propuso, preocupado por su silencio, a pesar de que la sentía más relajada con cada paso que daban —, eso nos daría la privacidad que necesitamos.

—No, será una conversación larga y puede que desees que otras personas se unan a nosotros, una vez conozcas los hechos — comento, dejándole entrever lo practico que sería llamarlos desde allí —, además de que casi es la hora de la cena y andar de madrugada por la calle, en compañía de un caballero soltero sin la compañía adecuada, pondría en riesgo de igual forma mi reputación.

Anthony no pudo alegar nada a eso, no contar con la presencia de una Dama de Compañía, en cualquier cosa que hicieran juntos, fuera de día o de noche, afectaría a su reputación sin remedio.

Solo esperaba que todo aquello mereciera el riesgo que corrían.

—Deja de preocuparte por mi reputación, no soy una joven Dama de la alta sociedad en busca de esposo a la que se deba proteger —le dijo, al no verle convencido de la conveniencia de su

casa para reunirse —, tan solo soy una simple burguesa con mucho dinero, que se enriquece cada día más con sus negocios y además de trabajar en ellos.

—Visto de esa manera.

—Anthony, yo no tengo una reputación que mantener y si la tuviera, puedo garantizarte que hace mucho tiempo que la perdí.

Anthony se tensó al oírla, sus palabras podían interpretarse de muchas maneras.

Sabía que Margot era una mujer independiente, que se había negado a formar parte de la sociedad como pupila del Duque, para conservar su libertad, pero nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera haber tomado un amante, perdiendo su inocencia, en lugar de un marido.

A pesar de los pretendientes que Ashford la presento, los cuales fueron rechazados, sin ni siquiera considerarlos.

Algo que tenía muy molesta a su madre, empeñada en casarla como es debido, lo que la llevaba a enfrentarse a Penny, quien apoyaba su decisión de permanecer soltera, sin estar sometida a ningún hombre.

Algo, que por desgracia había tenido que presenciar en varias ocasiones desde que llegara a Londres y ante las cuales el muy sabio de Ashford, abandonaba la estancia, sin pronunciarse al respecto.

—Ya casi hemos llegado.

—Entonces, esperaré aquí unos minutos antes de tocar vuestra puerta, es mejor que no nos vean llegar juntos.

Se obligó, Anthony, a decir, dejando para otro momento el tratar de descubrir por qué le ponía, tan furioso, que ella pudiera haberse entregado a otro hombre.

Era imposible que estuviera celoso, pensó, apretando la mandíbula, enfadado.

—Está bien, aprovecharé para asearme un poco.

Estuvo de acuerdo con él, no queriendo volver a señalar que todo aquello era innecesario, pensó, caminando los últimos metros y entrando en la casa, con la mayor naturalidad que fue capaz de reunir, con el fin de no alertar a los criados.

Algo que estaba segura de que a Anthony no le gustaría.

—Lord Henderson ha venido a visitarla —anuncio, Mary, entrando en sus aposentos —quiere que avise a la señora Murphy para que los acompañe.

—No, no es necesario molestarla, además Lord Henderson es hermano del Duque, por lo que podría decirse que casi somos familia —la señalo, despreocupada.

—Muy bien, señorita.

—Hágalo pasar a la biblioteca y pida que nos traigan una bandeja de té y algunos bocaditos para picar, mejor muchos bocaditos y tartaletas, Lord Henderson siempre tiene un hambre feroz —la comento, recordando aquellos días tras la tormenta y como se comía todo lo comestible que encontraba, a cualquier hora.

—Sí, señorita.

—Bajaré en unos minutos, puedes retirarte.

Oyó como se cerraba suavemente la puerta a su espalda, pero no retiro la vista de los jardines traseros de su mansión, necesitaba aún unos minutos para armarse de valor antes de enfrentarse a él.

Anthony paseaba cada vez más nervioso por la habitación, sintiendo que lo estaba haciendo esperar a propósito, pero no acertaba a saber por qué, hasta que la vio llegar, seguida de una doncella y un lacayo que transportaban unos refrigerios.

Bien pensado, la felicito en silencio, sintiéndose de repente desfallecido, ante tantas horas, como llevaba, sin tomar bocado.

—Por favor, que nadie nos moleste —le pidió a su mayordomo al tiempo que cerraba las puertas.

Margot se acercó a la mesa y sirvió dos tazas de té antes de acomodarse en el sillón frente a la chimenea.

—Pensé que tendrías hambre, dadas las horas que son.

—Teniendo en cuenta que probablemente nos saltemos la cena, ha sido todo un detalle, pedir algo para picotear —la alabo, tomando uno de los bocadillos de pepinillos que tanto le gustaban, devorándolo de dos mordiscos.

—Antes de nada, quiero pedirte perdón por no confiar en ti desde el principio y ocultarte información —se disculpó, lo más

humildemente que pudo, sabiendo que una vez empezara a hablar, él ya no la daría la oportunidad de hacerlo.

—Puedes decirme que he hecho para suscitar tanta desconfianza en ti —la pidió, muy interesado en su respuesta, con el fin de poder enmendar cualquier acción que la hubiera provocado.

Margot se removió incómoda en su sillón, no sabiendo muy bien que decir, sin llegar a herir sus sentimientos, ni quedar como una tonta en busca de su atención.

Apuro de un trago su té y dejo la taza en la mesita a su lado, antes de alcanzar un cojín del diván, tirarlo sobre la gruesa alfombra y sentarse sobre él, junto a la chimenea.

Su lugar favorito, cuando estaba nerviosa y necesitaba pensar, el calor del fuego sobre su ropa, la hacía sentir como si su padre aún la abrazara, calmando sus temores, llenándola de un valor del que siempre había carecido.

Anthony la observo en silencio, parecía tan perdida como una niña pequeña a falta de cariño, lo que le hizo sentir culpable por presionarla de aquella manera con sus preguntas, pero de verdad que necesitaba respuestas, que no confiara en él, era tan doloroso que le estaba carcomiendo las entrañas.

Por algún motivo que se negaba a reconocer, la opinión de esa mujer, era importante para él.

Solo quería consolarla y que le sonriera de nuevo, pensó, cediendo a su necesidad de sentarse junto a ella, sobre la alfombra.

—¿Por qué? —repitió en voz alta su pregunta —, podría decirte que porque eres un cliente del Templo de Venus donde Nell trabajaba y eso te convertía en sospechoso de su asesinato —le confió, lo que había pensado esa noche —. ¿Quién me decía a mí que no eras el último cliente con el que había estado?

—El hecho de que me dirigía a entrar en el burdel y no que estuviera saliendo de él —la replico, reconociendo su lógica, aunque no aceptándola del todo.

—Estaba demasiado asustada como para darme cuenta de ese detalle.

—Está bien, dejémoslo ahí, continua con el tema, no nos llevará a nada a estas alturas.

Margot asintió con la cabeza y se volvió a contemplar el danzar de las llamas sobre los troncos de madera.

Capítulo 9

Era su turno de hacer una pregunta incómoda, para los dos, que la llevaba atormentando, desde que sabía de sus hábitos de visitar aquel establecimiento para satisfacer sus necesidades más íntimas.

—¿Conocías a Nell?, ¿tú has sido uno de sus clientes? —le pregunto, sin poder mirarle a la cara.

—Sí, era muy buena en su trabajo, además de muy hermosa —le respondió, optando por ser sincero a pesar del tema tan vergonzoso del que hablaban —, siempre estaba muy solicitada, incluso durante el punto álgido de la Temporada, tenías que anotarte en una lista y esperar tu turno, el cual podía demorarse hasta varios días.

—Eso podría ayudar a desenmascarar a su asesino.

—Junto con los nombres de los caballeros sobre los que te informaba.

—Algo me dice que la lista será larga.

—Con un poco de suerte puede que coincidan —le dijo, tratando de darla ánimos —, pero no hemos venido aquí para hablar de los nombres de los amantes que pudiera tener.

—Cierto, pero eso nos ayudará.

Anthony se encogió de hombros y espero que continuara.

—Aquella noche no fui sincera del todo contigo.

—Eso es evidente, pero deja de darle vueltas y dime de una vez lo que me ocultaste.

—Esto —le dijo, mostrándole la moneda sobre la palma de su mano.

Anthony tomó la moneda, confundido, para examinarla mejor.

—Nell la mantenía en su mano cuando la encontré.

—¿Te llevaste una prueba del escenario del crimen?

—Pensé que podía necesitarla para esclarecer los hechos.

—Y el magistrado también —le replico, sintiendo como crecía su enfado en su interior —. Maldita sea, Margot, no eres un investigador ni estás cualificada para serlo.

—Soy periodista, que para el caso es lo mismo —le replico, airada, por considerarla tan estúpida, incapaz de llevar a cabo una simple investigación de la índole que fuera.

—De una columna sensacionalista, donde enumeras la dudosa información que unos confidentes anónimos te han dado —estallo, diciéndole exactamente lo que pensaba de su trabajo —. Me imagino que ni siquiera te molestas en contrastarlos para comprobar su veracidad.

Margot, tomo una respiración profunda, contando hasta diez y empezando de nuevo, antes de responderle como se merecía.

—Muchos son los que tildan mi trabajo como tal y en cierta manera tienen razón —le contesto, tildando su voz con una calma que estaba muy lejos de sentir —, pero mi trabajo en el periódico implica mucho más, aunque no pueda firmarlo con mi nombre, por ser una mujer.

Anthony la recorrió con la mirada de arriba abajo, viéndola con nuevos ojos.

Sin duda era el mayor de los estúpidos.

Él la conocía demasiado bien, como para creer que despreciaría su inteligencia en algo tan banal como una columna de chismes.

Ashford le daría una buena colleja solo por haberlo sugerido y no quería ni pensar en lo que su Duquesa tuviera que decir al respecto.

Había caído en el más vil de los errores que un caballero podía cometer, subestimar a una mujer y su astucia.

—Mis disculpas, espero que algún día me hables del trabajo, en realidad desempeñas en la Gazeta.

—Puede que algún día lo haga —le respondió, observándole con detenimiento, en busca de una falsa sinceridad oculta, sin encontrarla —. Dada mi desconfianza hacia ti, creo que con esto hemos equilibrado la balanza —le propuso en son de paz.

—Estoy de acuerdo —concordó con ella, volviendo a examinar la moneda —, parece muy antigua.

—Mucho, fue acuñada entre 1118 y 1129, según me dijo Lord Dartford, lo cual nos confirmó el tasador al que visitamos.

—Me parece que te has adelantado un poco en la historia — puntualizo, sin entender como Lord Dartford y ese tal tasador,

encajaban en ella.

—Tienes toda la razón, te haré un resumen —claudico a su petición, dándose cuenta del salto en el tiempo que había dado.

—Pero antes de eso, no se te ha ocurrido pensar que esto —la dijo, mostrándole la moneda —podría ser lo que esos rufianes, que te perseguían, anoche, buscaban —insinuó, volviendo a sentir la furia contra ella por ponerse en peligro de esa manera.

A lo cual se arrepintió al momento, al ver como perdía todo el color de su cara y lo miraba despavorida.

—Vale, está claro que ni se te había pasado por la mente.

Margot, solo pudo negarlo con la cabeza, su voz se negaba a salir de su apretada garganta, la cual se le había quedado seca de repente.

—Necesitamos una copa —afirmo, Anthony, poniéndose en pie, dirigiéndose al mueble de las bebidas, donde sirvió dos copas del ambarino licor, antes de regresar a su lado —, toma.

Margot la tomo con manos temblorosas y se la llevo a los labios, sabía que su ardiente sabor la reconfortaría.

—¿Mejor? —la pregunto, preocupado, al ver que aún no había recuperado el color, a pesar del calor del fuego en su angelical rostro.

Margot asintió con la cabeza, tomando otro trago.

—Despacio, pequeña, no queremos emborracharnos, al menos por el momento, aún tenemos mucho de lo que hablar.

Margot estuvo de acuerdo con él, pero no dijo nada, en cambio, se volvió de nuevo hacia el fuego, tomándose unos minutos para ordenar sus ideas, observando el danzar de las llamas.

—Al día siguiente, tras asignar a mi mejor periodista la investigación del asesinato de Nell, durante la reunión matinal — comenzó, rememorando sus pasos el día anterior —. Fui a la biblioteca del Club en busca de información sobre la moneda y Lord Dartford se acercó, curioso, por lo que estaba haciendo. Fue él quien me dio la información, que en los libros era incapaz de hallar y quien me propuso acudir a un experto tasador, conocido suyo, para confirmar su autenticidad.

—Una gran idea, la falsificación de monedas antiguas es una práctica muy extendida.

—Y eso precisamente es lo que hemos hecho esta mañana, pero cuando el tasador la mordió, cayó desplomado sobre su escritorio por una apoplejía, aunque no sin antes verificar su autenticidad —le explico, recordando el pánico y el estupor de aquellos momentos —. Lord Dartford me saco de la tienda y me pidió que volviera al Club lo más rápido posible, él se ocuparía de todo y se reuniría conmigo más tarde.

—Y ahí es cuando tropezaste conmigo —termino, Anthony por ella.

—Te vi desde la esquina y corrí hacia ti. Un refugio seguro que me cuidaría y protegería —le confesó cuáles habían sido sus pensamientos, sintiendo como se ruborizaba.

—Pero las burlas de mis acompañantes hicieron que te avergonzaras y huyeras despavorida —murmuro, apartándola un mechón de pelo de la cara con suavidad.

—Y la llegada del magistrado, no podían relacionarme con el asesinato.

—Espera has dicho que fue una apoplejía —la señalo, confundido.

—Eso pensaba yo y el magistrado que ha certificado su muerte, hasta que Lord Dartford me recordó que su lengua se puso azul al morder la moneda, por lo que podía haber sido envenenado.

—No hay nada azul en ella —dijo, volviéndola a examinar más de cerca —, no entiendo como pudo afirmar tal cosa.

—Por eso fuimos a comprobarlo.

—Mientras yo me quedaba en el Club —afirmo, aún molesto, por haberle dejado allí.

—No sabías nada de la moneda, tus preguntas nos hubieran retrasado y Lord Dartford se marcha mañana de la ciudad, nos quedábamos sin tiempo.

—Yo podría haberte llevado a donde fuera mañana —la replico, enfadado, sin comprender su forma de actuar.

Él era más que capaz de encontrar un boticario que se lo confirmara o desmintiera, dudando de que pudiera estar

envenenada.

—Por supuesto que si —le confirmo, viendo como se relajaba visiblemente al oírla —, pero la prioridad de Lord Dartford, era quitarle al veneno, antes de que alguien más muriera con solo tocarla, incluso yo misma, antes de marcharse —le explicó sus motivos.

—No había pensado en eso —la dijo, sintiendo miedo, por primera vez, por su vida.

Hasta ahora podía controlar todos los peligros que la acechaban y protegerla de ellos, pero no hubiera podido salvaguardarla del veneno si desconocía su existencia.

—Y supongo que ya no queda nada del veneno, ¿se sabe de qué tipo se trataba?

—Aún no, el boticario tardará unos días en averiguarlo.

—Bien, le visitaremos en unos días para ver si ya lo ha conseguido —afirmo, tomando nota mental de ello —. ¿Algo más que deba saber?

—Solo que la moneda no fue envenenada, sino que este se traspasó a ella al estar en contacto con el objeto que sí lo fue.

—Y eso como se puede saber.

—Según el boticario, por la poca cantidad que extrajo al limpiarla.

—Así que hay algo por ahí, igual de peligroso, que a saber qué estragos estará causando.

—Y cuantas muertes habrá provocado, siendo certificadas por las autoridades como apoplejías.

—Esto nos sobrepasa a ambos, necesitamos ayuda para resolver el misterio y dar con el asesino.

—Estoy de acuerdo, pero quiero participar en la investigación.

—Eso descarta al Duque.

—Él me encerraría bajo siete llaves, solo para mantenerme alejada del peligro.

—Algo que yo también debería hacer.

—Anthony … —le suplico, temerosa, de que la apartara del caso.

—Algo que no haré por el momento, siempre y cuando me prometas que no harás nada, ni siquiera respirar, sin que este a tu

lado. Y nada de secretos.

—Lo prometo, ya he tenido suficiente aventura en solitario, además de que no soy tan estúpida como para pensar que puedo resolverlo sola.

—Bien, entonces tenemos un acuerdo.

—Lo tenemos —le confirmo, volviéndose hacia el fuego, perdida en sus pensamientos.

Anthony la imito saboreando el resto de su copa de brandy, mientras trataba de decidir cuál sería el siguiente paso.

Capítulo 10

Se sentía tan cansada, hablar con él, contarle todo lo que estaba pasando, había hecho que se diera cuenta de muchas cosas, como en todas las veces que había estado muerta de miedo y en realidad tenía más que motivos para estarlo.

Había estado tan cerca de morir, solo por sostener la moneda en su mano y no había sido consciente de ello, pensó, sintiendo como un escalofrío la recorría de la cabeza a los pies.

Se abrazó a sí misma tratando de darse calor y como en aquellas noches, helada y empapada hasta los huesos, se dejó caer sobre su robusto cuerpo, buscando su calidez, apoyando la cabeza sobre su hombro.

Se estaba tan bien allí, pensó, sintiendo como él la rodeaba con un brazo la cintura hasta pegarla a su costado.

Nada malo podía pasarla teniéndole a su lado, se dijo, cerrando los ojos, relajándose, por fin, desde que había encontrado a Nell en aquel maldito callejón.

Anthony había reaccionado, por instinto, al roce de su cuerpo con el suyo, como en aquellos días tan lejanos para algunos, pero tan frescos en su mente como si aún estuvieran sucediendo, haciéndole vivir un día tras otros con aquella agonía aplastando su pecho.

El aroma de su pelo era el mismo que el de aquella noche, sentados junto a la chimenea, pensó, tomando una bocanada de aire, llenando sus pulmones con el cálido aroma a rosas frescas que desprendía.

Esa noche no llovía sobre sus cabezas, ni habían perdido a ningún ser querido, por la riada.

Esa noche estaban cómodamente, sentados, junto al fuego, el cual impedía que les calara el frío, hasta los huesos.

Esa noche, por primera vez en los últimos tres años, se permitió olvidar, aferrado a la mujer que tenía a su lado.

Ella le sostendría con su preciosa sonrisa y no lo dejaría caer hacia abajo, al igual que él la sostuvo sobre aquel precario tejado, que amenazaba con derrumbarse bajo sus pies.

Inclino la cabeza para depositar un suave beso sobre su pelo, a la vez que la atraía más hacia él, aún la sentía demasiado lejos.

Margot, levanto la mirada, sorprendida, por su gesto y quedo cautiva de la ternura que reflejaban sus hermosos ojos ambarinos al contemplarla.

Muy despacio vio como se inclinaba hasta rozar sus labios en un suave beso, haciendo que su corazón cantara, desbocado, saboreando el regusto del brandy que habían tomado.

Anthony rompió el beso y busco en sus ojos cualquier signo de repulsa o enojo que hubiera provocado, pero no hayo nada de eso, pensó, sorprendido, por la calidez e incluso pasión que transmitía su mirada.

Sin pensarlo dos veces la inclino sobre la alfombra, reclinándose sobre ella, reclamando de nuevo aquel manjar que ya había probado, presa de un hambre voraz que solo sus labios serían capaces de saciar.

Margot le recibió anhelante, presa de un ardor que la consumía las entrañas, haciéndola difícil hasta respirar.

Sintió como sus pechos se hinchaban, más y más, con cada paso de aquel baile perverso, que su lengua la obligaba a dar, uniéndose a su compas.

Eso era lo que había estado buscando, un hombre que desatara esa reacción con tan solo un beso, pensó, con los últimos momentos de lucidez, antes de abandonarse por completo a sus caricias y dejar de pensar por completo.

Anthony rompió el beso, necesitaba recuperar el control o la desfloraría allí mismo, sobre la cara alfombra de la biblioteca, frente al fuego, como a una vulgar cortesana, experta en las artes del placer, vendiendo su cuerpo.

Por el amor de Dios, esa era Margot, la protegida de Ashford.

Quien no dudaría en ocuparse de sus atributos masculinos, él mismo, si seguía adelante con esto, pensó, bajando la mirada para enfrentarla.

Una vez volvió a ser el mismo, pudiendo pensar de nuevo con la cabeza y no con otra parte de su anatomía, la cual tomo el control de inmediato nada más verla, allí tendida, dominada por la pasión, que él había despertado con sus caricias.

Sus labios, hinchados por sus besos, clamaban que los tomara de nuevo.

Su respiración agitada, haciendo que sus senos danzaran ante sus ojos, invitándole a abarcar su suave piel con sus manos, reclamando su cúspide entre sus dedos.

Bajo la mirada preguntándose si su centro palpitaría humedecido, anhelando la unión de sus cuerpos, pensó, dominado por una pasión que apenas podía contener, sin ni siquiera saber si quería hacerlo, que crecía más y más viéndola allí tendida bajo sus ojos, dispuesta a prender la llama que nos consumía a ambos, llevándolos hasta el más perfecto de los cielos.

—Anthony —susurro en un suspiro, pidiéndole en silencio que regresara a ella y la mostrara aquello que solo había alcanzado a perfilar a través de sus besos.

—No puedo, no sería un caballero si tomara lo que me ofreces sin ser mío.

Margot vio como se levantaba, se colocaba las ropas y salía de la estancia sin ni siquiera volver a mirarla, dejándola allí tendida, abrumada por un deseo que no sabía como satisfacer.

Había estado tan cerca de entregarse a él como mujer, de conocer la pasión que otros hombres no habían sabido despertar en ella, pensó, sintiéndose frustrada y a la vez feliz de que hubiera sido en los brazos de Anthony donde la hallara.

Pero aquellas estúpidas normas que la sociedad a la que él pertenecía imponía a los denominados caballeros, habían hecho que se le escapara entre los dedos.

Ni que ella fuera una Dama cuya virtud debía ser guardada con celo, para entregársela a su futuro esposo, y él así estuviera seguro de que sangre corría por su heredero.

Menuda tontería, ni que una mujer no pudiera tomar un amante, incluso en su misma noche de bodas, una vez fuera desflorada,

hasta el momento de alumbrar al supuesto hijo, sin duda alguna de su esposo.

Ella conocía no solo un caso, sino varios, en los que el satisfecho marido, albergaba bajo su apellido a un bastardo, engendrado por otro hombre.

Incluso en algunos casos ni la misma madre sabría decir que semilla era la que hizo florecer su vientre.

Damas que se habían visto obligadas a contener, bajo una falsa apariencia, sus deseos más lujuriosos, hasta hacer un buen casamiento y poder dar rienda suelta, abandonándose a sus pasiones, dejando así ver su verdadera naturaleza.

Hipócritas, falsas, viviendo siempre en honor de las apariencias, así era la sociedad, denominada alta nobleza.

Con sus arcaicas reglas que les impedían encontrar la paz y el cariño en la persona con la que decidían compartir el resto de su vida, obligándolas a buscar fuera de sus hogares lo que les faltaba en su propia casa, ocultándose en la oscuridad, para no reconocer sus errores.

Ella lo sabía bien, los chismes de esa índole era lo que más atraía a los lectores de su columna, pero eran muy pocos los que tomaban conciencia y se negaban a vivir sus vidas de esa manera.

El cual era el motivo principal por el que publicaba aquel suplemento en la Gazeta, denunciar sus estúpidas normas e invitarles a quebrantarlas, en busca de la felicidad que se ocultaba tras ellas.

Por eso no había aceptado ninguno de los pretendientes que el Duque le había presentado.

Aunque algunos habían despertado su intelecto, ninguno la había hecho temblar de pasión, como Anthony aquella noche y mucho se temía que nadie más lo conseguiría, pensó, incorporándose hasta quedar sentada frente al fuego, casi consumido.

Por muy buen carácter que tuviera, por muy bien que se llevaran y lo bien que se sintiera a su lado, si no la hacía arder con sus besos, no se uniría a él por el resto de su vida, se prometió a sí misma, ya completamente recuperada de la pasión que la había consumido momentos antes.

Volviéndose a sentir segura de sí misma.

Ahora solo la faltaba decidir que haría con Anthony después de eso, pero eso lo dejaría para mañana o para la semana próxima, o para cuando ya no tuviera más remedio que tomar una decisión al respecto, por ahora se concentraría en Nell, en la moneda y en atrapar a su asesino.

Aún no podía creer que hubiera escapado de la tentación que aquella mujer había despertado en él.

Nunca antes había deseado a ninguna con tanto fervor, hasta rozar la locura, si no conseguía hacerla suya, pero eso estaba, definitivamente, fuera de su alcance.

Qué podía ofrecerle él, un don nadie que vivía gracias a la generosidad del Duque, sin un hogar propio, ni un sustento, que vivía expiando su culpa por no haber hecho más aquella noche en que no pudo salvar sus vidas, abandonándolos, concentrado únicamente en salvar la suya.

Nada, él no tenía nada que ofrecer a una mujer como Margot, hecha a sí misma, hermosa, inteligente e independiente, con un propósito claro en la vida.

Dirigir un periódico donde esclarecer, a través de la verdad, los sucesos que ocurrían en aquella ciudad, además de poner al descubierto la doble moralidad de sus pares con sus chismes.

Ni siquiera tenía un título para darle, aunque dudaba mucho que se vendiera, tan solo por entrar a formar parte de la nobleza.

Ella no era así, ella no traicionaría sus principios por algo tan vil, pensó, saliendo al vestíbulo en busca del mayordomo.

Era hora de dejar de pensar en un imposible y ocuparse de mantenerla a salvo de los peligros que la acechaban.

—Señor Murphy, reúna a los lacayos encargados de custodiar a la señorita Scott —le pidió, decidido, caminando hacia él.

—Sí, milord.

—¿Hay algún sitio donde podamos reunirnos?

—En el estudio, milord, la señorita casi nunca lo usa.

—Perfecto, también tengo que enviar una nota, por favor, busque a alguien para que la entregue —le pidió, adentrándose en el estudio, directo hacia el escritorio.

—Por supuesto, milord —le respondió, saliendo de nuevo al pasillo, dispuesto a cumplir con lo encomendado.

Era ya más de media noche cuando salió de la mansión, dejándole una nota Margot en la cual la informaba de su reunión al día siguiente con el investigador que había contratado para ponerle al día de los nuevos acontecimientos, al tiempo que él les informaba de lo que hubiera descubierto con sus pesquisas.

Era el momento de volver a casa y tratar de descansar un poco, pensó, sentado en el carruaje que había tomado prestado para volver a Ashford Hall.

Capítulo 11

Anthony creía estar preparado para verla de nuevo, tan hermosa bajo el sol que entraba por los grandes ventanales de la biblioteca, aquel precioso día de primavera, pero no era así.

Sus ojos la devoraron, desnudándola con la mirada, haciendo despertar su deseo de tomarla entre sus brazos y no dejarla ir, hasta haber saciado el más bajo de sus instintos, una y otra vez.

Por el amor de Dios, tenía que quitarse todo aquello de la cabeza, de una vez por todas o ella lo pagaría muy caro, se regañó a sí mismo, tomando el control de su mente, relevando a otra parte de su anatomía que insistía en dominarlo.

Aquella mujer por la que suspiraba era Margot, la pupila de Ashford, su amiga, con quien había compartido la peor experiencia de su vida.

Una mujer totalmente fuera de su alcance, aunque fuera una simple burguesa, no podía tomarla como amante, tal y como deseaba, con cada poro de su piel.

—Buenos días.

Su voz melodiosa, pero firme, llego hasta él, obligándole a regresar al presente y centrarse en el motivo de su visita.

—Buenos días, me he adelantado un poco para que no estuviereis sola cuando llegara el señor Dixón —le explico, así su llegada con tanta antelación.

—Teméis que lo coaccione de alguna manera y anule vuestras órdenes de como llevar el caso.

—Eso lo haréis este yo presente o no —dijo, soltando una carcajada, convencido de ello.

—Así qué no pensáis anularme por ser mujer.

—En absoluto, no sois una mujer cualquiera.

Margot sintió como se ruborizaba, complacida, por su velado alago, decidió apartarse de la ventana y volverse hacia la mesa, para ocultárselo.

—He pedido una bandeja de té y café por si os apetece —le informo, incluyendo al visitante que esperaban —, junto con algunas tartaletas de frambuesa, la especialidad de la cocinera.

No podía dejar de balbucear palabras sin sentido, mientras se recuperaba del efecto que la había causado verle de nuevo, aquella mañana, al oler el aroma de su jabón, mezclado con el sándalo de la colonia tras el afeitado.

Mientras, trataba de dominarse para no lanzarse sobre él y exigirle que terminase lo que había empezado, tan solo unas horas antes, en aquella misma habitación, pensó, a la vez que desviaba la mirada hacia la alfombra donde había estado tumbada entre sus brazos.

Tenía que encontrar la forma de deshacerse de aquellos pensamientos, cuanto antes, al fin y al cabo, era más que evidente que él los había olvidado, no dejando que le torturasen, como ella estaba haciendo.

Era hora de dejar atrás su encaprichamiento por aquel hombre que no la correspondía y prepararse para su entrevista con el investigador.

Había muchas vidas en juego, incluida la suya, incluso la de Anthony si insistía en acompañarla a todos lados y por nada en el mundo la pondría en juego.

No sería capaz de vivir consigo misma si algo le ocurriera por su culpa, pensó, sintiendo un escalofrío de terror recorrerla de arriba abajo.

La suave llamada de su mayordomo en la puerta, antes de abrirla y anunciar a su invitado, hizo que apartara aquellos nefastos pensamientos de su mente y se volviera hacia él.

Era más joven de lo que esperaba, con un porte casi aristocrático, totalmente contrario a como se imaginaba la apariencia de un investigador privado.

Más entrado en años, más alto y fuerte, capaz de enfrentar a varios adversarios a la vez en plena calle y salir victorioso, algo que aquel joven, con una figura tan estilizada y tan atractivo, parecía incapaz de cumplir.

—Buenos días, señor Dixón —le saludo, Anthony tendiéndole la mano —, permítame que le presente a la señorita Scott.

—Lord Henderson, señorita Scott.

—Buenos días, haga el favor de sentarse —le invito señalando una silla a su derecha en la mesa —. ¿Una taza de café? —le pregunto, aun tratando de salir del trance, que su melodiosa voz, bien modulada, en un perfecto inglés le había provocado, haciendo que se preguntara si era en realidad quien decía ser.

—El señor Warren lo eligió personalmente, dada la delicadeza que el caso requería —la aclaro, Anthony viendo sus dudas en su mirada.

—Espero que haya acertado.

—Yo también, aunque las cosas han cambiado mucho desde que hablamos —le comento, Anthony, sentándose junto a él, tomando la taza de café que Margot le tendía —, puede que no se sienta capaz de seguir con el caso tras esta reunión —le advirtió.

—Lo cual le estaríamos muy agradecidos si nos lo comunicara cuanto antes, para poder buscar a alguien más adecuado que lo sustituya —continuo, Margot, tomando asiento frente a ellos.

—No creo que eso ocurra, señorita Scott.

—Ya veremos —le respondió, dejándole ver sus dudas.

—Bueno, antes de nada, díganos que ha descubierto hasta ahora —propuso, Anthony, evitando así un enfrentamiento entre ellos.

—La verdad, he de reconocer, para mí eterna frustración, que nada relevante indica que fue asesinada, tal y como ustedes afirman —les confesó —. Todo apunta a una muerte natural, tal y como han certificado los magistrados.

—Lo cual es completamente incorrecto —le contradijo, Margot, enfadada —. Una mujer joven, completamente sana, no va cayendo muerta por ahí, como si nada.

—Casos más raros se han dado.

—Este no es uno de ellos y si es incapaz de ir más allá, no nos sirve para nada, señor.

—Por el amor de Dios, Margot, quieres tranquilizarte.

—Pero …

—Recuerda que aún no le hemos puesto al corriente de nuestros descubrimientos, los cuales dan un giro total a lo sucedido —la recordó, en un tono de reproche bien definido —, esperemos a ver que opina de ellos y cuáles son sus planes para resolverlo antes de juzgarlo.

—Está bien, le daré una oportunidad, aunque dudo que sea el indicado.

—Warren me lo recomendó personalmente por sus habilidades para resolver misterios que muchos otros ni siquiera ven.

—Warren se está haciendo viejo —afirmo, categórica.

—Será mejor que no os oiga decir eso, señorita Scott —la advirtió, Dixón, conteniendo la risa a duras penas, al oírla.

—Uf.

—Me temo que Warren y ella son viejos conocidos, que levantaron, digámoslo así, muchos dolores de cabeza al Duque, cuando lo contrato para protegerla hace unos años —le aclaro, Anthony.

—Algo así me comento Warren sobre ella.

Margot se puso rígida al oírle, ese hombre no había podido decir nada bueno sobre ella y ahora el señor Dixón tendría la idea equivocada de que era una mujer, joven e ingobernable, poseída por sus locuras, a la cual era muy difícil de controlar.

Y a la que debería atar en corto por su propio bien, recordó sus palabras al referirse a ella en el despacho del Duque.

Algo que supuestamente nunca debió oír, pero ella no tenía la culpa de que la puerta estuviera entreabierta y el sonido de sus voces llegara hasta el corredor, alto y claro.

Nunca fue su intención espiarlos, pero tampoco pudo evitar hacerlo.

Ya nada de eso importaba, se dijo, alejando esos pensamientos de su mente, para poder concentrarse en la conversación que mantenían en ese momento.

—En cuanto a averiguar la identidad de quien contrato a sus perseguidores, me temo que tampoco he tenido mucha suerte en dar con ellos —les confesó —, es como si la banda de Sullivan se hubiese evaporado de la tierra, pero estoy seguro de que tarde o

temprano aparecerán —les aseguro —, siempre lo hacen cuando se les acaba el dinero y entonces averiguaré para quien trabajan, que es lo que querían de usted.

—Bien, porque es primordial que hablemos con ellos cuanto antes.

—Aunque ya sabemos lo que buscaban —añadió, Anthony.

—Si voy a seguir con el caso, es el momento de que me pongan al día —les pidió, Dixón, empezando a enfadarse, cómo demonios esperaban que resolviera su problema, si no le daban todos los detalles y le ocultaban información, al parecer de lo más importante.

—Antes de nada, ha de saber, que a partir de ahora trabajaremos en equipo —le dijo, Anthony, abarcando a todos los presentes — y nos reuniremos todos los días, al menos una vez, para informarnos los unos a los otros.

—Está bien, no tengo ningún problema con eso —respondió, Dixón, intrigado.

—Margot, por favor —la invito a que fuera ella quien le pusiera al día de lo acontecido el día anterior.

Margot se tomó un momento tratando de decidir hasta donde podía contarle a un desconocido y que parte sería mejor no revelarle.

Hasta que recordó lo que había ocurrido con Anthony por no ser sincera con él y decidió que si de verdad deseaban su ayuda, y bien sabía, Dios, que la necesitaban, sería mejor contárselo todo, menos el nombre de Lord Dartford, hasta que pudiera hablar con él y pedirle su consentimiento.

Al fin y al cabo, él estaba en su derecho de no querer verse involucrado, más de lo que ya estaba y traicionarle así, revelando su identidad, no sería nada ético.

Margot, deposito su taza con cuidado sobre la mesa para poder fijar su mirada en el señor Dixón mientras hablaba, deseaba ver su reacción a sus palabras.

Dixón permaneció imperturbable mientras la escuchaba, tras su mejor mascara de jugador de póker, no dejándola ver, ni el más mínimo de sus pensamientos, tratando de no precipitarse en sacar conclusiones antes de que acabara.

Las cuales, casi siempre, solían estar equivocadas, algo que hacía tiempo había aprendido en su labor como investigador.

—Y bien que opina —le pregunto, Anthony, una vez Margot, acabo de exponerle las nuevas evidencias del caso.

—Que efectivamente el caso ha cambiado completamente y ahora nos enfrentamos a algo mucho más complejo que una prostituta encontrada muerta en un sucio callejón.

Margot fue a replicar, enfadada, por su manera de referirse a Nell, pero se lo pensó mejor.

Para ella era una amiga, además de una confidente, que obtenía la información a través de los clientes a los que daba placer en su trabajo como prostituta en un burdel cercano a donde murió.

Para ellos era tan solo una prostituta muerta que no volvería a satisfacer a ningún otro caballero. El cual, seguramente, ya la habría sustituido por otra, pensó, apretando los puños con rabia por debajo de la mesa.

—Y ahora qué —les pregunto, por el contrario, controlando su ira.

—Ahora trazaremos un plan entre los tres y veremos a donde nos conduce —dijo, Anthony, conocedor de su enfado al hablar a sí de Nell.

—Por donde empezamos.

—Por la lista de clientes que estuvieron con ella esa noche —dijo, Dixón —con un poco de suerte podremos relacionar a alguno de ellos con la moneda.

—No servirá —afirmo, Margot, convencida de ello —, si queremos encontrar al dueño de la moneda entre sus clientes, debemos remontarnos hasta el jueves de la semana anterior a su muerte. Último día en el que hablamos —les explico —, si hubiera tenido la moneda entonces es de suponer que me la hubiera mostrado.

Anthony y Dixón se quedaron en silencio ante su acertado razonamiento, el cual complicaría aún más las cosas, añadiendo muchos nombres más a la lista, la cual ya sería larga de por sí, aunque solo fuera por un día.

Capítulo 12

Al final trazaron un plan hasta el día siguiente, cuando se reunirían de nuevo.

Aunque Margot hubiese preferido que se dedicaran en exclusiva a investigar el caso, tuvo que reconocer que hasta ella misma tenía obligaciones ajenas al mismo que le eran imposibles de eludir, pensó, sentada en su carruaje camino del periódico.

Ya había faltado a la reunión matinal, algo que hasta ahora no había ocurrido nunca y sus empleados estarían haciendo conjeturas sobre el motivo de su ausencia.

Atraer su atención hacia ella y sus movimientos era algo que no la convenía en esos momentos.

Un buen investigador debía pasar desapercibido en todo momento, si deseaba llegar al fondo de la noticia, no convertirse en el centro de atención de la misma.

Ya sería difícil de explicar el porqué llevaba una escolta de cuatro fornidos lacayos, armados, por la calle y dos en el interior de cualquier edificio al que entrara, algo que la molestaba sobre manera, pero que era necesaria dado el cariz que estaban tomando las cosas.

Al menos habían aceptado que la escolta se retirara unos metros, incluso que desapareciera, si Anthony, Ashford o Chapman la acompañaban.

Margot hubiera añadido algunos nombres más a la lista, pero Anthony se negó en rotundo a considerarlos.

Incluso Dixón fue excluido de la misma, para sorpresa de ambos, quienes no acertaban a entender su razonamiento.

—Buenas tardes —saludo a su ayudante al pasar junto a ella hacia su despacho.

—Buenas tardes, señorita Scott —respondió, tomando unos papeles a toda prisa, para ir tras ella.

—¿Tienes la columna del miércoles?

—Sí, señorita, aunque en mi opinión ha quedado un poco sosa —la informo, dándola los papeles donde la había redactado.

—Pues esperemos que ocurra algo interesante en los próximos dos días, o será la menos atrayente que hemos publicado hasta el momento —confirmo, leyéndola por encima.

La voz de Brad Relis, su mejor periodista de investigación y a quien le había encargado el caso de Nell, llego hasta ellas desde la sala común, donde se encontraba.

—Dile a Relis que pase, deseo saber como lleva el artículo que le encargué ayer.

—Ha sido publicado en la edición de esta mañana, aunque no creo que sea lo que esperabas.

Margot levantó la cabeza sorprendida y tomo el periódico que le tendía.

Ingrid tenía razón, eso no era lo que esperaba de un profesional de su categoría.

—Traedlo aquí —siseo con los dientes apretados, tratando de dominar su ira.

—Enseguida.

Margot aprovechó esos minutos para releer las cuatro escasas frases que Relis había publicado sobre el asesinato de Nell, dejando bien claro que si no se hubiera abierto de piernas, por unas cuantas monedas, aún seguiría con vida.

—Como no has asistido a la reunión de esta mañana —la recalco, con sorna, ajeno a su estado de ánimo —, me he puesto con el caso de los caminos y calzadas reales que se está debatiendo en el parlamento. Algo que nos afecta a todos.

Típico de Relis, escoger los casos donde pudiera estar rodeado por la nobleza, a pesar del poco interés que suscitaban entre sus lectores.

Y lo peor es que era un buen periodista, con un gran instinto y un poder innato con las palabras, capaz de captar la atención, por insulsa que la noticia fuera, pensó, levantando la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Estás despedido, deja tus papeles sobre la mesa y quítate de mi vista —le comunico, con firmeza, la decisión que había tomado al

leer su artículo.

—¿Estás loca?, no puedes despedirme —le grito lleno de ira —, este periódico no es nada sin mí, me oyes, no eres más que una señoritinga de mierda, jugando a ser editora, cuando lo que deberías estar haciendo es criar a los hijos de tu esposo, encerrada en su casa y dejarnos a los hombres de verdad hacer nuestro trabajo.

—Fuera de mi despacho —siseo entre dientes, negándose a rebajarse a su nivel.

—No, deberías ser tú quien se retirase, rogándome ocupar tu lugar, como director del periódico, tal y como he hecho durante estos dos últimos años, sin que nadie reconozca mi labor —la escupió, poniendo las manos sobre el escritorio, inclinándose sobre ella amenazador —, o creías que eras tú quien lo dirigía —se burló de su ignorancia —. Solo estás ahí sentada por imposición del Duque de Ashford, quien te compro este juguete para mantenerte entretenida hasta que te casaras, como es tu deber.

Margot acusó el golpe como si la hubiera abofeteado con la mano abierta.

Era eso lo que todos pensaban sobre ella y su labor en el periódico, se preguntó, sintiendo como el peso de esa gran losa la aplastaba, sin apenas dejarla respirar.

Se levantó despacio apoyándose en la mesa, sin saber muy bien como defenderse de tan cruel acusación, ni si valía la pena hacerlo, cuando su mirada recayó en los lacayos que la acompañaban, quienes habían acudido al despacho, alertados por sus gritos.

—Sáquenlo de aquí.

—Será un placer.

Margot no pudo hacer otra cosa que quedarse allí, plantada, de pie, viendo como lo arrastraban a fuera, sin saber muy bien que hacer, ni como enfrentarse a eso, pero sabiendo que necesitaba confiar en aquellos con los que trabajaba y recuperar el control de la situación.

Miro a través de la cristalera hacia la sala común, donde todos habían acudido para ser testigos de su vergüenza.

¿Cuántos de ellos opinaban como Relis?, se preguntó, examinándolos, uno a uno.

Era hora de averiguarlo, se dijo, caminando hacia allí.

—Aquellos que opinen de mí, y de las mujeres como Relis, considerando que no debo dirigir este periódico por el hecho de ser una mujer, hagan el favor de marcharse —les pidió, recorriendo una a una sus caras, en busca de alguna señal que los delatara.

Pero nadie se movió, permaneciendo en silencio, esperando a ver cuál sería su próximo movimiento.

—Piénsenlo bien, porque si más tarde encuentro la menor evidencia de que sea así, les aseguro que me encargaré personalmente de que no encuentren lugar en ningún periódico de la ciudad y usaré todo lo que esté en mi mano, para que no vuelvan a trabajar en ningún oficio relacionado —les advirtió, más que dispuesta a cumplir su amenaza.

En silencio, dos más de sus periodistas y uno de sus aprendices abandonaron la sala, junto con sus secretarías, incluida la que atendía al señor Relis, algo que la sorprendió y la dejo contrariada.

No se esperaba algo así de ninguna de las mujeres con las que trabajaba, todas parecían mujeres independientes que buscaban un futuro en el mundo laboral, no que compartieran sus creencias de que solo servían para casarse y contentar a su esposo, en todo lo que este deseara, por el simple hecho de ser mujer.

A no ser que fuera eso lo que en realidad ansiaban, pensó, reflexionando sobre ello, encontrar un esposo adecuado a través de su puesto de trabajo, lo cual al no pertenecer a la nobleza y no poder entrar en el mercado matrimonial cada Temporada, era su mejor opción para conocer y considerar a diversos caballeros.

Era algo ruin, pero tenía que reconocer su mérito al intentarlo y no conformarse con tan solo su círculo cercano de conocidos o con quienes, sus parientes masculinos, hubieran considerado apropiados para ellas.

Al menos así, tenían algo de control sobre sus vidas, aunque aún las quedaba mucho por evolucionar, si pensaban que una mujer no podía ocupar un cargo de responsabilidad y llevarlo a cabo tan bien como cualquier hombre, pero estaban en proceso de conseguirlo, pensó, apiadándose de ellas y deseándolas la mejor de las suertes en su búsqueda.

El discreto carraspeo del señor Manley, el único periodista varón que le quedaba, le saco de sus cavilaciones, haciéndola regresar al presente y al problema al que se enfrentaba.

Una crisis de personal que debía solucionar con celeridad, si deseaba poder sacar el próximo número adelante y con el salvar el prestigio del periódico, que tan duramente había conseguido.

—Ante todo les doy las gracias por creer en mí y espero que puedan adaptarse a los cambios que se avecinan —les comunico, esperando su colaboración —, aunque ahora mismo lo más apremiante es sacar adelante el próximo número, por lo que sentémonos y repasemos lo que tenemos —les propuso tomando asiento ella misma.

Iba a ser una tarde muy larga, pensó, recordando su cita con Nataly en el parque a la que definitivamente no podría acudir.

La marcha de Relis, la había brindado la oportunidad de poner en marcha la reforma que siempre había deseado y que nunca se había atrevido a sugerir por temor a las críticas masculinas sobre ella, pero ahora era el momento adecuado de hacerlo y convertir el periódico en un referente para el futuro.

Capítulo 13

Se sentía completamente agotada, pero aun así allí estaba, sentada en su carruaje, camino de los jardines de Vauxhall, donde la familia Ashford cenaría, en su pabellón privado, junto con su círculo más cercano de amistades.

Un evento al que como siempre la habían invitado y que por regla general no solía acudir, pero necesitaba ver a Nataly, tenía la esperanza de que tuviera algo interesante para ella, que la salvara la publicación del miércoles.

Después de todo lo ocurrido aquella tarde, era primordial que al menos la sección sensacionalista del periódico, no se viera afectada por todos aquellos cambios, ofreciendo el entretenimiento que todos esperaban, o nada de lo que hicieran, los salvaría de la bancarrota, pensó, agobiada por los problemas que todo aquello representaba.

No estaba lista para presentar a sus empleados la nueva política y forma de trabajar a partir de ahora.

Tenía que elaborar un buen plan, explicándoles exactamente lo que quería, pero no tenía tiempo con todo lo que estaba pasando a su alrededor.

La muerte de Nell, el tasador, el veneno, la moneda, los secuaces que la perseguían y querían verla muerta.

Además de tener que enfrentar a Anthony a cada paso, ocultándole sus sentimientos y esta noche estaría allí, en uno de los lugares más románticos de la ciudad, deseando perderse con él por uno de sus oscuros senderos, reservados solo para los amantes.

¿Cómo podría enfrentarse a eso?, suspiro anhelando que el interés fuera recíproco y su fantasía se hiciera realidad.

El murmullo de voces en el exterior llamo su atención, al tiempo que la trampilla de comunicación con el cochero se abría.

—Mantenga las cortinillas echadas y no se asome por las ventanillas —le advirtió, uno de los lacayos que la acompañaban —,

saldremos de la calle principal tan pronto como podamos y daremos un rodeo.

—¿Qué está pasando?

—Solo es una pequeña protesta, pero la evitaremos, no hay de que preocuparse.

—¿Qué es lo que piden esta vez? —pregunto, conocedora de las múltiples protestas que se producían últimamente.

—Lo de siempre, que suban los salarios para poder comprar comida en lugar de tener que acudir a las casas de beneficencia para subsistir —la respondió, cerrando el compartimento, evitando así más preguntas.

Eso era algo que venía ocurriendo desde hacía mucho tiempo y que se había agravado con los nuevos aranceles sobre el trigo.

Que un padre de familia, obrero de una fábrica, que trabajaba de sol a sol, no pudiera dar de comer a sus hijos, era algo que ocurría cada vez con más frecuencia.

Y los parlamentarios parecían no darse cuenta del problema tan grave que podían ocasionar si se sublevaban.

Lo único que se les había ocurrido era abrir más casas de beneficencia, lo cual no arreglaba nada, sino más bien lo contrario, ya que acudir a ellas era un gran golpe para su orgullo y de eso los hombres andaban sobrados, tal y como había podido comprobar ella misma esa tarde.

Quizás este sería un buen tema a tratar en el periódico, sobre todo proponer soluciones más efectivas y que no los obligase a rebajarse aún más.

Lo sugeriría en la próxima reunión y debatirían que se podía hacer.

La parada brusca del carruaje, haciendo que se golpeara la cabeza contra el asiento, hizo que se olvidara de sus planes, sobresaltada.

—Por favor, baje del carruaje, debemos sacarla de aquí, antes de quedar atrapados por la multitud —exclamo, uno de los lacayos, tirando de ella hacia el exterior.

Margot sintió como la rodeaban y la llevaban prácticamente en volandas, calle abajo, alejándola de la muchedumbre enfurecida.

—¿Qué está ocurriendo?, ¿qué son esos gritos? —les pregunto, desesperada, con el poco aliento que le quedaba.

—Me temo que han asaltado el carruaje del Vizconde de Wexton, señorita.

—¿Qué …?

—No se preocupe, ya hemos pedido refuerzos, solo tenemos que encontrar un lugar seguro donde escondernos a esperar que lleguen.

Margot trató de ver hacia donde se dirigían, pero sus enormes espaldas se lo impidieron, aunque el olor inconfundible del río, cada vez fuerte, la dio una pista bastante fiable.

Los suburbios alrededor del puerto no eran el lugar más seguro de la ciudad, pero sí el más indicado donde esconderse y pasar desapercibidos hasta que los encontraran.

—Bien, vayamos hacia ese callejón y esperemos allí.

—No, estaremos mejor en una de las tabernas —sugirió, Margot, quien había desarrollado una verdadera fobia a los callejones desde aquella noche.

—Señorita, llamaríamos mucho la atención con usted así vestida.

—Pues hagamos que no sea así —afirmo, acercándose a una esquina y deteniéndose para quitarse las joyas y guardarlas en su bolso.

Se deshizo del elaborado peinado que Mary la había hecho y se recogió el cabello en un simple moño.

Con un tirón certero se arrancó los bellos encajes de su vestido y se sacó el sencillo corsé de batista que llevaba, colocándoselo por el exterior, ocultando así el elaborado bordado, en hilo de plata, de su vestido.

—Deme su pañoleta —le pidió a uno de los lacayos, el cual no dudo en quitársela del cuello y tendérsela.

Por último, le dio la vuelta a su capa, para poder llevarla del revés y se volvió hacia ellos.

—Será suficiente para pasar desapercibida o debo mancharme con un poco de hollín, la cara y las manos —les pregunto, levantando la vista hacia ellos.

Los tres la miraban como si estuvieran contemplando a un fantasma con los ojos bien abiertos.

—¿Ocurre algo?, ¿no es suficiente? —les pregunto, confundida.

—No, no, es más que suficiente —le respondió, el que parecía ser el jefe.

—Entonces entremos —les ordeno, poniéndose en marcha.

Por el rabillo del ojo noto que uno de ellos se quedaba cerca de la puerta, esperando a que llegaran los refuerzos y pudieran salir de allí sin sufrir ningún daño, supuso, acomodándose en una mesa vacía del rincón, custodiada por los dos lacayos que aún la acompañaban.

Acababan de sentarse y de servirles el primer plato, cuando uno de los camareros se acercó a Ashford, para hablarle al oído.

—Tendrán que disculparme —les pidió, poniéndose en pie, saliendo del pabellón —. Espero que sea importante —urgió al lacayo que lo esperaba.

—Lo es, excelencia —le contesto y en pocas palabras le puso al corriente de lo que ocurría.

—Está bien, vaya al establo cercano y consíganos tres caballos, incluido el suyo —le ordeno, haciéndose cargo de la situación —. Envíe dos mensajes, uno a mi residencia y otro al señor Warren, pidiéndoles a ambos, que reúnan a todos los lacayos disponibles y se encuentren con nosotros a la entrada de los muelles por Bondway St, junto con un carruaje, discreto, para la señorita Scott.

—Enseguida, excelencia.

—Bien, me reuniré con usted en la entrada en unos minutos —le dijo, volviendo a entrar en el pabellón.

—Me temo que he de dejarles —anuncio, nada más cruzar los cortinajes —, está habiendo protestas muy cerca de aquí y mi pupila, la señorita Scott, se ha visto afectada.

—Margot … —exclamo, Penny, volviéndose hacia él, preocupada.

—Está bien, se ha refugiado en un lugar seguro, hasta que vayamos a buscarla —la informo, viendo como Chapman y Anthony, se habían levantado dispuestos a unirse a él —. Chapman he de pedirte que te quedes y cuides de la familia, en estos momentos, no es seguro salir ahí fuera, por lo que regresaré en cuanto pongamos

a Margot a salvo, con una escolta adecuada para regresar a casa sin contratiempos.

—Tan mal está la cosa —quiso saber uno de sus invitados.

—Al parecer sí, pero aquí estaréis a salvo —le respondió, inclinándose sobre su esposa para darla un beso en la mejilla —no dejes que nadie se marche hasta mi regreso y permanecer dentro del pabellón en todo momento.

Penny asintió levemente con la cabeza dándole a entender que le había oído.

—Llevarla a casa, aunque ella insista en ir a la suya.

—Sí, madre, eso haré —la prometió, volviéndose hacia Anthony, quien ya le esperaba —, vámonos.

—¿De verdad está bien? —le pregunto, preocupado, una vez se hubieron alejado lo suficiente como para que nadie les escuchara.

—Hasta donde yo sé, sí, pero debemos darnos prisa en llegar hasta ella y sacarla de allí —le confirmo —, gracias a Dios había pedido a unos lacayos que la acompañaran, algo que no suele hacer habitualmente, me pregunto por qué lo habrá hecho.

Anthony se volvió hacia él, a punto de responderle, pero eso hubiera supuesto violar su acuerdo con ella, no le gustaba tener que ocultarle algo así a su hermano.

Tarde o temprano se enteraría, de eso no tenía la menor duda, y su enfado sería mayúsculo por haberle mantenido al margen, cuando uno de sus seres queridos había estado en peligro, sin que él lo supiera.

Anthony se encogió de hombros inconscientemente, ya lidiaría con ello cuando ocurriera, ahora lo único importante para él, era llegar junto a Margot y asegurarse de que estaba bien.

De mutuo acuerdo aceleraron el paso hacia la salida, donde ya les esperaban los caballos.

—Démonos prisa —dijo, Ashford, encabezando la marcha callé abajo.

—Tienes algún plan para no cruzarnos con los protestantes.

—Daremos un rodeo por las calles colindantes, hasta cruzar al otro lado, junto al río, donde se nos unirán los hombres que he mandado a buscar —le explico —, una vez seamos suficientes,

recorreremos cada calleja, cada taberna, cada recodo, hasta encontrarlos.

—Solo espero que los guardias que la acompañaban hayan podido encontrar un lugar donde ponerla a salvo.

—También lo espero —confeso, Ashford, sorprendido de que supiera que no viajaba sola —. Aunque yo no he mencionado que sus acompañantes, sean guardias y no simples lacayos.

Ashford se giró para mirarle, esperando su respuesta.

—Sabes algo de ellos —le presiono un poco más —. Margot no es dada a dejarse escoltar, aunque sea necesario.

—Supongo que será un tema del periódico, he oído que podría haber problemas con la próxima edición.

Ashford se lo quedo mirando en silencio, tenía la sensación de que Anthony no le estaba contando todo lo que sabía al respecto, pero la llegada al punto de encuentro, donde estaban llegando el resto de lacayos a los que había llamado, le impidió seguir con sus pesquisas.

Capítulo 14

Margot no hacía más que mirar la puerta, temiendo que, en cualquier momento, aquella multitud exaltada, entrara en la taberna para festejar su éxito.

Haber asaltado un carruaje noble, sin haber acabado en prisión, siempre se consideraba un éxito entre la plebe, el cual era digno de festejar entre ellos, magnificando su aventura.

—Tranquilícese, señorita, pronto llegarán a buscarnos.

Margot observó admirada a su compañero de mesa, quien parecía estar allí sentado tan relajado, compartiendo una pinta con su última conquista e intento imitarle, haciendo su papel.

Mientras buscaba con la mirada a su otro acompañante, quien se había unido a otros comensales en su algarabía, junto a la barra, animándoles a montar mayor escándalo, con el fin de distraer las miradas curiosas que pudieran caer sobre ellos.

La verdad es que ambos estaban haciendo un gran trabajo, manteniéndola a salvo.

Eran buenos escoltas que sabían lo que hacían y tenían un plan bien organizado, pensó, sintiéndose más segura al estar en sus manos.

Tendría que dar las gracias al señor Warren, por ello, se dijo, arrugando el ceño con fastidio.

Ese hombre había sido intratable hacía unos años, manteniéndola prisionera durante aquellos meses, tras su regreso a Londres, en que Ashford temía que pudiera ser raptada por los socios de su padre y obligada a casarse, con sepa Dios quien, con tal de hacerse con sus acciones en la naviera.

Aunque podía tener razón, Margot, siempre pensó que no llegarían a tanto y tras cuatro largos meses, consiguió convencerle de ello y salir un poco de su cautiverio, aunque nunca la había dejado volar sola y siempre estaba al tanto de todo lo que acontecía en su vida.

Sí que la permitía moverse con la libertad que ella necesitaba, llegando a un acuerdo táctico, satisfactorio para ambos, que los permitía mantener una relación de armoniosa amistad, en lugar de siempre estar peleando cada vez que se veían.

Algo que ocurría muy a menudo gracias al vínculo de cariño que se había creado entre Margot y el resto de la familia, quienes ya la consideraban como un miembro más, al igual que ella a ellos.

Como un par de horas después, Margot, vio entrar a Ashford en la taberna, sin llamar la atención, se dirigió directo a la barra en busca de una pinta, mientras recorría la estancia con la mirada, evaluando a los comensales allí reunidos y cuantos de ellos podían resultar conflictivos para sus planes.

—Es hora de irnos —le dijo su acompañante, poniéndose en pie, tras dejar un par de monedas sobre la mesa.

Margot se colocó su capa y oculto el rostro, todo lo que pudo bajo su capucha, antes de seguirle con la cabeza baja hacia la puerta.

Aunque visitar tabernas donde encontrarse con sus confidentes era habitual en su trabajo, siempre lo hacía a unas horas menos intempestivas, cuando aún los comensales no habían tomado tanto licor y eran menos alborotadores, por lo que se sentía más segura caminando entre las mesas, que aquella noche.

Sin contar que se encontraban en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad y las tabernas que ella visitaba, contaban con una clientela más sofisticada, menos dada a las peleas, sin motivo aparente.

Sintió la presencia de su otro guardián tras ella, lo que la ayudo a mantenerse firme hasta cruzar el umbral de la puerta y salir a la calle.

Margot se quedó parada en medio de la calzada, sorprendida, al ver aquel ejército, de lacayos armados, que la esperaban.

Ashford se había traído a todo un batallón de infantería a los muelles, para rescatarla, pensó, contemplándolos asombrada.

—¿Estás bien? —le pregunto, Anthony, acercándose a ella, más preocupado de lo que aparentaba estar.

Margot asintió con la cabeza incapaz de decir nada.

—Sube al carruaje —la ordeno, Ashford, llegando hasta ellos —, volvemos a Vauxhall, que una comitiva se adelante y se asegure de que las calles sean seguras.

—Por supuesto, excelencia.

Margot, levanto la cabeza sorprendida al oír la voz del señor Warren, quien estaba con el señor Dixón, unos pasos más a tras de Anthony.

—Ocúpate de modificar el recorrido según los problemas aparezcan. Directos pero seguros.

—Me temo que mi vestido ya no es el más indicado para presentarme ante la alta sociedad —les dijo, Margot, recuperando un poco la compostura —, y no creo que tenga arreglo —les informo, abriéndose la capa para mostrarles a que se refería.

—¡Ese es tu corsé! —exclamo, Anthony, horrorizado antes de que pudiera detenerse.

Ashford no dijo nada al respecto, limitándose a darle una colleja a su hermano por su indiscreción.

—Entonces mantendremos la capa bien cerrada para que nadie pueda verlo.

—No he tenido más remedio, no podía entrar ahí vestida como una princesa, sin llamar la atención —se disculpó, avergonzada por su aspecto.

—Y habéis hecho muy bien, me alegra comprobar que mis enseñanzas no cayeron en saco roto, después de todo.

—Y yo me pregunto si no la enseñaste demasiado, Warren — observo, Ashford, orgulloso de como, su inteligente pupila, había resuelto el problema de su atuendo.

—Será mejor que nos marchemos, excelencia, estamos llamando demasiado la atención.

—Tenéis razón.

Oyó Margot, la voz de Anthony a su espalda, mientras subía al carruaje que la esperaba, con Ashford tras ella.

—Tienes algo que decirme —la pregunto, sentado frente a ella.

—No ha sido mi culpa, aunque pienses lo contrario, no tenía planeado ser atacada por una multitud, mientras viajaba para cenar con vosotros —le respondió, enfadada, por su desconfianza.

—Por supuesto que no, nunca pensaría eso de ti, solo fue mala suerte que te toparas con ellos.

—Gracias.

—Yo me refería a algo que ha oído Anthony sobre el periódico y tu decisión de tomar escolta —la aclaro —, tienes que reconocer que es de lo más desconcertante, viniendo de ti.

—Sí, pero ha resultado de lo más acertado esta noche.

—Gracias a Dios por ello.

—Y sí, ha ocurrido algo en el periódico, pero podemos dejarlo para mañana —le pregunto.

—Claro, mañana cuando te hallas recuperado de esta pesadilla, hablaremos.

Margot asintió con la cabeza su acuerdo, antes de volverse a mirar por la ventanilla, tendría que pensar una buena excusa para justificar su salida con escolta esa noche, porque decirle la verdad estaba del todo descartado, al menos por el momento.

Lo ocurrido esa noche no tenía nada que ver con la moneda, ni la ponía en más peligro del que ya se encontraba, por lo que su acuerdo de silencio con Anthony no se veía afectado.

Por otro lado, su altercado en el periódico podría servirle como excusa, si lo exageraba convenientemente, para justificar la presencia de la escolta, pensó, sintiéndose más cansada de lo que pensaba.

Por lo menos había ganado algo de tiempo hasta mañana por la mañana, pensó, agradecida por los pequeños favores que la vida la concedía.

—Hemos llegado, mantente a mi lado, con la capa bien cerrada y todo irá bien —la aseguro, ayudándola a descender.

Lo primero que noto Margot, al cruzar la entrada, es que el parque estaba más vacío de lo acostumbrado en esas fechas, dada la hora que era, debería estar en plena ebullición.

—Los rumores sobre el ataque a los Wexton han debido de espantarles —dijo, Anthony, situado a su lado, adivinando sus pensamientos.

—Lo sabíais.

—Ya hablaremos de eso, ahora centrémonos en reunirnos con la familia y volvamos a casa —dijo, Ashford, observando todo a su alrededor.

—Supongo que contar lo que presenciaste será un buen artículo para el periódico.

—No estoy segura de cuál sería la mejor manera de enfocarlo —le confesó, dudosa.

—Y tampoco tienes porque decidirlo ahora —la aseguro, Ashford, taladrando a Anthony con la mirada, por la presión que parecía no darse cuenta, estaba ejerciendo en ella —, estoy seguro de que mañana, una vez hayas descansado, encontraras la mejor manera de hacerlo.

Margot se volvió sonriendo en él, Ashford siempre la había tratado con respeto, valorando su inteligencia y su poder de decisión, sin infravalorarla, por el simple hecho de ser mujer.

Animándola y apoyándola para que se hiciera con las riendas de su destino, sin aceptar la coacción de nadie.

Tenía mucho que agradecerle a ese hombre, bueno a toda la familia, comenzando por Anthony, que la mantuvo con vida aquella noche durante la tormenta, donde tantos otros perecieron.

A su Duquesa, que se vio reflejada en ella, bajo el poder de los socios de su padre.

A la Duquesa Viuda, que se había abalanzado sobre ella como una madre, y a Nataly, quien además de una buena amiga, la sentía tan cercana como a una hermana.

—Gracias a Dios la habéis encontrado —exclamo, la Duquesa Viuda, saltando de su asiento, para abrazarla con cariño.

—Los demás han decidido marcharse a pesar de mis advertencias —le informo, Chapman, al verle recorrer el pabellón con la mirada —, llegaron noticias de que las calles habían sido despejadas y no quisieron esperar por si volvían los manifestantes.

—Y ahora que estáis aquí, nosotros también nos vamos —dijo, Penny, acercándose a su esposo.

—Por supuesto, que traigan nuestros abrigos —ordeno a uno de los lacayos que esperaban para atenderlos.

En tan solo unos minutos todos estaban de nuevo, recorriendo el paseo hacia la salida.

Chapman tomo el caballo que le habían preparado, resignado, al ver como todas las mujeres se apiñaban en uno de los carruajes, a pesar de los tres que tenían preparados, y se unió a los demás en uno de sus laterales al iniciar la marcha.

La cual llamaría la atención, sin duda alguna, de todo con el que se cruzaran de camino a Ashford Hall, donde todos habían acordado pasar la noche.

Capítulo 15

A pesar de las horas que eran, Margot, era incapaz de conciliar el sueño.

Demasiadas cosas habían ocurrido ese día, que ahora no conseguía quitarse de la cabeza.

Y para colmo extrañaba su cama, su entorno, pensó, volviéndose una vez más sobre sí misma, tratando de encontrar una postura más cómoda, sin conseguirlo.

Tras salir de Vauxhall, todos se trasladaron a la residencia del Duque, donde una ligera cena les aguardaba, a los que no habían tenido la suerte de disfrutar las exquisiteces que les sirvieron en los jardines, en la biblioteca.

Donde toda la familia se instaló en agradable armonía, dispuestos a disfrutar de lo que quedaba de velada, en la privacidad del hogar.

Margot subió a su cuarto para adecentarse antes de unirse a ellos.

Aunque no la presionaron, entablando conversaciones triviales, acabaron hablando de lo que había sucedido y analizando el trasfondo de todo aquello conllevaba.

Todos estuvieron de acuerdo que el hambre era cada vez más común en las calles, incluso entre familias trabajadoras, y eso no era bueno para nadie.

Ashford se comprometió a tratar el tema con su secretario para asegurarse de que nadie a su cargo sufría ese problema, aunque estaba seguro de que era así, no costaba nada comprobarlo.

Él no tenía ningún problema en aumentar los salarios si era necesario.

Chapman aseguro que haría lo mismo entre los suyos.

Esa situación era del todo insostenible y ninguno de ellos quería estar entre los avaros patrones que no cuidaban de sus trabajadores.

Su actitud dio una idea a Margot de como encarar un artículo en el periódico sobre el tema.

Y una cosa, llevo a la otra, y antes de que siquiera fuera consciente de ello, les estaba contando su problema con el periódico y en el aprieto en que se encontraba.

Pero también se sinceró con ellos y les contó sus planes para el futuro.

Ninguno de ellos pareció muy sorprendido por la igualdad entre hombres y mujeres que quería instaurar y la apoyaron abiertamente, era como si todos esperaran que hiciera algo así, en un momento u otro de su vida.

Por lo que Margot se llenó de fuerzas renovadas, más que dispuesta a intentarlo.

Ahora solo faltaba que sus trabajadores se lo tomaran igual de bien y la apoyaran en lugar de presentar su dimisión y buscar un empleo más tradicional en otro sitio.

No podía permitirse el lujo de perder más personal, hasta que cubriera de nuevo la plantilla, sustituyendo a los que se habían marchado.

Además, de reforzarla con personal extra, con el fin de que aquella situación no se repitiera en el futuro.

Pero todo aquello tendría que esperar, por el asesinato de Nell, tenían que encontrar a su asesino cuanto antes.

Sepa Dios a cuantos más habría matado ya, incluso esa misma noche, sintiendo un escalofrío con tan solo pensarlo.

Suspiro en el silencio del cuarto y se incorporó en la cama, estaba claro que en ese estado de nervios, no podría descansar en lo que quedaba de noche, quizás un paseo a la luz de la luna o tal vez sentarse bajo los árboles dejándose envolver por su paz en esa noche tranquila la ayudaran, pensó, poniéndose su vieja capa, de gruesa lana, al tiempo que tomaba la fina manta del diván, antes de salir de su habitación, rumbo a los jardines traseros, donde más de una vez se había refugiado, en plena noche, en el pasado.

Anthony apuraba, la que esperaba fuera, su última copa de brandy, sentando en el alfeizar de la ventana, sin poder dormir.

En realidad, ni siquiera lo había intentado, seguía preocupado por Margot, si al menos pudiese haber hablado con ella en privado, aunque solo hubieran sido un par de palabras, para asegurarse de que estaba bien de verdad y no era una farsa, bien interpretada, una manera de escapar de la vigilancia extrema que el resto de la familia la procesaba.

No tenía dudas de que se sentiría menos inquieto que ahora mismo y no tendría que embotar su mente de licor, para poder dormir un rato, se dijo, dándole el último trago, antes de prepararse para meterse en la cama.

Cuando sus ojos recayeron en la figura, solitaria, que cruzaba los jardines bajo la luz de la luna, hacia los árboles que había junto al estanque.

Se fijó un poco más y no tuvo la menor duda de quién se trataba.

Sin pensarlo dos veces, tomo su gabán, abandonado sobre el respaldo del sillón, frente a la chimenea, y fue tras ella.

Aquellos tres árboles casi al borde del estanque eran su sitio preferido del jardín.

Había pasado muchas noches al cobijo de sus ramas, cuando las pesadillas la impedían dormir y necesitaba salir de la prisión, que las cuatro paredes de su cuarto ejercían sobre ella, rememoro, Margot, en su mente, con nostalgia.

Aquel pedacito de naturaleza le recordaban otras noches, mucho más aterradoras, pero durante las cuales los brazos de Anthony la prometían mantener a salvo del miedo que la atenazaba, transmitiéndola el confort que necesitaba.

Coloco la manta sobre el húmedo suelo, por el relente de la noche, antes de sentarse sobre ella, recostada sobre el tronco central, dejando que el resto la rodeara, abrazándola, con el sereno ulular del viento entre sus ramas, que tanto necesitaba en esos momentos.

El sonido de suaves pisadas sobre la hierba, la alerto de que alguien se acercaba y se volvió hacia la sinuosa silueta, que venía derecha hacia donde ella estaba.

Maldita, fuera su suerte, no había ido allí para encontrarse con nadie, si no para todo lo contrario, pero estando donde estaba, si alguien la hubiera visto desde las ventanas, no dudaría en ir a buscarla, preocupado por ella.

Cerro los ojos y apoyo la cabeza contra el tronco, preparándose, resignada, al interrogatorio que la esperaba.

Anthony llegó junto a ella y se sentó a su lado en silencio, dejando que sus rodillas se tocaran levemente.

No necesitaba decir nada, el simple hecho de estar allí, sentado a su lado, en la quietud de la noche, era todo lo que necesitaba para olvidar sus inquietudes, relajándose por completo.

Poco a poco, Margot, abrió los ojos y se volvió curiosa para ver quién se había sentado a su lado, sin poder evitar sonreírle con todo el cariño que albergaba en su corazón, al reconocer, que era la única persona que hacía aún más perfecto, aquel lugar tan especial, para ella.

Se recostó sobre él y apoyo la cabeza en su hombro, al tiempo que sentía como la abrazaba y la cercaba más a su robusto cuerpo.

—Estaba preocupado —le confesó, aspirando el aroma de su cabello.

—Estoy bien, es que están pasando tantas cosas al mismo tiempo, que necesitaba un poco de paz para poder enfrentarlas.

—No tienes por qué hacerlo sola —la recordó, depositando un suave beso sobre la tapa de su cabeza.

—Por el momento, no puedo saber cuanto tiempo seguirás aquí, apoyándome, antes de que vuelvas a marcharte, para encauzar un nuevo arroyo, en la finca de cualquier noble.

Anthony le levanto la barbilla con suavidad para poder mirarla a los ojos.

—Estoy aquí ahora y me quedaré a tu lado todo el tiempo que me necesites, te lo prometo —la aseguro, perdido en aquellos, hermosos, ojos verdes que tanto le cautivaban.

Margot sonrió en él, sabiendo que sería así, que se quedaría a su lado hasta que ella lo liberara, pero no podía retenerlo para siempre.

Él estaba haciendo una gran labor, salvando muchas vidas de las riadas que una mala tormenta podía provocar, fuera de la ciudad, y ella sería muy egoísta si le alejara de todo aquello, obligándolo a quedarse en Londres, que era donde ella había construido su vida.

Tarde o temprano él la odiaría por ello y ella no podría soportarlo, prefería su ausencia, perderlo para siempre que ser la prisión que lo atormentara, deseando cada día estar en cualquier otro lugar, menos junto a ella.

Anthony inclinó la cabeza para poder besar suavemente aquellos carnosos labios, que le sonreían con tanta dulzura, sin poder evitar desear saborearlos.

Margot suspiró sobre su boca, invitándole a profundizar el beso.

No sabía cuanto tiempo más estaría junto a él, pero estaba dispuesta a aprovecharlo.

Anthony no necesitó nada más, para rozar su lengua con la suya e iniciar aquel baile perverso, que lo conduciría al límite de la razón, por la pasión que recorría sus venas, abrasándole a fuego lento, fue todo lo que pudo pensar, antes de obligarla a fundirse con él y tomar lo que deseaba.

Capítulo 16

Margot dejó de pensar una vez profundizo el beso, ya solo era capaz de sentir aquellas maravillosas sensaciones que sus manos y sus besos despertaban en ella.

La brisa fresca, acariciando sus pechos expuestos, no consiguió calmar el ardor que sentía, suspiro frustrada, pidiéndole en silencio que hiciera algo al respecto, que la aliviara de aquella tortura.

Anthony levantó la cabeza para poder contemplar, a la luz de la luna, la pálida piel de sus senos, las manos le hormigueaban, haciéndole temblar solo de pensar en el placer que supondría poder rozar su sedosa piel, aunque solo fuera un segundo, con sus callosas manos.

Las cuales les arañarían, lastimándolos sin poder remediarlo.

—Anthony, por favor … —le suplico en un susurro adivinando su indecisión.

—Mis manos se han vuelto demasiado bastas, por trabajar en el campo, para tu delicado cuerpo —la respondió, presa de la impotencia, al no poder hacer nada para remediarlo.

—Son tus manos, eso es lo único que me importa —le dijo, apresando su cabeza por la nuca y atrayéndolo hacia ella de nuevo.

Sin saber que más hacer para aliviar su malestar, dejándole ver, que nada de eso era tan importante, como apagar la pasión que rugía en su interior.

Anthony se perdió de nuevo entre sus labios, bebiendo cada suspiro de placer que escapaba con su aliento, tan necesitado de ellos, como si hubiera estado perdido toda su vida en el desierto, y por fin podía saciar su sed en el oasis de su boca.

—Tenemos que parar —la aseguro, con el último resquicio de cordura que le quedaba.

—No.

—Margot …

—No.

—No estoy en condiciones de ofreceros matrimonio —la advirtió.

—Ni yo os lo he pedido, ni os deseo como marido.

Anthony acusó el golpe, incorporándose hasta quedar de costado, para poder mirarla a los ojos.

¿Qué quería decir con eso?, se preguntó, ofendido al oírla.

Él era un par del reino, perteneciente a una de las familias más respetadas de la sociedad.

Nieto, hijo y hermano del Duque de Ashford.

¿Qué más podía desear una plebeya como ella?, debería ser un honor que la eligiera como esposa, pensó, enfadado por su despecho.

Margot vio la ira que su rechazo había despertado en él, sin que esa fuera su intención.

Se colocó el corpiño como pudo con manos temblorosas, antes de enfrentarse a él.

—No pienso tomar un marido, pero tampoco me privaré de los placeres del lecho por ello. Si el caballero en cuestión es capaz de despertar mi pasión y deseo yacer con él —le explico, la decisión que había tomado tras regresar a Londres, y comprobar de primera mano lo que el matrimonio significaba para una mujer, como ella, cuando intentaron casarla, con cualquier desconocido al que poder sentar en el despacho de su padre.

El cual, sería dueño de su fortuna, de su futuro y de su vida, mientras ella era relegada a cuidar de la casa que compartieran, a satisfacerle en el lecho cuando él lo deseara y a criar a sus hijos como su esposo la ordenara.

En definitiva, a no ser más que un mueble, un adorno, el cual usar o contemplar cuando se le antojara.

No, ella nunca permitiría a ningún hombre hacerla eso.

Ella era la única dueña de su destino, de su vida y de su infierno.

—Eres una mujer respetable, pupila de un Duque —trato de hacerla ver como eran las cosas en realidad y cuál sería su futuro —. Acaudalada, joven y hermosa, algún día tendrás que casarte y formar una familia, donde tu esposo se hará cargo de todo.

—Jamás cederé el control de mi vida y mi fortuna a ningún hombre —le aseguro.

—Lo harás, así son las cosas en esta sociedad en la que vivimos.

Margot acabó de incorporarse y reclinarse de nuevo contra el tronco, tratando de encontrar las palabras adecuadas, que le hicieran ver que hablaba en serio.

—Solo es un capricho que un día Ashford cortara de raíz, cuando encuentre al esposo adecuado para ti y ese no seré yo.

Margot fue a responderle, pero se lo pensó mejor y se mantuvo en silencio.

—Y ese día me agradecerás que no tomara tu inocencia, para poder ofrecérsela a tu esposo, estoy totalmente convencido de ello.

—Y yo te aseguro que eso no ocurrirá, jamás —le contradijo, dominado su ira, lo mejor que pudo —, puedes ser mi primer amante o no, pero nunca tomaré esposo, ni siquiera a ti, aunque me lo pidieras.

Y sin más se marchó de regreso a sus aposentos, dejándolo allí, solo con sus pensamientos.

Lo que Anthony no sabía es que era un tema que había sido ampliamente debatido con el Duque y su Duquesa, en diversas ocasiones, y aunque Ashford no estaba convencido de que eso fuera lo mejor para ella.

Penny la apoyaba y defendía su deseo de independencia frente a su marido, por lo que a este no le había quedado más remedio que claudicar y prometer que bajo ninguna circunstancia la impondría un matrimonio, aunque esto fuera lo más conveniente para ella y el elegido el más indicado para hacerla feliz.

Algo que Margot estaba segura de que cumpliría.

Era todo lo que podía obtener de él dada su educación entre aquellas rancias normas que le habían inculcado desde pequeño, pensó, Margot, cerrando tras ella la puerta de su cuarto y echando la llave.

No deseando la visita, del todo indeseada, tras su conversación, de Anthony, si este se arrepentía de su decisión y decidía retomarlo donde lo habían dejado.

Él había perdido su oportunidad, al menos por esa noche.

Anthony se quedó allí recostado bajo la luna, pensando en todo lo que le había dicho, confundido.

Parecía tan convencida de que ese sería su destino.

Él conocía lo que había ocurrido a su llegada a Londres, tras aquella terrible tormenta y como quisieron venderla al mejor postor para despojarla de lo que la pertenecía por derecho, lo cual fue el motivo por el cual Ashford se convirtió en su tutor.

Pero estaba convencido de que él no estaría de acuerdo con el hecho de que tomara un amante en lugar de un esposo, en el caso de que se enterara de su intención.

Por lo que su férrea convicción era aún más descabellada, aunque típica de Margot, quien llevaba más de tres años sin el control de un hombre en su vida, que la dominase y la enseñara cuál era su lugar como mujer en la sociedad.

No era que pensara que Ashford no había ejercido sus deberes con rigor, sino que ella había erigido un mundo a sus espaldas, donde se creía que podía actuar como un hombre, siendo una mujer y conservar su respetabilidad, violando todas las normas establecidas por la sociedad, a la vez que conservaba su favor.

Y eso era del todo imposible, tarde o temprano tendría que ceder el control, lo quisiera o no, antes de que la dieran por perdida y se la cerraran todas las puertas, que ahora mismo se le abrían.

Anthony contempló el cielo estrellado, buscando en los astros algo incomprensible para él, que le ayudara a aclarar sus ideas, sin encontrarlo.

Sintiendo el cuerpo entumecido por la humedad, decidió volver a su cuarto y tratar de dormir al menos un par de horas antes de que amaneciera.

Tal vez, hablar con el Duque y ponerle al corriente de sus planes, podría ayudarla a evitar su caída, pensó, tomando la decisión de mantener dicha conversación a la mañana siguiente.

Aún era una mujer joven en edad casadera, aún estaba a tiempo de salvarla, pensó, metiéndose en la cama, dispuesto a abandonarse en los brazos de Morfeo.

Mañana hablaría con Ashford, era lo mejor que podía hacer por su amiga, se dijo, dejándose vencer por el cansancio.

Capítulo 17

Anthony se levantó tarde esa mañana, tras haber pasado la mayoría de la noche en vela, pero gracias a Dios, Ashford había decidido encerrarse en su estudio, en lugar de salir a atender otros asuntos, por lo que tenía la oportunidad de hablar con él antes del almuerzo.

Para el cual, él tenía un compromiso previo con Lord Wexton en el Club, se recordó, adentrándose en el pasillo, hacia la parte posterior de la casa, donde estaba el estudio de su hermano, en su búsqueda.

Quería dejar zanjado ese tema antes de marcharse.

—Adelante.

—Buenos días, si tuvieras un momento querría hablar contigo —le saludo, acomodándose frente a él, en una de las cómodas butacas delante del escritorio.

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—De Margot.

Ashford levanto la cabeza, sorprendido, dejando su pluma definitivamente junto al tintero, a la vez que cerraba el libro de cuentas en el que había estado trabajando, toda la mañana, para dedicarle su más completa atención.

Este iba a ser un tema interesante, fuera el que fuera, lo que quería Anthony tratar sobre ella, pensó, entre divertido y escéptico al mismo tiempo.

—Pues tú dirás.

—Siento ser portador de estas noticias, pero creo que debes conocer sus intenciones antes de que cometa cualquier locura irreparable.

—Así qué sea lo que sea, aún estamos a tiempo de solucionarlo.

—Sí, pero deberás actuar rápido y con mucha delicadeza —le aseguro —. Algo que no es tu estilo, quizás debas acudir a Penny

para que te ayude —afirmo, pensando que su Duquesa era más indicada para hablar con Margot, sobre este tema, que Ashford.

—Comienzo a estar preocupado, podrías soltarlo de una vez, para que yo pueda decidir si involucrar a Penny en esto o no, por mí mismo —le increpo, recostándose sobre el respaldo del sillón con la mirada fija en él.

Anthony tragó saliva, nervioso, si iba a hacer eso y ya nada disuria a Ashford para que guardara silencio, sería mejor que lo hiciera de una vez, y dejara de darle vueltas, a la mejor manera de encararlo.

Así que sin pensarlo dos veces, tomo una respiración profunda y comenzó a relatarle la conversación que habían tenido sobre sus planes de futuro, aunque obviando, evidentemente, que los había llevado a tratar un tema tan delicado y donde se encontraban mientras hablaban.

Ashford dejo pasar unos minutos en silencio una vez termino de hablar.

Estaba seguro de haber mantenido una cara inexpresiva, no dejándole ver ninguna reacción a sus palabras, por lo que ahora podía ver su nerviosismo por conocer su opinión al respecto.

—Conozco cuáles son sus planes, pero eso no te da derecho a convertirte en su amante.

—Yo … nunca … —balbuceo enfadado ante su acusación de que pudiera comportarse tan vilmente con ella.

—Eso espero, porque serías una gran decepción como caballero y un insulto hacia mi persona.

—Siempre pensando lo mejor de mí —replico, airado, poniéndose en pie —. Siento no ser tan perfecto como tú, querido hermano —le dijo, saliendo de la estancia dando un gran portazo.

Por qué había pensado que acudir a él sería una buena idea, se preguntó, tomando su abrigo y su sombrero, antes de salir de la casa.

Estaba claro que para él seguía siendo el hermano pequeño, irresponsable, al que debía rescatar una y otra vez de sus líos.

Nunca lo consideraría nada más que eso, por mucho que se esforzara en demostrarle lo contrario, pensó, tratando de dominar su

ira, pronto llegaría al Club, necesitaba estar sereno para tratar el tema del cauce de las aguas de lluvia por sus tierras con Lord Wexton.

Si estas no se encauzaban desde la cabecera, su trabajo más abajo en otros tramos del río no serviría para nada, se recordó, que era de vital importancia contar con su aprobación cuanto antes, o no estarían terminados antes de la siguiente estación de lluvias, durante el otoño de ese año.

Tomo una respiración profunda para calmarse, antes de entrar en el comedor, donde Lord Wexton ya le esperaba, saboreando una copa de vino, tan tranquilo.

Como si la noche anterior nunca hubiera existido y su carruaje, donde viajaba junto a su familia, no hubiera sido atacado por una muchedumbre enfurecida, pensó, observándolo allí sentado tan despreocupado.

Capítulo 18

Al menos llegaba con tiempo a su reunión con Dixón y Margot, pensó, descendiendo del carruaje, frente a la residencia de esta en Marylebone.

—Buenas tardes, Lord Henderson —le saludo el mayordomo, haciéndose a un lado para dejarle entrar —. La señorita Scott le pide disculpas por no estar aquí para recibirle, pero a dejado esto para usted.

Anthony tomó el paquete que le tendía y lo abrió.

Una breve nota, con una dirección y una llave, era todo lo que contenía.

—Gracias, señor Murphy —se despidió, saliendo de nuevo a la calle, en busca de un carruaje.

Así que Margot había resuelto el problema de verse en su residencia, donde en cualquier momento podían ser descubiertos y arruinar su reputación, viéndose con un caballero soltero en su propia casa, sin la compañía adecuada, algo totalmente fuera de lugar dado el tema que tratarían.

No sabía por qué se sentía tan sorprendido por ello.

Esa era Margot en estado puro.

Independiente, siempre actuando al borde de las normas, pero sin llegar a romperlas del todo, pero algún día no tendría tanta suerte y eso era algo que estaba muy seguro de no querer presenciar.

Volvió a tomar la nota y releyó la dirección, si no estaba equivocado, esa calle estaba en el barrio de Kensington, al otro lado de Hyde Park, cerca del club de los Eruditos.

Un nuevo barrio en construcción, de casas adosadas para la acaudalada burguesía y los aristócratas menos pudientes, fuera de Mayfair, recordó lo que sabía de aquel lugar, el cual apenas había visitado.

Al menos no estaba plagado de delincuentes, incluso parecía un lugar seguro donde vivir, esperaba que siguiera así desde su última visita.

No necesitaba otro motivo para preocuparse por Margot y su descabellada vida, pensó, recostándose sobre el respaldo del asiento, permitiéndose relajarse, unos minutos, hasta que llegaran a su destino.

—¿Margot? —la llamo, una vez entro en la casa, siguiendo sus instrucciones, cerrando la puerta tras él.

—Un momento, estoy terminando de preparar el té —le respondió, obligándose a dejar la tetera, sobre la mesa, antes de que se le cayera.

Por el amor de Dios, si eso es lo que la ocurría con tan solo oír su voz, no tenía ni idea de como se enfrentaría a él cuando lo tuviera delante, pensó, tomando varías respiraciones profundas, obligando a su cuerpo a dejar de temblar y a comportarse como debía.

—¿Dónde estamos?

Margot saltó sobre sus pies, sobresaltada, y se volvió hacia él, quien la observaba desde la puerta de la cocina.

—Mi padre fue uno de los promotores de la construcción de esta manzana y se quedó con dos casas contiguas como parte del pago —le explico, su procedencia —, ambas comunicadas por el sótano, pero con entradas en distintas calles.

Anthony abrió los ojos, sorprendido.

—Muy conveniente —musito cuando recupero el habla que había perdido, al ver su belleza de nuevo, tras la noche anterior.

—Ven te lo mostraré —le invito a que la siguiera —, no sé por qué no las vendí junto al resto de las otras propiedades —le confesó, encogiéndose de hombros —, pero ahora me alegro de no haberlo hecho.

Anthony entró en el sótano tras ella que fue directa hacia la puerta del fondo, la cual abrió y entraron en otra estancia exactamente igual al otro lado.

Subieron al primer piso y se acercaron a una de las ventanas de lo que parecía ser una sala para recibir visitas.

—Lo ves, esta da a la calle de atrás a la que tú has entrado y será la que yo utilice cuando vengamos.

Anthony seguía sin decir nada, asimilando todo lo que aquello podía suponer de cara a sus planes de futuro.

—No me digas que nos es el lugar ideal para reunirnos con el señor Dixón sin tener a la sociedad pendiente de nuestros movimientos.

—Y donde encontrarte con tu amante —replico con acritud.

—No lo había pensado, pero sí es el lugar perfecto, nadie nos vería juntos, por lo que no podrían relacionarnos —le respondió, calculando mentalmente las posibilidades de ser descubiertos.

Ni siquiera Ashford conocía la existencia de esas propiedades, ya que se las entregaron cuando ya había cumplido la mayoría de edad y él había dejado de ser su tutor.

Aunque también era posible que si lo supiera y nunca se lo hubiera comentado, pensó, reconociendo esa posibilidad.

No sería normal que a Ashford se le escapara algo así sobre ella.

Bueno, mientras no la obligara a venderlas y se mantuviera alejado de sus asuntos, no habría problemas.

—Dixón, debe estar a punto de llegar —recordó, al oír las discretas campanadas del reloj del pasillo —, será mejor que volvamos.

Anthony la siguió en silencio por donde habían venido.

—Hay una pequeña biblioteca en la parte posterior, por qué no esperas allí —le sugirió, entrando en la cocina, a buscar la bandeja del té —. Yo subiré enseguida.

—Está bien, abriré a Dixón cuando llegue —la respondió, subiendo un tramo más de la escalera, hasta la primera planta, donde se encontraba la entrada de la vivienda.

Recorrió el pasillo, observándolo todo alrededor, hacia la sala que le había indicado.

No es que fuera muy grande, pero serviría para sus planes, con aquella mesa redonda situada en el centro de la estancia, el escritorio en el lateral y el confortable fuego, que alguien había tenido el detalle de prender para caldearla, pensó, tomando asiento en el diván de dos plazas, colocado junto al fuego.

Margot entró poco después, como había prometido, al tiempo que sonaba la campanilla de la puerta.

—Iré a abrir —se ofreció, Anthony, levantándose.

—Será lo mejor, se supone que yo no estoy aquí —le recordó, abriendo uno de los paquetes, que había comprado en la pastelería cercana al periódico.

Anthony cruzó el pasillo presuroso, tendría que acostumbrarse a aquella casa y todo lo que representaba, pero por ahora era como si se sintiera celoso de ella.

Por el amor de Dios, cómo se podía sentir un hombre celoso de una casa, se preguntó, eso era ridículo.

Abrió la puerta, abstraído, en sus pensamientos, balbuceando un saludo al sorprendido señor Dixón, quien esperaba a un sirviente y no a un lord haciendo de portero, guiándolo de regreso a la biblioteca.

—Buenas tardes, señorita Scott.

—Buenas tardes, señor Dixón —le saludo, volviéndose hacia él —. ¿Té?,¿café? —le ofreció, invitándole a sentarse a la mesa.

—Té, por favor.

—Yo prefiero, café —dijo, Anthony, sentándose a su lado.

Margot atendió sus pedidos, antes de servirse una taza de té con limón para ella y acomodarse junto a ellos.

—Antes de nada, deseo disculparme —dijo, Margot, algo avergonzada —. Hoy no he tenido tiempo para ocuparme del caso, por lo que no dispongo de ningún dato nuevo que compartir.

—Me temo que a mí me ha ocurrido lo mismo —les confesó, Anthony, sorbiendo un poco de su delicioso café —. Un compromiso previo, que no he podido eludir, me ha mantenido ocupado todo el día.

—Entonces es una suerte que yo si haya avanzado en mi trabajo y tenga algo que contarles —anuncio, Dixón, sacando unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta —, o esta reunión no tendría razón de ser.

—Es la lista de clientes —pregunto, Margot, comenzando a leerla.

—Sí, señorita, aunque no ha sido fácil conseguirla.

—Son muchos.

—Veintiocho, para ser exactos, la señorita Nell atendía a cuatro clientes cada noche —les informo, Dixón —, ni uno más ni uno menos.

—Recuerdo que Pavinton deseo alquilarla por toda la noche y fue del todo imposible —musito, Anthony, leyendo por encima los nombres, junto a Margot.

—No aceptaba ese tipo de encargos, según he podido averiguar.

—No deseaba crear ningún vínculo emocional, por lo que pasaba de uno a otro —les aclaro, Margot, su forma de proceder — y debían pasar al menos cinco días antes de que los volviera a recibir, de nuevo, en su cama.

Margot levantó la cabeza para mirarlos, sorprendida por su silencio.

—¿Qué?

—Es un poco extraño teniendo en cuenta su profesión.

—No conozco a otras chicas como ella, pero Nell tenía reglas que nunca se saltaba.

—Gracias a Dios —exclamo, Anthony, más aliviado de lo que debería, porque no hubiera más prostitutas entre sus confidentes del periódico.

Margot se volvió hacia él, inquisitiva, esperando una explicación a sus palabras.

—Y no conocerá, por casualidad, a que se debe su decisión — intervino, Dixón, quien no deseaba ser testigo de un enfrentamiento entre ellos —. Podría ser un dato relevante en nuestra investigación.

—No lo creo, pero al parecer en el pasado, interpretó mal las múltiples visitas de un terrateniente en su aldea, que fue quien la introduzco en su profesión, ofreciéndosela a sus amigos y no deseaba volver a pasar por ello.

—Eso lo explicaría —dijo, Dixón, tomando de nuevo los papeles —quitando los nombres de los caballeros, que la visitaron varias veces en esa semana, aún son diecinueve los supuestos portadores de la moneda.

Margot resopló, al oír la cifra, cómo demonios iban a reducir dicha cantidad.

—Y por desgracia no tenemos nada más en que basarnos para descartar a unos de otros —afirmo, Anthony, contrariado.

—Me temo que no, nos encontramos en un callejón sin salida.

Margot se levantó y comenzó a pasear por la estancia, pensativa, siempre se le ocurrían las mejores ideas cuando estaba en movimiento.

—Quizás no —afirmo, repasando mentalmente lo que sabía de ella —, Nell escribía un diario muy detallado, bueno, más bien un libro de cuentas o una mezcla de los dos, no lo tengo muy claro.

—Si pudiéramos ver esos diarios, quizás encontráramos algo que pudiera ayudarnos.

—Nell vivía en la parte de atrás del burdel donde trabajaba, por lo que es de suponer que es allí donde se encuentran —les informo, Dixón, consultando sus notas —. Moveré algunos hilos para acceder allí y buscarlos.

—No, eso levantará muchas sospechas y preguntas que no podemos contestar, sin alertar a su asesino.

—Pues colarse en la parte de atrás de la casa no será nada fácil, madame Blanche se preocupa de la intimidad de su personal y la entrada está bien protegida, para evitar que ningún cliente moleste a sus chicas cuando no están trabajando.

—Sobornaremos a los guardias.

—Son leales a Madame Blanche —continuo, Anthony, explicándoles —. Más de un caballero ya lo ha intentado, ofreciéndoles importantes fortunas sin ningún éxito.

—Pues volvemos a estar como al principio —afirmo, Dixón, instaurándose de nuevo el silencio en la sala.

—Nell compartía habitación con una tal Rosie, la cual sabía de mi existencia, ya que algunas de sus confidencias procedían de ella — intervino de nuevo, Margot, dándole vueltas a la idea que se le había ocurrido y que estaba segura de que no aprobarían, sobre todo Anthony —. Si pudiera hablar con ella, estoy segura de que podría convencerla, para que nos dejara entrar a buscarlos o de que nos los entregara por una jugosa cantidad, de monedas, por supuesto.

—Eso podría funcionar, solo tenemos que hacer guardia ante el burdel hasta que salga, en algún momento y abordarla —concluyo,

Anthony, satisfecho al haber dado con la solución a su problema.

—Solo que la tal Rosie nunca abandona la casa, se rumorea que alguien la está buscando y no desea que la encuentren.

—Algo muy común entre las que ejercen su profesión bajo la protección de una Madame, en lugar de como cortesanas, libres de vender sus favores a quien deseen —le aclaro, Margot, conocedora de ese mundo por Nell a quien le había preguntado por ello.

—Entonces visitaré el burdel esta noche y solicitaré sus servicios —se ofreció, Anthony.

—No hablara contigo, tan solo la asustaras, incluso puede que decida huir por miedo a haber sido descubierta por sus perseguidores.

—La persuadiré, incluso le ofreceré una buena suma, si es necesario.

—No, tengo que ser yo quien la hable —le contradijo, Margot —. Ella confiará en mí, gracias a Nell.

—Estoy de acuerdo con usted, pero no veo la manera en que eso sea posible —observo, Dixón, pensativo.

—Vamos, no puede ser tan difícil —afirmo, Anthony, al verles tan abatidos.

—Puede que no, pero requerirá de vuestra colaboración para llevarlo a cabo.

—Bien, Margot, que tienes en mente, aunque se que me voy a arrepentir de haber preguntado.

Dixón oculto la risa tras el borde de su taza de té.

Estaba seguro de que él también se arrepentiría, porque si algo salía mal, Warren le descuartizaría vivo.

Pero estaba empezando a conocer a la señorita Scott y sabía que nada la detendría, mucho menos ellos dos, simples mortales, quienes serían incapaces de convencerla, para que desistiera de sus planes.

Capítulo 19

Anthony no había dejado de maldecir desde que supo de los planes de Margot para acercarse a Rosie, se sentía cada vez más furioso y frustrado, sentado allí frente a ella en el carruaje, mientras cruzaban la ciudad hacia su destino.

Ojalá se le ocurriera una manera de hacerla desistir, pero lo había intentado todo, sin éxito.

—Relájate, todo saldrá bien.

Anthony se limitó a fulminarla con la mirada, aquello era un desastre de plan y no, no acabaría bien, para ninguno de los dos.

Eso sin contar lo que Ashford le haría si llegaba a enterarse de su aventura.

—Ya hemos llegado y cambia esa cara, se supone que eres un deseoso caballero de aplacar, tus encendidas pasiones, con la Dama que te acompaña —le regaño, viéndole tan enfadado.

Anthony emitió un gruñido al oírla, pero ella tenía razón, si no interpretaba su papel se meterían en un buen aprieto.

Se incorporó en su asiento y se alisó las ropas antes de descender del carruaje, dándose la vuelta para ayudarla.

—Crees que con este vestido pasaré por una cortesana —le pregunto, poniéndose nerviosa, ahora que había llegado el momento de interpretar su papel.

Anthony tuvo que tragar dos veces al ver por primera vez el vestido que ocultaba bajo su capa, bien cerrada hasta el momento.

¿De dónde demonios había sacado ese?, se preguntó, tratando de contener su libido ante la expectativa de saborear semejante manjar.

—Mejor, mantén esa expresión, es perfecta. Cualquiera que te vea pensara que hasta me deseas.

Maldita fuera esa mujer, su belleza y sus ardiles.

¿Desearla?, apenas podía controlar la lujuria que recorría sus venas en esos momentos y ella pensaba que su pasión era fingida.

Maldijo de nuevo para sus adentros, tomando una honda respiración, antes de volverse a hablar con el portero que los esperaba, pacientemente, junto a la puerta, quien les dejo entrar sin más impedimentos.

—Buenas noches, Lord Henderson.

—Buenas noches, Susi —saludo, Anthony, a otra de las muchachas del burdel, que hacía las veces de guía, cuando era necesario.

—Madame Blanche les ha reservado la habitación azul del fondo —les explico, guiándoles al tercer piso, donde se encontraban los cuartos privados para alquilar.

—Gracias, aunque desearíamos contar con la compañía de Rosie, si estuviera disponible.

—Veré que puedo hacer, milord, aunque puede que ya esté comprometida a estas horas de la noche.

—Pagaré el doble, que por su servicio habitual, si se nos une.

—Se lo haré saber —le respondió, abriendo las puertas de la suite, haciéndose a un lado para dejarles entrar —. Si no desean nada más.

—No, gracias, todo esta según lo acordado —la confirmo, dejando caer, discretamente, una moneda en su mano, antes de que saliera y cerrara las puertas tras ella.

—¿Qué acabas de hacer? —le pregunto, Margot, enfadada de que nadie se lo hubiera comentado antes.

—Nada, a qué viene esto.

—Le acabas de dar una moneda.

—Sí, en agradecimiento por su servicio al guiarnos hasta aquí —la explico, defendiéndose de su inesperado ataque —es la costumbre.

—¿La costumbre?, y a nadie se le ocurrió decírmelo —exclamo, aún más enfadada que antes —. Eso lo complica todo, todo —afirmo, dejándose caer en la cama derrotada.

—No veo por qué.

—Una moneda, le has dado una moneda —repitió, abatida.

—Maldita sea, cualquiera que visitara el burdel, durante esa semana, podría ser su asesino, no solo los clientes a los que atendió

—reflexiono en voz alta, al darse cuenta de a que se refería —. Maldición y ahora como demonios vamos a hacer para identificarle.

—Esperaremos que haya algo en sus diarios, que lo delate, porque de no ser así, no veo forma de hacerlo —le confirmo, perdiendo por primera vez, cualquier esperanza de dar con el asesino de su amiga —. Son demasiados, más de la mitad de los caballeros, que se encuentran en Londres, habrán visitado estas instalaciones la semana anterior.

—Me temo que tenéis razón —la confirmo, preocupado al verla tan desanimada —, pero hallaremos la forma de llegar al fondo de esto.

—No veo como.

—Ya se nos ocurrirá algo —la aseguro, sentándose junto a ella en la cama.

Anthony colocó su mano en su mejilla, girando con suavidad su cara para poder mirarla a los ojos.

—Ten fe —fue todo lo que pudo decir, antes de apoderarse de sus labios, en lo que pretendía ser un beso, suave, reconfortante, que la devolviera la confianza en sí misma, que había perdido.

No un tórrido beso, un estallido de la pasión, que a ambos los consumía.

El suave sonido de los golpes en la puerta, hizo que se refrenaran y recuperaran la compostura, antes de recibir a su visitante.

—Adelante.

—Lord Henderson, me han dicho que me buscaba.

—Y así es, Rosie, pasa por favor y cierra la puerta.

—Sí, milord.

Margot observó a la muchacha pelirroja, de generosas curvas, que había entrado, aunque bella, le faltaba ese toque de inocencia, que Nell no había perdido, para estar a su altura y convertirse en la preferida de los caballeros, tras ella.

—Susi me ha dicho que desean compañía.

—No ese tipo de compañía —la aseguro, poniéndose en pie —, por favor, siéntate —la invito, yendo hacia el carro de las bebidas —.

Tan solo tu discreción y colaboración —dijo, tendiéndola una generosa copa de brandy —, pero sobre todo tu discreción.

Margot tomó su copa, dándola un buen trago, tenía pensado como sería la mejor manera de abordar el tema, sin revelar su identidad, pero ahora que la tenía sentada, frente a ella, no estaba segura de que fuera a funcionar.

Se la veía recelosa, incluso temerosa, y eso no era una buena señal que les garantizara su colaboración, por lo que decidió improvisar sobre la marcha.

—Yo era amiga de Nell —le confesó, observando detenidamente su reacción —, la noche en que murió habíamos quedado en vernos en la taberna "El Ancla", pero no se presentó.

—Yo no sé nada —exclamo, nerviosa al oírles mencionar a su amiga y antigua compañera —, les juro que no se nada.

—Lo sabemos —la aseguro, Anthony, al ver como se ponía de pie, con la intención de marcharse —, solo deseamos que nos ayudes a esclarecer su muerte.

—Una apoplejía, dijeron, no hay nada sospechoso en eso. A cualquiera nos puede suceder en cualquier momento.

—Cierto, aun así, Nell me comento que llevaba una especie de diario, un libro de cuentas, donde anotaba como había sido su día, cada noche, antes de retirarse. Solo queremos verlo.

—Te pagaremos bien por ellos —la prometió, Anthony, sacando una bolsa con monedas, del bolsillo de su chaqueta, dejándola caer en su mano —, tendrás otra igual si nos los entregas.

Rosie los miro dubitativa, era una buena cantidad, tan solo lo que la habían dado, suficiente para salir de ese infierno, dejándolo todo atrás y marcharse a las Américas, a empezar de nuevo, donde nadie la conocería y él nunca pudiera encontrarla, pensó, sopesando sus opciones.

—Al menos ayúdanos a entrar en vuestra habitación, nosotros los buscaremos —la suplico, Margot, viéndola tan reacia a colaborar.

—Sus cosas ya no están allí. Otra chica ocupa su espacio.

No habían tardado en sustituirla, pensó, Margot, sintiendo lástima por su amiga y la poca huella que había dejado en el mundo.

Aunque, al fin y al cabo, aquello era un negocio, la falta de una de las chicas, suponía perdidas, cuantiosas, cada noche y eso era algo que ningún empresario estaba dispuesto a asumir, justifico su mente analítica y el desapego por su persona.

—Dinos, al menos que nos los han tirado —la pidió, Anthony, antes de darlo todo por perdido.

—Tan solo parte, aunque puede que los diarios los hayan conservado.

—Si nos dices donde están, buscaremos la forma de llegar hasta ellos, no deseamos involucrarte más de lo necesario —la aseguro, Margot, viendo su reticencia a ayudarlos.

—En el desván, sobre nuestras habitaciones —les informo de su paradero —. Suponiendo que pudierais llegar hasta allí, algo bastante improbable, dada la vigilancia que Madame Blanche tiene en esa área de la casa, tardaríais días, incluso semanas, en encontrarlos, entre todos los enseres, que se han ido acumulando allí durante años, si es que los encontráis.

—Tenemos que intentarlo, por Nell.

—Yo iré a buscarlos, pero con una condición.

—¿Cuál?

Anthony se volvió hacia ella con el ceño fruncido, había preguntado demasiado rápido, parecía que Margot hubiera olvidado con quién estaban tratando.

—Que me hagáis el pago completo ahora, más lo que habéis prometido pagar por mis servicios esta noche.

—Y cómo sabremos que no desaparecerás con nuestro dinero, sin darnos los diarios —inquirió, Anthony, nada dispuesto a ceder ante sus pretensiones.

—Tendréis que confiar en mí.

—Está bien, Anthony, dale lo convenido —le pidió, Margot, volviéndose hacia él, sabiendo que no estaría contento con su decisión, pero al fin y al cabo, tan solo era dinero lo que podían perder si los engañaba y mucho que ganar, al menos eso esperaba, si conseguían los diarios.

Anthony gruño para sus adentros, pero hizo lo que le pedía, dándole lo acordado.

—¿Y ahora qué?

—Darme una hora, después enviar a vuestro cochero a la taberna, que pregunte por el Dioni, él le entregara lo que buscáis —les explico, poniéndose en pie, yendo hacia la puerta —. Os aconsejo que permanezcáis aquí durante ese tiempo, para darle más credibilidad a nuestra farsa —les aconsejo, saliendo de la estancia y cerrando tras ella.

Anthony se volvió a mirar a Margot, quien se había vuelto a sentar en la cama y hacía ademán de quitarse la máscara.

—No, debéis tenerla puesta en todo momento —grito, adivinando sus intenciones.

—¿Por qué?, ya no esperamos a nadie más que pueda reconocerme.

—Aun así, no os la quitéis, no hay porque correr riesgos innecesarios —insistió.

—Está bien, al menos podre tomar un poco más de brandy —le pidió, tendiéndole la copa vacía.

Anthony se acercó a ella para rellenar su copa, antes de sentarse a su lado en la cama, con una buena cantidad para sí mismo.

Iba a ser una hora muy larga, pensó, dándola un buen trago.

Capítulo 20

Margot no entendía por qué no podía quitarse la máscara, estaban ellos solos en la habitación, y por las actividades que se suponían estaban practicando, nadie abriría esa puerta, pensó, mirando de soslayo a Anthony sentado a su lado.

Parecía estar haciendo un gran esfuerzo para mantener la compostura, podía sentir la tensión que le embargaba, erizado, listo para saltar sobre cualquier amenaza.

—Qué temes que pueda ocurrir, para estar tan preocupado —le pregunto, volviéndose hacia él para poder mirarle a la cara.

—Nada.

—Anthony …

—Nada, solo estaba pensando …, en mis cosas.

—Quizás si lo habláramos …

—¡Déjalo! —exclamo, levantándose, enfadado por su insistencia.

Cómo podía ser tan ingenua, es que no veía lo que estaba pasando, obligados a permanecer allí durante una hora entera, con aquella enorme cama dominando la habitación, invitándoles en silencio a hacer buen uso de ella.

Pero no conseguiría hacerle perder la razón, se prometió, pasándose la mano por el pelo, mientras tomaba una larga respiración.

La imagen de aquella mujer tumbada, sensualmente, sobre el suave edredón, con su largo cabello cubriendo la nívea almohada, invitándole a unirse a ella, no le haría perder el control.

Vio como Margot se levantaba y se abría la capa, con la intención de quitársela.

—¡No! —grito, con la voz enronquecida por el deseo.

—Por qué no —le rebatió, confundida —, no creo que vayan a reconocerme por el vestido que llevo puesto.

Anthony resoplo malhumorado, por todos los santos, esa mujer era el mayor peligro al que se había enfrentado en toda su vida.

Iba a volverle loco por completo, vaticino, presa de la desesperación.

—Además, tengo calor y aún estaremos aquí un buen rato —le dijo, terminándose de quitar la capa.

La doblo con cuidado, antes de cruzar la estancia y dejarla sobre el respaldo de la única silla, situada frente al tocador.

—Anthony, ¿estás bien? —le pregunto, preocupada, oyéndole respirar tan agitado.

—¡No!, maldita sea, ¿es qué no te das cuenta de lo que me haces?

—Yo …

Pero antes de que pudiera decir nada más, Anthony, había cruzado la estancia a grandes zancadas, para atraparla entre sus brazos y pegarla a su cuerpo.

—Lo he intentado, Dios sabe que lo he intentado —susurro sobre su boca, antes de apoderarse de sus labios en un beso, descontrolado, por la pasión que lo consumía.

La verdad es que no lo entendía, pensó, Margot, respondiéndole con el mismo ardor que recibía, pero daba igual, había fantaseado con que él la poseyera en aquella habitación, diseñada para el placer, desde que sabía que estarían en aquel templo.

Y esta vez no le permitiría una retirada, por muy digna y caballerosa que fuera, negándose a tomar su inocencia.

Esta vez la tomaría, se prometió a sí misma, aunque no tenía ni idea de como iba a vencer su férreo control, pero ya se le ocurriría algo.

De momento, se dejaría llevar por sus caricias, sintiéndose libre de tocar su piel ardiente, que la llamaba a gritos.

Anthony rompió el beso, echando la cabeza hacia atrás, ante la necesidad de respirar de nuevo.

Que Dios lo ayudara, porque esa mujer no iba a hacerlo, rezo, al tiempo que observaba sus labios hinchados por sus besos, tratando de recuperar la respiración.

Ese vestido, diseñado para matar de lujuria al más santo de los caballeros, dejaba poco a la imaginación, pensó, contemplando su pecho agitado, coronado por su más oscura cúspide, erizada hacia

él, pidiendo a gritos que la tomara entre sus dientes, hasta hacerla gritar de placer.

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, deslizo el fino tul verdoso hacia abajo, dejándolo libre y así poder atraparlo entre sus dedos, al tiempo que se apoderaba de nuevo de sus labios en un tórrido beso.

Margot gritó de placer al sentir su tacto, donde tanto lo necesitaba, pero no era suficiente, necesitaba más, pensó, frotándose contra su cuerpo, buscando una satisfacción que no llegaba a alcanzar.

—Me rindo, que Dios me ampare, te daré lo que deseas —claudico, levantándola por la cintura, llevándola hasta la cama —, pero antes tenemos que deshacernos de esto —la dijo, haciéndola girar para poder desabrochar su vestido y dejarlo caer a sus pies.

Antes de tomarla, por la cintura y tumbarla en la cama, deshaciéndose del resto de sus ropas.

—Eres tan hermosa —murmuro entre dientes, al tiempo que la observaba allí tendida, devorando cada recodo de su cuerpo desnudo con la mirada.

Mientras él mismo se deshacía de sus ropas precipitadamente.

—Ordéname parar ahora que aún estamos a tiempo, porque una vez suba a esa cama, nada me impedirá hacerte mía —la suplico, pidiéndola que lo liberase de esa locura que lo poseía.

—Ven aquí, porque de lo contrario saldré ahí fuera y me ofreceré al primer caballero con el que me encuentre —le amenazo, tendiéndole los brazos, extendidos, para recibirle — y dudo que me rechace dado el sitio en el que nos encontramos y las actividades que aquí se practicaban.

Anthony gruño, furioso, con solo pensar que otro hombre la tocara, incluso que pudiera contemplar su desnudez, tal y como él estaba haciendo.

Era hombre muerto, sentencio, dejándose caer sobre ella, presa de la pasión y la ira que lo dominaban.

—Nunca —siseo, entre dientes, apoyando la cabeza de su miembro en su apertura —. Si esto es lo que quieres, aquí lo tienes —dijo, entrando en ella por completo.

Al tiempo que la besaba, capturando entre sus labios, su grito de dolor, por invasión a su tierno cuerpo.

Margot no se esperaba aquel calambre que la partió en dos, robándola la respiración, nadie la había preparado para eso.

Lágrimas de dolor recorrían sus mejillas, mientras intentaba respirar de nuevo.

—Relájate, respira hondo y pasará —la aconsejo, obligándose a mantenerse completamente inmóvil hasta que estuviera lista para él —. Lo siento, pero no hay otra forma de hacer esto.

Margot le miro con la mirada desenfocada, pero hizo lo que la pedía, poco a poco el dolor fue cediendo, hasta no ser más que una simple molestia, pensó, intentando rotar las caderas para comprobarlo.

—No, aún no. Date un poco más de tiempo para acostumbrarte a mí —la aconsejo, sujetándola por las caderas para impedir que se moviera.

—¿Siempre es así?

—Gracias a Dios, no, solo la primera vez.

—¿Y ahora qué? —le pregunto, confundida, de que todo hubiera terminado.

—Ahora viene lo bueno —la prometió, saliendo muy despacio para introducirse de nuevo —. ¿Mejor?

—Um, sí, bastante mejor —le confesó, sintiendo como el deseo renacía dentro de ella, de nuevo.

—Bien.

Repitió el movimiento una y otra vez, incrementando el ritmo, dejándose llevar por la pasión, hasta que la lujuria tomo el control de ambos, lanzándolos al placer que les prometía, si se dejaban llevar por sus cuerpos.

Anthony giró la cabeza para poder mirarla allí tumbada junto a él, con una media sonrisa, dibujada en su angelical cara, mientras dormitaba relajada a su lado.

—Y ahora qué —le pregunto, sorprendiéndolo.

—Ahora deberíamos ir al encuentro de nuestro intermediario, antes de que desaparezca, harto de esperarnos.

—¡Maldita sea! —exclamo, Margot, saltando de la cama en busca de sus ropas.

Anthony no pudo evitar reírse al ver sus prisas, antes de levantarse y unirse a ella en busca de sus ropajes.

Pocos minutos después, salían del templo del placer, más tarde de lo que tenían planeado, pero había merecido la pena el retraso, pensó, Anthony, adivinando el contoneo de sus caderas, bajo la capa que la cubría, en su paso presuroso hacia el carruaje que lo esperaba.

La deseaba de nuevo, pensó, acompasando sus pasos a los suyos.

Capítulo 21

Gracias a los diarios había conseguido no mantener una conversación sería sobre lo ocurrido la noche anterior, pero estaba segura que hoy no tendría tanta suerte, pensó, Margot, terminando de preparar el té, mientras esperaba a Dixón y Anthony, para revisarlos más exhaustivamente.

La verdad es que la noche anterior habían ocurrido demasiadas cosas en su vida.

Sueños cumplidos que aún no se creía que hubieran sucedido.

Para empezar, había estado en un burdel, el templo sagrado del placer para los caballeros.

Pero ella lo había conseguido, aunque sinceramente, había sido, toda una decepción ver que todo el glamur, la desinhibición y la invitación a la lujuria, que esperaba encontrar en sus estancias y pasillos, no estaban presentes.

Era como cualquier otra casa normal, decorada con austeridad, en tonos oscuros y sobrios, sus cuadros de paisajes tenebrosos, cubiertos de niebla, llegaban a infundir miedo en el visitante, no la luminosidad que el placer les depararía tras las robustas puertas de roble, que ocultaban las habitaciones, donde se retiraban para satisfacer sus fantasías.

Aunque le pareció oír algo de algarabía, nada más cruzar el vestíbulo, hacia las escaleras, tan solo fue un lejano eco que no pudo identificar.

Definitivamente, su concepto de lo que ocurría tras las puertas del "Templo de Venus" había sido derrocado.

Aunque no todo fue una desilusión, bueno al principio sí, tuvo que reconocer para sí misma, sintiendo como se ruborizaba, con tan solo recordarlo.

La oportunidad de estar solos en aquel cuarto, había facilitado las cosas entre Anthony y ella, pudiéndole entregar su inocencia, tal y como, deseaba desde hacía mucho tiempo.

Y en un sitio tan poco común como la habitación de un burdel, eso era algo que nunca olvidaría.

Poder yacer con él, era mucho más que un sueño, la más oscura de sus fantasías hecha realidad.

No se sentía orgullosa de como le había tenido que empujar a que la tomara, obligándole a saltarse las normas de caballerosidad, por las que se regía, pero de no haberlo hecho así, estaba segura, de que nunca hubiera ocurrido.

Qué pasaría a partir de ahora entre ellos, era algo que estaba por descubrir.

Ella deseaba un amante y él, estaba segura, de que buscaba una esposa.

Llegar a un entendimiento que les permitiera avanzar en su relación, no sería nada fácil, pensó, yendo hacia la puerta para atender su llamada.

—Buenas tardes, señor Dixón.

—Señorita Scott —contesto el aludido con una ligera inclinación de cabeza —. Veo que Lord Henderson aún no ha llegado.

Margot le miro sorprendida por su afirmación.

—De ser así, usted no me hubiera abierto la puerta, arriesgándose a que la vieran en este lado de la casa.

—Buena observación, señor Dixón, debería estar a punto de llegar —le aclaro, cerrando tras él, a la vez que lo guiaba hacia la sala, que hacía las veces de biblioteca, en la parte de atrás —. No debemos preocuparnos por él, entrará con su propia llave cuando llegue.

Dixón no dijo nada y se acomodó como otras veces en su sitio en la mesa.

—Veo que consiguieron los diarios —comento al ver las tres libretas sobre la mesa.

—Sí, aunque esperaremos a estar todos reunidos para examinarlos —le confirmo, tendiéndole una taza de té, antes de sentarse frente a él —. La ciudad parece tranquila estos últimos días.

—Eso parece, pero no durará demasiado —comento, pensando en el descontento general, que cada vez era más palpable, en los barrios de la baja burguesía.

—Lo cual no se solucionara hasta que se suban los salarios y los honrados trabajadores puedan dar de comer a sus familias —afirmo, Anthony, uniéndose a ellos.

—No te habíamos oído llegar.

—De eso se trataba al elegir esta estancia de la casa tan apartada de la calle, ¿no?

—Hay que reconocer que cumple su cometido —afirmo, Dixón, igual de sorprendido.

—Bueno, qué tal si empezamos —sugirió, Margot, tomando una de las libretas —, me muero por ver cuál es su contenido.

—Lo cual tendrá que esperar, centrémonos en las fechas que nos ocupan o perderemos mucho el tiempo en revisarlos al completo.

Margot hizo un mohín de desagrado, pero tuvo que reconocer que Dixón tenía razón, ya tendría tiempo de revisarlos más adelante.

Anthony hojeó los cuadernos hasta llegar a la fecha indicada, antes de dejarlo abierto sobre la mesa para que todos lo vieran.

—Esto nos llevará un buen rato —observo, Dixón, al ver el galimatías de números y letras, escritos, sin aparente orden.

—Algo me dice que necesitaremos más café —confirmo, Anthony, cargándose de paciencia, ante lo que les esperaba.

Margot se limitó a mirarlos sin decir nada, solo esperaba que ninguno de ellos se hubiese comprometido esa velada, porque mucho se temía, que estarían allí gran parte de la noche, suspiro resignada, centrándose primero en tratar de descifrar la mala caligrafía de Nell.

Era primordial, si querían avanzar en encontrar a su asesino, que pudieran entender lo que allí había escrito.

—Bien, pues parece que hemos conseguido reducir el número de sospechosos bastante —comento, Dixón, masajeándose el cuello, cansado, a altas horas de la madrugada.

—Aunque los diarios no han sido tan esclarecedores como esperábamos, si han servido para que podamos determinar, quién tenía más motivos para deshacerse de ella y quién no.

—No creo que el asesinato de Nell fuera premeditado, Anthony, sino un accidente más bien no deseado.

—En vista de todo lo que hemos descubierto hasta ahora, coincido con la señorita Scott —afirmo, Dixón, pensativo, dándole vueltas a lo que ese hecho representaba para la investigación.

—Está bien, recopilemos, en primer lugar, teníamos veintiocho nombres, una vez descartados los repetidos, quedaron diecinueve.

—Quitamos también los cuatro que esa noche no pudo atender, de los cuales tan solo uno era repetido y nos quedarían dieciséis —dijo, Margot, repasando las cuentas.

—De los cuales no podemos descartar ninguno más, ya que todos la dieron unas monedas extras, al acabar sus servicios, según sus diarios —continuo, Dixón.

—Aunque basándonos en sus caracteres y la forma en que los describe, podríamos dividirlos en dos bloques —les aseguro, Margot, haciendo que ambos se volvieran a centrarse en los diarios.

Repasaron más detenidamente las descripciones de Nell sobre ellos, consiguiendo dividir los nombres.

—Pues quedan nueve entre los más sospechosos —les aseguro, Dixón, releyendo sus nombres —. Ahora solo queda decidir, qué hacer para que se delaten ellos mismos o demuestren su inocencia.

Todos se quedaron en silencio, pensando en cuál sería su siguiente paso.

—No será nada fácil, ninguno de ellos admitirá en público su participación en el asesinato.

—En eso tenéis razón, señorita Scott, me temo que volvemos a estar en un callejón sin salida.

Anthony tomó la lista y reparo en los nombres allí escritos, dándole vueltas a una idea, que tal vez funcionaría, con el aliciente adecuado.

—Conozco a todos ellos, son jugadores de cartas con los que he coincidido en alguna ocasión —admitió, Anthony, no sintiéndose especialmente orgulloso de su comportamiento disoluto de aquellos días.

—No veo de que manera puede eso ayudarnos —objeto, Margot, perdiendo la esperanza de que pudieran desenmascararlo y llevarlo ante la justicia.

—En esas partidas de cartas, las apuestas se realizan con monedas —añadió, Dixón, comenzando a entender a donde quería llegar Lord Henderson.

—Exacto, tan solo tendría que organizar una timba, sentarme con ellos, mostrar la moneda por error y esperar a ver si alguno de ellos da muestras de reconocerla.

—Teniendo en cuenta que quien quiera que sea tiene a la banda de Sullivan buscándola por toda la ciudad, puede que hasta funcionara.

—Pero son nueve, no puedes sentarlos a todos en una mesa —replico, Margot, escéptica.

—Por supuesto que no, tendría que ser una especie de torneo, en el que tan solo me tendría que asegurar de coincidir con ellos en la mesa.

—Y que te garantiza que estarán interesados en participar —le pregunto, Margot.

—El aliciente de una buena suma para el ganador, junto con el reconocimiento de ser el mejor jugador de cartas de la ciudad —la aseguro, Anthony, convencido —. Confía en mí, se lo que me hago.

—Uf.

—Ese tipo de torneos se organizan constantemente en las tabernas y en los clubs de caballeros —la informo, Dixón —, las apuestas sobre cuál podría ser el vencedor, son aún más atrayentes que el propio torneo.

—Si usted lo dice.

—¿Tienes alguna otra idea mejor, que podamos usar? —replico, Anthony, enfadado al ver lo poco que confiaba en él.

—La verdad es que no.

—Entonces no se hable más. Mañana hablaré con Pavinton y Owen para organizarlo.

—Pero eso llevará mucho tiempo —no pudo evitar remarcar, aún no convencida de su éxito.

—Estará listo para el viernes por la noche y si todo sale bien, el domingo tras la última partida, tendremos el nombre del asesino.

—Vale, supongo que no hay nada que yo pueda hacer para ayudar.

—Nada, por el momento.

—Entonces buscaré en los periódicos viejos, que guardamos en la Gazeta, todo lo que se publicó en su momento sobre el asesinato de Edmund Parker, al que se refirió el tasador antes de morir, como portador de otra moneda igual a esta.

—Bien visto, señorita Scott, ese es un dato del que nos habíamos olvidado y dado que yo tampoco podre hacer mucho para ayudar a Lord Henderson en los preparativos, iré a la magistratura a ver que puedo encontrar sobre el tema —se ofreció, Dixón, aunque no tenía ninguna esperanza de encontrar nada que lo relacionara con el caso que los ocupaba en esos momentos.

—Entonces, supongo que hemos terminado —afirmo, Anthony, poniéndose en pie —, propongo que volvamos a reunirnos aquí pasado mañana para ponernos al día de nuestros progresos.

—Estoy de acuerdo con usted, milord —dijo, Dixón, imitándole —. Le deseo una buena noche, señorita Scott.

—Gracias, señor Dixón, que descanse —se despidió, viendo como salían de la estancia, aún sentada a la mesa, con la vista puesta en los papeles allí desperdigados, pero sin verlos en realidad y un sabor amargo en el estómago que no presagiaba nada bueno.

Capítulo 22

Anthony regresó sobre sus pasos a la sala.

—Tengo que recoger esto, aunque se ha hecho demasiado tarde para regresar a casa —le confesó, nerviosa —. Será mejor que pase la noche aquí.

—¡Aquí! —exclamo, escandalizado, presa del terror que eso le producía —, estás loca, no puedes quedarte aquí.

—No veo por qué no, ambas casas están preparadas para ser habitadas en cualquier momento —le contesto, levantando la cabeza para mirarle, extrañada.

—No tengo ninguna duda de eso, pero estarás completamente sola, sin ningún sirviente que te asista —la explico, armándose de paciencia —. Incluso tus guardianes y tu carruaje se han marchado hace horas.

—Una razón más para quedarme, las calles son menos seguras que permanecer en la casa, tal y como pude comprobar la otra noche.

—Bueno, en eso tienes razón —concordó con ella de mala gana —, aun así quedarte sola no es lo más sensato.

Margot no dijo nada, tomo la bandeja para llevarla a la cocina con Anthony pegado a sus talones.

—Vamos, deja eso, yo mismo te acompañaré a tu casa.

—Crees que arriesgarnos a que nos vean juntos a estas horas es una sabía decisión.

—Supongo que se armaría un gran escándalo, algo que ahora mismo no nos conviene, hasta que atrapemos a ese villano.

—Entonces ya está, decidido, me quedo.

—Pero, por otro lado, eso desvelaría nuestros planes de casarnos antes de que estemos listos para anunciarlos —continuo, haciendo caso omiso a sus últimas palabras.

—Algo que no está sucediendo y nunca sucedería —afirmo, categórica, poniéndose seria, al verle tan convencido de ello.

—Por el amor de Dios, Margot, después de lo que ocurrió anoche, no tenemos más remedio que contraer matrimonio, cualquier otra cosa sería inaceptable entre nuestros pares.

—Tus pares, te recuerdo que no pertenezco a la nobleza, ni rijo mi vida en sus ridículas normas —replico, comenzando a enfadarse.

—Hipócrita, mentirosa, has seguido todas y cada una de esas estúpidas normas de las que tanto te burlas —la respondió, enfadado por su cabezonería —. Sí, las has estirado hasta el límite, pero no te has saltado ni una sola de ellas desde que te conozco.

—Hasta ayer —le recordó, sintiendo como se ruborizaba —y no permitiré que ensucies algo tan especial entre los dos.

Anthony se quedó sin palabras al oírla, algo tan especial, había dicho, cuando en realidad se había comportado como un animal, solo pensando en su propia satisfacción, sin asegurarse de que ella estuviera lista para recibirle y disfrutará tanto como él de la experiencia.

Gracias a Dios, parecía que sí había obtenido el placer que se merecía, pero esa no era la mejor manera de dárselo.

Ojalá, aceptara su proposición y tuviera la ocasión de arreglarlo, pensó, sintiendo como su libido despertaba, dentro de los confines de su pantalón.

—Aun así, debemos casarnos.

—No veo por qué deberíamos hacerlo —insistió, tomando un paño para secarse las manos —. Vamos, pongámonos cómodos y hablemos de ello —le pidió, yendo hacia la puerta del sótano, con la intención de cruzar a la otra casa.

Anthony la siguió en silencio, dispuesto a escucharla, tal vez encontrara una manera de convencerla entre sus argumentos, que los salvara a ambos del escarnio de la sociedad, si se convertían en amantes.

—Por qué no enciendes un pequeño fuego, la casa parece estar más fría de lo habitual para esta época del año.

—Supongo que será por mantenerla cerrada largas temporadas.

—Puede ser y si pudieras hacer lo mismo en la habitación principal, la única que tiene chimenea, te lo agradecería —le pidió — encender el fuego nunca ha sido uno de mis fuertes.

—Vaya, la gran Margot, acaba de confesar que no es perfecta en todo lo que hace.

—Por supuesto que no lo soy —replico, enfadada —. Ni que fuera por la vida, dando la impresión de que así fuera, mirando por encima del hombro, a los demás, con superioridad.

—Que es exactamente lo que haces a cada momento —no pudo evitar decir lo que pensaba de ella y la manera en que dirigía su vida.

Margot abrió la boca sorprendida, pero antes de que pudiera reaccionar, él había salido de la estancia.

Oyó sus pasos amortiguados en la escalera y supuso que subía al piso de arriba, para encender el fuego, tal y como, le había pedido.

De verdad, la veía así y lo más importante, alguien más lo hacía, se preguntó, tratando de encontrar una respuesta.

—Te vas a quedar toda la noche ahí plantada —la pregunto al verla en el mismo lugar donde la dejo, a su regreso.

—No, solo estaba pensando.

—Pues déjalo y ven aquí —la pidió, palmeando el asiento en el diván a su lado —, tenemos mucho de lo que hablar.

—Tienes razón, pero de verdad piensas eso de mí.

—Olvídalo, nunca debí decirlo.

—Lo piensas —musito, para sí misma, volviéndose hacia el aparador de las bebidas, para servir unas generosas copas de brandy a ambos, tenía el presentimiento de que las necesitarían.

Esa no sería una conversación agradable para ninguno de los dos.

—No vamos a casarnos —recalco con firmeza, sentándose a su lado —. Te lo dije, no pondré mi vida en las manos de ningún hombre.

—Y lo entiendo, pero yo no soy cualquier hombre —la contradijo, obligándose a permanecer calmado a pesar de lo absurdo que le parecía aquella conversación —. Sabes que yo nunca te haría daño.

Margot tomó un sorbo de su copa, evitando contestar directamente.

—No confías en mí.

—Nunca me pegarías, pero una vez que tengas todo el poder sobre mí, quién sabe que me obligarías hacer, ni como tratarías de reconducir mi vida dentro de la sociedad.

—Así qué eso es lo que de verdad te preocupa —musito, pensativo —. Que pueda obligarte, a tomar cada tarde el té a las cinco o a vestir de determinada modista, porque es la favorita de la sociedad esa temporada.

—Más o menos, aunque, mi trabajo en el periódico, también es importante para mí, poder seguir ejerciéndolo.

—Eso está fuera de cuestión y ni siquiera me dignaré a decir lo que ya sabes.

—Anthony …

Este se volvió hacia ella, pero no dijo nada, pensativo.

—Confías en el Duque y su Duquesa —la pregunto, con la esperanza de que así fuera.

—Por supuesto.

—¿Pondrías tu vida en sus manos?

—Claro que sí, como mi tutor, tenía el mismo poder sobre mí que un marido.

—Pero no lo elegiste tú, te viste obligada a aceptarlo como tal y a arriesgarte, para evitar que te vendieran, por un sillón de director en la naviera de tu familia.

—Sabes que sí.

—Lo cual demuestra que no todos los hombres de esta sociedad dominan a sus mujeres, sin tener en cuenta sus deseos y opiniones.

—A dónde quieres ir a parar.

—A que confiaste en el Duque sin conocerle, pero eres incapaz de hacerlo de nuevo por cualquier otro hombre.

—Por eso precisamente no volveré a estar bajo el yugo de otro hombre, mi libertad es demasiado importante para mí, como para arriesgarme.

—¿Tan malo fue? —la pregunto, comenzando a desesperarse.

—No, pero me ha costado mucho llegar hasta aquí, ha sentirme bien conmigo misma y ser feliz con lo que hago.

—Juro que intento entenderte, ponerme en tu lugar, pero siento que algo se me escapa.

Margot se volvió hacia el fuego, perdida en sus pensamientos, junto con el danzar de las llamas.

No estaba segura de que pudiera explicarlo, pero tenía que intentarlo, si quería mantener una relación romántica con Anthony bajo sus condiciones.

Y Dios sabía que era una de las cosas que más deseaba en el mundo.

Convivir con él como su marido, pero sin serlo.

Crear ese vínculo de comprensión y familiaridad que había observado en otros matrimonios, como los Duques y en el de Chapman.

Con un hombre, era una de las aspiraciones de su vida y si ese hombre era Anthony, todo sería perfecto.

Suspiro, resignada, volviéndose hacia él, para poder mirarlo a la cara.

Tenía que intentarlo.

Anthony se quedó en silencio escuchando cada una de sus palabras, aunque no entendía cuál era el problema real que los separaba como marido y mujer, salvo el que ella misma se había creado en su mente.

Mezclando la realidad con las suposiciones, los rumores y habladurías típicas de los salones de té y cuarto de las Damas, en los grandes bailes, donde otras esposas comentaban como eran maltratadas por sus maridos, aireando sus trapos sucios, para justificar sus actos tomando a otros como amantes.

Mientras que las que eran respetadas y tomadas en consideración, por el hombre que habían elegido para compartir sus vidas, guardaban silencio y se les iluminaban los ojos, con mil estrellas, orgullosas, cuando veían que se les acercaba.

No tenía ni idea de como luchar contra eso, ni demostrarla como sería su vida juntos, sin que se casaran primero.

Salir de esa encrucijada, se escapaba completamente de su mente, pensó, masajeándose el puente, de la nariz, cansado, rindiéndose a lo inevitable.

Nunca tendrían una oportunidad de ser felices, la había perdido.

Margot acabó de explicarle como se sentía y supo que no lo había conseguido.

Anthony seguía decidido a tomarla por esposa y eso jamás sucedería.

—Me voy a la cama, mañana será un día muy largo —anuncio, saliendo de la sala rumbo al piso superior.

Anthony se quedó allí desparramado sobre el diván, bastante tiempo más, antes de subir arriba para reunirse con ella.

Capítulo 23

Margot se levantó tarde aquella mañana y sola, no sabía en qué momento, Anthony había decidido abandonar su cama y la casa, en el más absoluto silencio, pero dio gracias a Dios de que ya no estuviera y tuviera que enfrentarlo de nuevo.

Se apresuró a prepararse para salir, hoy sería un día importante para el periódico, donde todo cambiaría.

La esperaba una larga reunión con el personal, donde la comunicarían si habían aceptado las nuevas normas de trabajo y reemplazar a los que hubieron decidido marcharse.

Entre muchas otras cosas.

—Buenos días, Ingrid —saludo a su ex-secretaría al entrar en el despacho —. Han llegado ya todos.

—Sí, señorita, la esperan en la sala de juntas.

—Bien, pues cuanto antes mejor —la dijo, tomando su portafolios del escritorio, antes de salir.

Margot aprovechó esos segundos en que se tardaba en cruzar el pasillo hacia donde la esperaban, para lanzar una plegaría en silencio, pidiendo que todo saliera bien.

Tanto el futuro del periódico y su prestigio como directora del mismo, se decidiría en tan solo unos minutos.

—Buenos días, a todos —los saludo al entrar, tomando asiento en la cabecera de la mesa —. Si están todos listos, empecemos.

Espero a que todos asintieran, antes de continuar.

—¿Estáis todos de acuerdo en que, a partir de ahora, nos dividiremos en cuatro equipos periodísticos, compuestos por un hombre y una mujer, en igualdad de oportunidades? —se obligó a preguntarles de nuevo, viendo como asentían con la cabeza afirmativamente.

—Aunque nos gustaría saber como haremos para que el nombre de una mujer, firmando al final de una columna no nos reste popularidad y acabe por arruinarnos.

—Porque ambos firmaran sus artículos tan solo con sus iniciales, así el público nunca sabrá si ha sido obra de una mujer o de un hombre —les respondió, orgullosa de como pensaba abordar ese problema —. Y será en orden rotativo, una vez el hombre llevará el peso del artículo y la mujer será su ayudante, mientras que al siguiente encargo, será la mujer quien ejercerá de periodista y el hombre de su secretario —les explico, cuál sería la base de igualdad de oportunidades que quería implantar en la Gazeta.

Margot recorrió sus rostros con la mirada, buscando cualquier signo de discrepancia.

—¿Algún problema o aclaración?

—Ninguno, todo está bastante claro.

—¿Usted también formará equipo con un hombre? —la pregunto, Ingrid, intrigada en quién sería el elegido.

—Cuando encuentre al hombre capaz de trabajar conmigo, en igualdad y sin tratar de anularme por el simple hecho de ser mujer, lo haré. Y espero que sea muy gratificante para ambos, porque creo que sería beneficioso para el periódico, contar con ambas perspectivas —les confesó, honestamente, cuáles eran sus planes —. Mientras tanto tendrán que conformarse conmigo, solo espero que las mejoras que tengo pensadas implementar nos satisfagan a todos, pero sobre todo a nuestros lectores.

—Así qué tiene pensados más cambios.

—Por supuesto que sí, pero vayamos poco a poco, por el momento nos centraremos en adaptarnos a este y esperaremos a ver los resultados.

Margot vio en sus miradas que estaban de acuerdo con ella y dio por terminada esa parte de la reunión, para dar comienzo a la más rutinaria, el reparto de sucesos y quienes los cubrirían.

Iban a ser semanas de intenso trabajo, con muchos cambios a los que enfrentarse, pero tenía fe en el reducido grupo, que habían decidido darla una oportunidad, para que todo saliera adelante, tal y como, esperaba.

Poco antes de la hora del almuerzo, abandono las oficinas de la Gazeta, rumbo a su casa, donde aún tenía mucho trabajo que hacer,

antes de volver por la tarde con unos cuantos lacayos que la ayudaran a trasladar el archivo del sótano a su casa en Kensington.

Un lugar mucho más íntimo donde poder trabajar en ellos sin levantar sospechas.

—Buenos días, señor Murphy —saludo a su mayordomo entrando en su residencia —. Está listo el almuerzo —le pregunto, entregándole la capa y los guantes.

—Sí, señorita, terminan de servirlo en el comedor pequeño.

—Estupendo, subiré a asearme un poco —anuncio, apoyando su mano en el pasamanos antes de volverse hacia él de nuevo —. Tras el almuerzo, necesitaré hablar con usted, la señora Murphy, mi doncella y el jefe de los guardianes, por favor, convóquelos en la biblioteca —le pidió, comenzando a ascender por las escaleras hacia sus aposentos.

—Sí, señorita.

Le escucho decir a su espalda, sin volverse a mirar.

El almuerzo estaba delicioso, como siempre, iba a echar de menos a su cocinera, pero no sería por mucho tiempo, si sus planes salían según lo previsto.

Anthony no tardaría en marcharse de vuelta a los campos de alguna finca, para continuar con su labor de encauzar las aguas de cara al otoño, y ella regresaría a su casa, mientras estuviera ausente.

No tenía sentido quedarse en Kensington si él no estaba para visitarla, pensó, abriendo la puerta de la biblioteca, donde ya la esperaban.

—Buenas tardes —les saludo, sentándose tras el escritorio —, les he convocado aquí para informarles de mi decisión de trasladarme a mi casa de Kensington durante un tiempo —les comunico, observando sus caras de asombro —. Estoy trabajando en un artículo muy delicado para el periódico, que exige la mayor discreción posible.

Margot no estaba mintiendo en realidad, ya que ese era uno de sus objetivos, pero no les contaría el resto.

—¿Y no podríais llevar vuestra labor aquí?

—Me temo que no, señor Murphy, cualquiera podría tomarse la libertad de visitarme y eso me distraería, además de que podría ver algo que no debería de mi trabajo.

—Entiendo.

—Para tal fin, necesitaré a una cocinera y una sirvienta, tan solo por las mañanas. La casa es pequeña y no las llevará más tiempo mantenerla limpia y ordenada.

—Entiendo, ya tengo a alguien en mente que podría servir —afirmo, la señora Murphy.

—También necesitaré a un lacayo, que las ayude y haga las veces de mayordomo. A tiempo completo.

—Sin problemas, yo mismo ocuparé el puesto, si me lo permite —se ofreció, el jefe de los guardianes.

—Y por supuesto, a ti, Mary, para que me asistas y te ocupes de mis ropas, aunque deberás trasladarte a la casa —la pidió, observando detenidamente su reacción —. Además de ejercer, como otras veces, de mi carabina de cara a la sociedad.

—Con gusto, señorita, supongo que deseara que prepare su equipaje.

—Nada complicado, los vestidos más sencillos de mañana y tarde, si necesito asistir a algún evento vendré aquí para cambiarme, con la ayuda de alguna doncella.

—Como guste.

—¿Para cuándo los necesita? —pregunto, el señor Murphy,

—Al lacayo y a Mary, para esta misma tarde, si es posible —les dijo, viendo como asentían con la cabeza —. Los demás mañana en la mañana estaría bien.

—Bien, entonces si no necesita nada más.

—No, pueden retirarse.

—Señorita.

—Señor Murphy, por favor, que preparen el carro y algunos lacayos, para que me acompañen a la Gazeta, necesito trasladar algunas cosas a Kensington.

—Enseguida, la visaré en cuanto este listo.

—Gracias —musito a su espalda, viendo como salía de la estancia.

Todo había ido bien, al menos de momento, ahora solo faltaba la visita del Duque, quien sería avisado de inmediato, probablemente acompañado por Penny, en Kensington, para inspeccionar la casa, muy sutilmente, por supuesto, dando su aprobación implícita o sus quejas por lo inadecuada que le pareciera.

Pero eso no la haría renunciar a sus planes, solo esperaba convencerle para que la permitiera continuar.

Otros pensarían que era libre de vivir donde quisiera, pero, aunque ya no era su tutor y no tenía ningún poder sobre ella, legalmente, seguía necesitando su beneplácito para ello, solo por el hecho de ser mujer.

Estaba segura de que si Anthony decidía tomar sus propias habitaciones, fuera de la residencia familiar, no necesitaría su aprobación, ni serían sometidas a una inspección tan rigurosa, pensó, furiosa por la diferencia de trato entre ambos.

Había sido un día de lo más caótico, corriendo de un lado para otro, pero por fin, todo estaba organizado a su gusto y podía relajarse frente a la chimenea a disfrutar de una agradable velada, organizando sus notas mentales para mañana.

Con ayuda de los lacayos habían recolocado la biblioteca, reordenando la mayoría de los libros, para hacer sitio a los periódicos, que ahora ocupaban la friolera de tres estanterías enteras.

Cincuenta y tres años de historia y casi quince mil ejemplares impresos, cálculo, Margot, orgullosa de todos y cada uno de ellos.

Aunque solo en los últimos tres años la había pertenecido, se sentía como si hubiera sido suyo todo el tiempo, desde que fue fundado en 1766 y el treinta de junio se imprimió por primera vez el "Daily Gazette" para todos los ciudadanos de Londres, aunque aún a día de hoy, poco más de un cuarto de ellos sabían leer o disponían de dinero para poder comprarlo.

Por eso, una vez a la semana, desde que ella lo dirigiera, su edición era gratuita y repartida por todos los comercios y tabernas de Londres, algo muy criticado por sus competidores, pero que ella se empeñaba en mantener.

Menos mal que no tendría que revisarlos todos, tan solo un par de semanas, antes y después de la muerte del señor Parker, como mucho, pensó, dando un sorbo reconfortante a su taza, tibia, de té.

Quizás era hora de retirarse y recuperar fuerzas para mañana, el cual sería un día igual de ocupado, pero algo más tranquilo, al menos eso esperaba.

Capítulo 24

Tal y como esperaba a las cinco en punto, Ashford y Penny, acompañados por Lady Susan y Lord Chapman, llegaron para tomar el té e inspeccionar su nueva morada.

A los cuales les dio la misma versión que a sus sirvientes en su casa de Marylebone, aunque no entendían muy bien el motivo del cambio, al ser todos leales a su señora. Algo que nunca había puesto en duda.

Ashford, fue quien los eligió personalmente y quien se aseguraba periódicamente de que siguieran siéndolo.

Acabaron por aceptar su decisión y necesidad de una mayor privacidad en sus investigaciones.

Siempre y cuando fuera por un corto espacio de tiempo y no descuidara sus compromisos sociales, previamente adquiridos, le advirtió Penny en nombre de Ashford, quien seguía dudando de su buen juicio, pero que gracias a Dios, no insistió en conocer el carácter de su investigación, probablemente por considerarla una tontería, irrelevante y superflua, que no merecía demasiado su atención.

Por todo lo cual, llego tarde a su reunión con Dixón y Anthony, quienes ya la esperaban y sin nada nuevo que contarles, pues apenas había podido hojear un par de ejemplares del periódico, antes de que sus visitas la interrumpieran y tuviera que atenderlas.

—Buenas tardes, señorita Scott —la saludo, Dixón, al verla, quien disfrutaba de una buena taza de café, que el mismo se había preparado, durante su ausencia.

—Señor Dixón, Lord Henderson, lamento el retraso —se disculpó, antes de ocupar su lugar en la mesa.

—Señorita Scott —murmuro, Anthony, sin apartar la mirada de ella.

Había visto el carruaje del Duque en la esquina a su llegada, por lo que supuso que estaría un buen rato ocupada.

Aunque era incapaz de adivinar que hacía allí.

Tentado estuvo de unirse a él, pero decidió que sería mejor no hacerlo, ya que no disponía de ninguna excusa, que justificase su presencia en esa parte de la ciudad, lo cual levantaría las sospechas de su hermano.

Mejor pasar desapercibido hasta que supiera a que había venido exactamente, pensó, sacudiendo la cabeza, para centrarse en la conversación que mantenían Dixón y Margot, a su lado.

Ya hablaría con ella más tarde y se aclararía todo.

—Siento decirles que no poseo ningún dato nuevo que aportar a la investigación —se disculpó, Margot, por su falta de tiempo.

—Yo tampoco he podido averiguar gran cosa, tras entrevistarme con los cuatro investigadores y el magistrado, que llevaron el caso del señor Parker —les confesó, Dixón —. Todos juran y perjuran que el señor Parker no llevaba ninguna moneda consigo cuando lo encontraron, ya que ese fue el motivo del robo, que le llevo a la muerte, junto con sus objetos, personales, de valor.

—Por tanto, seguimos como al principio en ese tema —observo, Anthony, pensativo —, quizás deberíamos dejar de intentar relacionar ambos asesinatos y centrarnos tan solo en el de Nell —les propuso.

—Deberíamos, pero algo me dice que están relacionados de algún modo y que la moneda es la clave.

—Y puede que así sea —concordó con ella, Dixón —. Lo que sí he podido averiguar es que los investigadores que firmaron el informe del caso, no fueron en realidad quienes encontraron el cadáver, en un primer momento, sino que fueron asignados a él horas más tarde. Y no llegaron a la escena del crimen hasta que estaban procediendo al levantamiento del cadáver.

—Um, y eso es habitual —pregunto, Anthony, confundido.

—En realidad no, normalmente, quien primero llega a la escena del crimen se queda con el caso —le aclaro, Dixón —. También deben de tener en cuenta, que no todos los casos se pagan igual, cuanto mayor es el delito, mayor es la cantidad a percibir por el investigador asignado.

—Lo que quiere decir, que ningún investigador renunciaría voluntariamente a una paga por asesinato y robo.

—Exactamente, señorita Scott, la magistratura paga una miseria a sus investigadores, los cuales deben tomar trabajos extras para poder mantener a sus familias, en su tiempo libre.

—Algo muy normal en estos tiempos —murmuro, Anthony, recordando el altercado sufrido por Margot, hacía algunas noches, por ese mismo motivo.

—¿Y qué sabemos de ellos? —pregunto, Margot, intrigada.

—He conseguido sus nombres y se retiraron del servicio, oficialmente, dos semanas antes del asesinato del señor Parker, con apenas unos días de diferencia entre ellos, abandonando Londres de inmediato a algún destino desconocido.

—Si estaban retirados y encontraron el cadáver, eso explicaría que se lo asignaran a otros investigadores.

—Aunque también es posible que los papeles de su retiro fueran manipulados.

—Algo que ocurre con más frecuencia de la que imagina —les aseguro, Dixón —. Por lo que no estaría de más comprobarlo.

—¿Y cómo podríamos hacerlo? —pregunto, Anthony, nada convencido de que aquello los fuera a llevar a ningún lugar.

—En la magistratura han borrado muy bien su rastro, haciendo desaparecer cualquier caso que llevaran tras la fecha de su retiro —les confesó, Dixón, quien se había pasado todo el día, rebuscando en los archivos.

—Pero en algún sitio debería quedar constancia de ellos, sobre todo si fueron importantes para la opinión pública.

— En los periódicos —exclamo, Margot, orgullosa —deme sus nombres y la fecha del registro, mañana me centraré en ellos, puede que tengamos suerte y encontremos algo que demuestre que seguían en activo.

—Yo continuaré indagando para localizarlos y así poder hablar con ellos.

—No, hasta después del torneo. Necesito que se centre en la seguridad de la señorita Scott, durante todo el evento, la cual, estoy seguro que insistirá en asistir, sin que podamos disuadirla de ello.

—Por supuesto que estaré allí, es absurdo pensar lo contrario.

—Deme todos los detalles —le pidió, Dixón, conteniendo la risa al verla tan ofendida —. Por supuesto, por eso se celebrará en uno de los salones contiguos al club, donde está permitida la entrada de cortesanas acompañando a caballeros en sus distracciones nocturnas.

—Gracias a Dios, que has pensado en un lugar donde no me puedan excluir por ser mujer, ya me veía vestida de caballero para poder entrar.

—Estuve tentado a ello, pero me imaginé que harías algo así —le confesó, sin ningún pudor —. El problema es que yo no podré ser tu acompañante y protector, si tengo que centrarme en las partidas, para no ser eliminado el primer día y poder seguir en el juego hasta la final del domingo.

—Habéis pensado en alguien.

—En usted, le conseguiré un pase de invitado, pero tendrá que prepararse para comportarse adecuadamente y vestir en consecuencia —le dijo, mirándole a la cara, muy atento a su reacción —. Además, de mantener un equipo de apoyo en cada una de las puertas y alguien en el interior.

—Me ocuparé de ello, puede estar tranquilo, la señorita Scott no sufrirá ningún daño mientras este bajo mi cuidado.

—Eso espero.

—Estaré bien —le aseguro, al verle tan preocupado por su bienestar, colocando su mano sobre la suya.

—Si no hay nada más, yo me retiro —dijo, Dixón, incómodo con el gesto de cariño entre ambos.

—Le acompañaré a la puerta —se ofreció, Anthony, obligándose a volver al presente.

—Le deseo una buena noche, señor Dixón —se despidió, Margot, poniéndose en pie, para recoger la mesa, mientras esperaba que Anthony, regresara.

Capítulo 25

Anthony esperó pacientemente a que se acomodara junto a él, en el diván, antes de abordar el tema que tanto le preocupaba.

—He visto el carruaje del Duque, en la esquina, cuando llegaba —comento, en tono casual, con la esperanza de que no se sintiera amenazada por entrometerse en su vida.

—Han venido a inspeccionar la casa y dar su visto bueno al traslado.

—¿Qué traslado?

—He decidido instalarme aquí, donde gozaré de mayor privacidad, mientras dure mi investigación en los periódicos antiguos.

—Por el amor de Dios, no puedes vivir aquí sola —exclamo, levantándose de un salto, exaltado —, es qué te ha vuelto loca, eso no es seguro para ninguna joven, sea de alcurnia o no.

—Lo sé, aún no he perdido el juicio del todo a pesar de lo que piensas de mí, cálmate, por favor, si vuelves a sentarte, te lo explicaré.

Anthony la miro con cara de pocos amigos, dejándola ver su enfado, pero hizo lo que le pedía, sentándose de nuevo a su lado.

—No estaré sola —le recalco —. Villin, el jefe de los guardianes, se ha ofrecido a instalarse en la casa y hacer las veces de mayordomo, echando una mano en todo lo que pueda. Junto con mi doncella, Mary, quien también actuara como Dama de compañía.

—Uf, al fin, algo de sentido común sale de tus labios.

—Anthony, no …

—No, qué —la reto, aún furioso con ella y sus descabelladas ideas.

—Dejémoslo, será lo mejor.

—No, di lo que tengas que decir y acabemos de una vez —la pidió, colocando su mano sobre su hombro, al ver su ademán de levantarse.

—También, he contratado una cocinera y una asistenta para la limpieza, aunque solo estarán por las mañanas, mientras yo me ocupo de mis asuntos con el periódico.

—Y …, porque estoy seguro de que hay, no se acaba todo —inquirió, comenzando a desesperarse con ella.

—Y con que tú te instalaras en esta casa, para así poder estar juntos.

Anthony abrió los ojos como platos, sorprendido, sacudiendo la cabeza con estupor, antes de poder reaccionar.

—Definitivamente, has perdido el juicio.

Margot se volvió hacia él muy enfadada, era la segunda vez que insinuaba que había sucumbido, al mal de la locura, y no estaba dispuesta a que ocurriera de nuevo.

Vale, lo que le pedía no era muy normal, mucho menos que fuera una mujer quien se lo propusiera a un caballero, pero si lo dejaba en sus manos, estaba segura de que él nunca se lo pediría y ella quería formar una vida a su lado.

Dejar de estar sola, compartir sus penas y alegrías.

Ojalá se hubiera enamorado de otro hombre menos puritano y arraigado a las normas sociales.

Pero no, ella amaba a Anthony, desde aquella fatídica noche sobre el tejado, donde tan solo con el susurro de su voz, había apartado todos sus temores.

Lo que ocurrió aquella noche la había cambiado la vida, pero también su forma de vivirla y eso era algo que al parecer él no comprendía, pensó, sintiendo como su corazón se hundía en su pecho.

—Margot, te amo, eres la mujer más hermosa que he conocido y quiero estar contigo el resto de mi vida —le confesó, sujetándola suavemente la barbilla, obligándola a mirarle —. Formar una familia, caminar por la calle contigo del brazo, con la cabeza bien alta. No escondidos entre cuatro paredes, esperando que nadie nos descubra.

Margot se quedó en blanco, perdida en esos hermosos ojos, que la suplicaban en silencio que lo aceptara, que acabara con aquel

tormento que lo consumía, sintiendo aquel dolor, tan dentro, que a punto estuvo de sucumbir.

—¿Cuándo te marcharás a las tierras de Wexton a continuar tu labor? —le pregunto, por el contrario, saliendo de su ensimismamiento.

—En cuanto descubramos al asesino y lo llevemos ante la justicia —la contesto, desconcertado por su pregunta —. Ya lo he retrasado, más de lo que debería, por todo este asunto.

—¿Y qué pasará conmigo entonces?

—¿Cómo qué, que pasara? —la pregunto a su vez —. Vendrás conmigo como es natural, por eso debemos casarnos cuanto antes.

Margot, tomo una respiración profunda, para evitar echarse a llorar al oírle.

—Lo que estás diciendo es que debo abandonar Londres, mi trabajo en el periódico, la vida que he construido, con tanto esfuerzo, para seguirte allí donde te lleven tus obligaciones y compromisos.

—Como cualquier otra esposa, por supuesto, su obligación es estar con su marido. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Margot sintió como perdía la batalla y una terca lágrima se escapaba de entre sus pestañas, mojando su mejilla.

—Yo no soy ese tipo de esposa y nunca lo seré —le dijo, saliendo de la sala, sin volver la vista atrás.

Margot cruzó el pasillo y regreso a su propia casa en silencio.

Siempre había pensado que amaba a Anthony con todo su corazón, que sería capaz de hacer cualquier cosa, por tener la oportunidad de estar juntos.

Incluso estaba dispuesta a ser su amante, por el tiempo que él deseara tenerla.

Pero acababa de darse cuenta de que no lo amaba tanto como ella pensaba, si no era capaz de dejarlo todo por él, anteponiendo sus deseos a los suyos.

Descubrir que sobreviviría sin él, que aunque doliera, decidía vivir su propia vida, la devolvió la paz que había perdido, desde la noche en que mataron a Nell y él, regreso a su vida.

Era el momento de dejarle ir, pensó, dejándose vencer por el cansancio en un dulce sueño.

Anthony no sabría decir con exactitud cuanto tiempo se quedó allí, sentado en silencio, una vez ella se hubo marchado.

Qué le pasaba a esa mujer, se preguntó por enésima vez, sin llegar a comprenderlo, esperaba que lo abandonase todo, su trabajo, sus compromisos y se convertiría en un mantenido, a cambio de compartir su cama cuando le conviniera.

Ni siquiera le había ofrecido formar una vida juntos, tan solo esos momentos de placer tan efímeros.

Y lo peor es que ella esperaba que aceptara.

Donde quedaría su honor si lo hiciera, como podría volver a mirarse a la cara, se preguntó, tratando de entenderla, de encontrar algo, por pequeño que fuera, que los acercara un poco el uno al otro. Para que pudieran estar juntos, pero era incapaz de verlo si es que existía o si alguna vez, esa posibilidad existió entre ellos, pensó, abatido.

Era hora de dejarla ir y preparar su marcha hasta el invierno, en que regresaría a Ashford, para las fiestas, en la finca, con el resto de la familia.

Si todo salía bien, la próxima semana dejaría Londres y a Margot atrás, para centrarse en su labor en Wexton.

Con suerte, cuando regresara se habría olvidado de ella y estaría en disposición de buscar una buena esposa la próxima temporada.

Una mujer que no lo anulara y le permitiera ser su caballero andante, con quien compartir su vida.

Recogió su gabán de la entrada y abandono la casa, sin mirar atrás.

Era hora de acabar con aquella locura y recuperar su vida.

Capítulo 26

Por fin, había llegado el viernes por la noche, pensó, Margot, sentada frente a Dixón en el carruaje de alquiler en el que había llegado a recogerla.

Viéndole allí sentado, con sus ropas de calidad y su porte aristocrático, nadie diría que no era un caballero de alta alcurnia, en busca de otros placeres más privados.

Solo esperaba estar a la altura, como él.

Había elegido su atuendo con sumo cuidado, gracias a Dios, su fiel doncella, Mary, se abstuvo de hacer cualquier comentario, o no hubiera sido capaz de salir de casa.

Con aquel vestido, semitransparente, rosa pálido, que dejaba muy poco a la imaginación de quien la mirara, con un escote tan bajo, que la hacía sentir desnuda ante los ojos de los hombres.

Pero era necesario, para poder entrar en los salones, gracias a Dios, el resto de cortesanas, que acompañaban a sus benefactores esa noche, irían tan destocadas como ella o más y no se podía permitir el lujo de destacar, luciendo algo más puritano que ellas, por mucho que deseara hacerlo.

—Estáis muy hermosa, si se me permite decirlo, señorita Scott.

—Gracias, solo espero no destacar demasiado.

—Lo haréis, una cara nueva siempre llama la atención.

—Ay Dios.

—Tranquilizaos, todo estará bien y yo permaneceré a vuestro lado en todo momento.

—Eso espero, ojalá podamos descubrir a nuestro asesino esta misma noche.

—Eso es poco probable, tener en cuenta que Lord Henderson solo se sentara a la mesa con tres de ellos.

—Ya, no hace falta que me lo recordéis —se lamentó, Margot —, quedan otros seis posibles candidatos, pero quién nos dice que no

esté entre los primeros, en lugar de entre los últimos, a los que se enfrente.

—Nadie, tenéis razón, puede que todo acabe esta misma noche —concordó con ella, para tranquilizarla, no creyendo ni por un momento que eso pudiera ocurrir, basándose en su experiencia como investigador.

La solución nunca era la opción más fácil.

Incluso que ninguno de ellos diera muestras de reconocer la moneda, era más que posible, si se trataba de un hombre muy taimado, experto en ocultar sus emociones.

Eso los devolvería de nuevo a la casilla de salida, aunque esperaba que no ocurriera, ese caso se estaba complicando demasiado y tenía la sensación de que cada vez, se hundían más en arenas movedizas, con cada paso que daban.

Era demasiado complejo para ellos, le había asegurado Warren esa misma mañana, alertado por su famoso instinto como investigador, el cual le había obligado a unirse a ellos esa noche, con sus mejores hombres.

Algo que agradecía, con su ayuda todas las posibilidades estaban cubiertas y la señorita Scott estaría a salvo, en cualquier momento a lo largo de la velada.

—Bien, hemos llegado —anuncio, Dixón, incorporándose —. A partir de ahora la llamaré Annette como hemos acordado.

—Claro, Lord Maxwell —recordó, tomando una larga respiración para darse ánimos, antes de meterse en su papel de cortesana.

—Tranquila, solo tiene que mantener la máscara en su lugar, sonreír y no soltar mi brazo en ningún momento, pase lo que pase —la advirtió, temiendo uno de sus impulsos de independencia, tan característicos en ella, como había podido comprobar.

—Estoy lista.

—Pues que comience la función.

Margot se reunió con él en la acera, dispuesta a hacerlo lo mejor que pudiera, se jugaban mucho esa noche, además de atrapar a quien buscaban.

Anthony había estado dando vueltas por la sala, alargando en todo lo posible acomodarse en su mesa, esperando su llegada.

No había vuelto a verla desde aquella noche, no tenía sentido seguir cultivando su amistad y ese ardor perpetuo que se instalaba en sus venas, con solo tenerla cerca, si se negaba a ser su esposa.

Mejor mantenerse alejado, distraído con otras diversiones que la alejaran de su mente y ayudaran a olvidarla.

Pero esa noche no podía evitar estar nervioso por poder contemplarla de nuevo, aunque del brazo de otro hombre, algo que le irritaba sobre manera, pero a lo cual debería acostumbrarse, porque nunca sería suya.

Maldijo en silencio su mala suerte, por qué había tenido que entregar su corazón a aquella mujer, que no lo valoraba, entre todas las féminas que ese año abarrotaban Londres, en busca de un marido.

—Lord Henderson, debería ocupar su lugar —le pidió, uno de los encargados de supervisar el torneo —, estamos a punto de empezar.

—Gracias, ahora mismo voy —le contesto, encaminándose hacia su mesa, para acomodarse.

—Oh, llegamos tarde —se quejó, Margot, al ver que todas las partidas habían comenzado.

—No, tan solo es la primera mano —la aseguro, Dixón, guiándola entre las mesas, deteniéndose aquí y allá para observar el juego.

Margot le siguió el juego, haciendo algún comentario jocoso en cada una de ellas, mientras buscaba con la mirada a Anthony entre ellas, sin encontrarle.

Aquella dichosa máscara le impedía tener una visión más amplia del salón.

Ojalá, pudiera quitársela.

—Subamos al balcón desde donde podremos observar mejor.

—No sería mejor acercarnos a la mesa —pregunto, desconcertada por su decisión de alejarse.

—Llamaríamos demasiado la atención, y no deseamos eso —la aclaro, guiándola por las escaleras —, desde aquí les permitiremos concentrarse en la mesa y no en vuestra belleza.

Margot sintió como se ruborizaba por su cumplido.

Al señor Dixón le parecía hermosa y Anthony, qué opinaría él cuando la viera, se preguntó, nerviosa por su reacción.

Dixón la guio al balcón justo encima de la mesa que deseaban, tendiéndola una copa de Champán, antes de acomodarse como cualquier pareja de amantes a observar la partida.

Margot tuvo que darle la razón al final de la noche, desde allí habían podido observar, a la vez que pasaban desapercibidos, pensó, de nuevo en el carruaje que los llevaba a su casa, sin haber podido hablar con Anthony, ni acercarse a él en ningún momento, por miedo a destapar su juego y ponerlos a todos en peligro.

—La recogeré mañana a la misma hora, hasta entonces procure descansar —la aconsejo, Dixón, dejándola en la puerta de su casa.

—Lo haré, buenas noches —se despidió, antes de volverse y entrar, al vestíbulo, donde Villin ya la esperaba.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, puede retirarse, ya no necesitaré de sus servicios.

—Que descanse.

Margot entró en su solitaria habitación, parecía que Mary había seguido su consejo y no la había esperado despierta.

Mejor, no deseaba causar ningún trastorno por sus horas intempestivas, pensó, tomando su camisón, de fino lino, de los pies de la cama, donde se lo había dejado preparado antes de retirarse.

No tardaría en amanecer, pensó, apoyando la cabeza sobre la blanca almohada antes de caer dormida.

Capítulo 27

Tal y como esperaba, no habían podido dar con el asesino la noche anterior, pensó, Anthony, dirigiéndose de nuevo a la mesa donde le esperaban.

Al menos, en esta ocasión, había podido ver llegar a su bella Dama, del brazo de Dixón, quien se había metido en su papel a las mil maravillas, pero no había podido acercarse a ellos.

—Señores —les saludo, ocupando su lugar en la mesa, instantes antes de que diera comienzo la partida.

La noche iba pasando y las manos se sucedían, aunque no era un gran jugador, aún tenía posibilidades de pasar a las semifinales, todo dependía de su puntuación en el día de mañana, donde se acababan los tanteos y comenzaban las eliminatorias.

La verdad es que no le ilusionaba especialmente pasar a la siguiente ronda, quizás por eso su suerte había mejorado y las cartas le sonreían por una vez en su vida, pensó, mirando de soslayo el reloj sobre la chimenea.

Había llegado el momento, se dijo, haciendo su apuesta.

—¿Qué se supone que es eso, Henderson? —dijo, Redford, señalando la moneda que había dejado caer, junto a las otras, sobre la mesa.

—Oh, perdón —se disculpó, tomándola y volviendo a guardarla en el bolsillo de su chaleco —, solo es una moneda antigua que llevo como amuleto —les explico —. Ustedes no han traído ningún objeto para que les diera suerte —les pregunto, dando un sorbo a su copa de brandy, mientras los observaba, uno a uno.

—Eso es cosa de niños —replico, Webbs, continuando la jugada.

Anthony se fijó un poco más en el tercer jugador, quien parecía estar más pálido de lo habitual, pero, con diferencia, el que mejor escondía sus emociones tras su bien, elaborada mascara y era capaz de fingir sin ningún pudor.

Bien lo sabía, Lady Chapman, quien se había tenido que enfrentar a él, tanto en privado como en público, lo difícil que era pillarle en un traspié, fuera de la cortesía que mostraba en sociedad.

La tarea de desenmascararle y hacerle pagar por lo que le hizo a Lady Chapman, era aún un asunto pendiente en el que Ashford y Chapman seguían trabajando, ambos armados con una paciencia infinita, esperando su oportunidad, la cual, sin ninguna duda, tarde o temprano, llegaría, estaba seguro de ello.

—Lo habéis visto —susurro, Margot, aun sin poder creer quién de los tres jugadores había reaccionado, por una milésima de segundo, a la vista de la moneda.

—Parece que ya tenemos lo que buscábamos —murmuro, Dixón, muy cerca de su oído, asegurándose de que nadie los escuchara —. Aunque deberemos asegurarnos muy bien antes de acusarle —la advirtió, sintiendo su mirada asesina sobre él —. Ha sido apenas perceptible, por lo que podríamos haberlo malinterpretado.

—No, es él, estoy segura —afirmo, categórica, negándose a darle el beneficio de la duda.

A él, no, llevaban tres largos años, intentando hacerle pagar por sus pecados y ahora por fin pagaría por todos ellos, pensó, dejando ver una sonrisa diabólica en sus labios.

Su tiempo en la alta sociedad había terminado, ya no dañaría a nadie más con su doble rasero de medir, ni su hipocresía.

—Centrémonos, sigamos observando cualquier otra actitud que le delate —la aconsejo, Dixón, preocupado por su silencio.

—Está bien, como deseéis, pero yo no necesito nada más para saberlo.

Dixón, soltó despacio la respiración que no sabía, estaba reteniendo y volvió a concentrarse en el trabajo.

Gracias a Dios, la señorita Scott, parecía haberse calmado, porque él, tan solo un humilde mortal, no sabría como detener sus impulsos descabellados, y cualquier tipo de precipitación, daría al traste con el caso, deberían ir con pies de plomo a partir de ahora, si querían llevarle ante la justicia.

No debían olvidar que era un Lord, de buena familia, además de Conde desde hacía menos de un año.

Y aunque de todos será sabido su enemistad con la familia Ashford y Chapman, dos pilares consolidados de la sociedad.

Tenía sus propios aliados entre la nobleza y el dinero suficiente como para comprar a cualquier magistrado, otra cosa a tener en cuenta, pensó, tendrían que elegir muy bien a quien le asignaban el asesinato, si querían que se impartiera justicia y recibiera su merecido castigo.

La partida había terminado y los caballeros se pusieron en pie, deseosos de estirar las piernas, tras tanto tiempo sentados.

—La acompañaré al salón de aseo de las damas —dijo, Dixón, viendo como su presa se escabullía entre los asistentes.

—Pero no …

—Vamos —la ordeno, tendiéndola el brazo.

La llevo hasta allí y se aseguró de que dos de sus hombres rondaran cerca, antes de bajar al piso inferior, en busca de Warren, a quien le susurro su nombre, antes de volver a subir a por la señorita Scott.

Era hora de retirarse, la noche había acabado para ellos.

Warren y sus hombres se ocuparían del resto, hasta el día siguiente, en que se pudieran reunir y acordar el siguiente paso.

—Buenas noches, señorita Scott, nos veremos mañana a la hora de siempre y decidiremos que hacer.

—¿Está seguro que estará vigilado en todo momento?

—Warren se está ocupando de ello —la dijo por enésima vez.

—Está bien, nos veremos mañana, que descanse —se despidió, girándose hacia la puerta de su casa.

El sonido de los cascos de un caballo al galope que se dirigía hacia ellos, hizo que se volviera de nuevo, a tiempo de ver llegar a un jinete que saltaba de su montura a su lado.

—Señor Dixón, creemos que ha secuestrado a Lord Henderson, el señor Warren le ruega que se reúna con él en los muelles, cuanto antes, con todos los hombres que pueda reunir.

—Anthony … —murmuro, Margot, sintiendo como se ahogaba, teniendo que sujetarse con fuerza a la barandilla, dejándose caer en el escalón.

Las piernas apenas la sujetaban, no podía respirar, ese hombre mataría a Anthony sin ningún escrúpulo, si es que ya no estaba muerto.

—Villin, ayude a la señorita Scott a entrar en la casa y asegúrese de que sea atendida —ordeno, Dixón, tomándola por los brazos para ponerla en pie.

Sentir su contacto sobre su piel desnuda la hizo reaccionar.

No iban a dejarla allí, como a una muñeca desvalida, podía ayudar a encontrar a Anthony, sabía que podía hacerlo y lo haría.

—¡No! —grito, soltándose de su agarre —, vaya a los muelles con Warren —le ordeno —. Yo iré a por Ashford y nos veremos allí —le dijo, entrando en el carruaje, urgiéndolo a ponerse en marcha.

—Maldita mujer, si algo la llega a suceder estaremos todos muertos —mascullo, Dixón, viendo como el carruaje se alejaba, a toda velocidad, calle abajo.

—Y si no recuperamos a Lord Henderson, cuanto antes, también —señalo, Villin, saliendo de la casa y cerrando tras él —. Hay unos establos cerca de aquí —les informo, poniéndose en marcha esperando que los demás le siguieran.

—Yo me adelantaré —dijo, Dixón, tomando el caballo en el que había llegado el lacayo a informarles —. Ir a por refuerzos, nos vemos en los muelles.

—Sí, señor.

Y partió a toda velocidad, solo esperaba que lo encontraran a tiempo.

Capítulo 28

Margot, salto del carruaje antes de que se detuviera y corrió hacia la puerta.

—Tengo que ver a Ashford, ahora.

—Lo siento, señorita Scott, pero su excelencia hace tiempo que se ha retirado.

—Me importa una mierda —grito, pasando ante el sorprendido mayordomo, a quien no tenía ninguna duda había arrancado de un profundo sueño, viéndolo llegar al vestíbulo —. Vaya inmediatamente a buscar al Duque —le ordeno —. Déjelo, yo misma subiré en su búsqueda —dijo, corriendo hacia las escaleras.

—Margot, que maneras son esas de hablar a mi personal —la regaño, Ashford, apareciendo en lo alto de la escalera, abrochándose la bata —, discúlpate inmediatamente.

—Lo haré, mañana o pasado, pero ahora no hay tiempo. Han secuestrado a Anthony, van a matarlo —grito, desaforada, con lágrimas en los ojos —. Tenemos que encontrarlo, tenemos que encontrarlo, antes de que sea demasiado tarde.

—Por Dios, ven aquí y cuéntanoslo todo —la pidió, Penny, quien se había unido a ellos en silencio —. Vayan a buscar a Lord Chapman, pídanle que venga aquí enseguida.

—No, a los muelles, que vaya a los muelles y lleve a todos los lacayos que pueda reunir —la contradijo, Margot.

—Ya la han oído y que todo el personal de la casa se prepare para partir —les ordeno, Ashford, reaccionando por fin.

—Vamos —murmuro, Penny, tomándola por los hombros, guiándola hacia el dormitorio.

Ashford fue tras ellas en silencio, gracias a Dios, esas mujeres habían tomado el control de la situación, pensó, aún aturdido por la impresión.

Necesitaban actuar deprisa, se regañó, recuperando por completo el control de sus emociones.

—¿Cuéntanos que ha pasado? —la pidió, entrando en su vestidor, dejando la puerta entreabierta, para poder oírla mientras se preparaba.

—No lo sé, el torneo ya había terminado, toda había salido bien y el señor Dixón me llevo a casa —balbuceo sin dejar de temblar por el miedo —. De repente, uno de los guardias llego al galope diciendo que le habían secuestrado, ellos fueron a los muelles a reunirse con Warren y yo vine aquí.

—Has hecho lo que debías —la aseguro, Penny, tendiéndola una copa de licor.

—¿En qué demonios os habéis metido vosotros dos? —grito, Ashford, enfadado, desde el vestidor.

—Solo intentábamos llevar a un asesino ante la justicia —le replico en el mismo tono de enfado.

—¡¿Qué?! —exclamaron ambos al unísono.

—No hay tiempo, es una historia demasiado larga, prometo contárosla después con todo lujo de detalles.

—Por supuesto que lo harás —la amenazo, Ashford, son su típica voz fría como el acero.

—Por qué piensas que lo mataran —quiso saber, Penny, intentando darle un poco de sentido a todo aquello.

—Porque lo harán, él no tiene lo que buscan.

—¿Qué es? —pregunto, Ashford, regresando al dormitorio, completamente vestido, listo para partir.

—Esto —afirmo, abriendo la mano, mostrándoles la moneda —, él nunca les dirá que está en mi poder.

—Madre de Dios, ¿de dónde la has sacado? —la pregunto, Ashford, lanzándose a por ella, para examinarla mejor a la luz de la vela.

—¿La reconoces? —le pregunto, sorprendida.

Ashford se limitó a taladrarla con la mirada exigiendo una respuesta.

—Ya te lo he dicho es largo de contar.

—Por el amor de Dios, nadie mata por …

—Nada, una simple bagatela, sin ningún valor —acabo, Ashford, por ella advirtiéndola de que guardase silencio.

Penny le miro confundida, no entendía nada de lo que estaba pasando, pero si algo había aprendido de su marido, en esos casi cuatro años de matrimonio, era a seguir sus instrucciones, al pie de la letra, cuando la miraba de esa manera, advirtiéndola de lo que no debía hacer, y no tenía ningún problema en obedecerle.

Ya la explicaría más tarde el porqué, en el supuesto de que pudiera hacerlo, y en este caso, su intuición le decía que no podría satisfacer su curiosidad sin ponerla en peligro, algo que nunca haría.

—Vámonos.

Margot apuró de un trago el licor de su copa y fue tras él.

—Aten mi caballo al carruaje —ordeno, ayudándola a subir —. A los muelles, tan rápido como pueda —ordeno al cochero, subiendo tras ella.

Margot se acurrucó en un rincón, como una niña pequeña, abrazándose las piernas, tratando de dejar de temblar.

Tenía tanto miedo, si algo le ocurría a Anthony, no podría perdonárselo en la vida.

Ella le había metido en todo aquello, debería ser a ella a quien arrancasen la vida, aquellos rufianes que le apresaban.

—Llegaremos a tiempo, le encontraremos.

—Ojalá, estés en lo cierto.

Ashford la miro preocupado, tenía mil preguntas que hacerle, pero aquel no era el lugar adecuado para hablar de un tema tan delicado y que pondría en peligro sus propias vidas, junto a las de sus familias, si algún oído indiscreto los escuchaba.

Por lo que tuvo que armarse de paciencia.

Ya obtendría las respuestas que buscaba, ahora tenía que concentrarse en encontrar a Anthony cuanto antes, liberarle de las garras de aquellos asesinos sin escrúpulos a los que llevaba años persiguiendo sin éxito.

Capítulo 29

Ashford salto del carruaje según se detuvo.

Margot no se había movido en todo el viaje, ni había pronunciado una sola palabra.

Estaba preocupado, todo esto parecía estar afectándola demasiado, pensó, echando un vistazo atrás para comprobar que seguía igual.

Ahora no tenía tiempo para reconfortarla y hacerla sentir mejor, se dijo, girándose, al tiempo de ver llegar a Chapman, con un buen puñado de hombres.

—¿Qué ha pasado?

—No sé más que tú, creedme.

—Pero al menos sabemos a qué nos enfrentamos, ¿no? —insistió, buscando algo de información.

—La Orden —le susurro directamente en su oído.

Chapman sintió el frío recorrerle las entrañas al oírle, completamente paralizado, rígido, sin poder reaccionar.

—Aquí, no —le advirtió, Ashford, en un murmullo apenas audible —. Encontremos a Anthony —le pidió, echando a andar hacia Warren y Dixón que se dirigían hacia ellos, desde el otro extremo de la calle.

—Contadme —les exigió al alcanzarlos.

—No sabemos demasiado, Lord Webbs, vio como arrastraban a Henderson y lo metían contra su voluntad en un carruaje, que partió en esta dirección —les informo, Warren, tomando la palabra —. Creemos que los Sullivan están detrás del secuestro, contratados por Lord …

—No mencionaremos su nombre por el momento, ya que no existen pruebas que lo relacionen directamente —le corto, Ashford, antes de que pudiera terminar la frase.

—Como desee, excelencia, pero si tenemos suficientes pruebas para afirmarlo —replico, Dixón, sabiéndose mejor conocedor del

caso, al fin y al cabo, él era el investigador contratado y no Warren, hasta donde él sabía, ni Lord Ashford, ni Lord Chapman, sabían nada, de eso, hasta esa misma noche, la señorita Scott, había insistido mucho en ocultárselo.

—Ya hablaremos más tarde y todo será aclarado, señor Dixón, por ahora harán lo que les pido, sin rechistar.

—Pónganos al día de la búsqueda, señor Dixón —intervino, Chapman, temiendo un altercado entre ellos.

—Casi hemos terminado de registrar los almacenes, sin éxito, apenas nos quedan un puñado de ellos al noreste.

—Continúen y todo el que sea prescindible que regrese para ser reasignado.

—Enseguida, excelencia.

—Warren envía a tus hombres a recorrer las tabernas de aquí al Soho, incluido Covent Garden —le pidió, Chapman —, queremos saber cualquier movimiento de los hombres de Sullivan, en la noche, que hayan visto.

—Sí, milord.

—No está aquí, sería demasiado obvio para cualquiera y el primer lugar que registrarían —comento, Margot, pasando ante ellos y tomando un farol de uno de los lacayos —. Si yo quisiera ocultarme y estando en los muelles, no me quedaría en tierra, donde sería fácil que me encontraran.

Margot sintió como los cuatro se giraban hacia ella, sorprendidos, ahora disponía de toda su atención.

—Ha estado lloviendo casi todo el día, hasta hace un par de horas —les informo, inclinándose cada, pocos metros, para ver mejor —. Si algún barco ha zarpado recientemente, el bolardo donde estarían los cabos de amarre estará seco, ya que estos habrían absorbido el agua de la lluvia en su lugar.

—Bien, visto.

—Que algunos hombres empiecen a revisarlos hacia arriba — ordeno, Chapman a voz en grito.

—Si estoy en lo cierto necesitaremos al señor Harris y una buena bolsa de monedas para que hable —continuo, hablando sin detenerse —, a estas horas estará en la taberna "El Ancla",

disfrutando de una buena jarra de cerveza, tras su jornada de trabajo.

—Ir a buscarlo —ordeno, Warren, a dos de sus hombres.

—Asegúrense de traer el libro de registro con él —les pidió, Margot, elevando el tono para que la oyeran.

—¿Cómo sabe todo eso, señorita Scott? —pregunto, Dixón, sorprendido, aunque ya nada debería sorprenderle de esa mujer.

—Se crio aquí, esa era la naviera de su padre —le aclaro, Ashford, señalando el edificio de dos plantas, semi oculto en la noche.

—Aquí está, el barco que estuviera aquí anclado durante el día de hoy, ha zarpado hace poco.

—Maldita sea, necesitamos un barco para ir tras ellos hacia el mar —se lamentó, Ashford, viendo como se complicaban las cosas por momentos.

—Seguirlos a mar abierto reduce nuestras posibilidades de encontrar a Anthony con vida —se quejó, Chapman, comenzando a perder la esperanza.

—La noche no es propicia para zarpar hacia el mar, con la marea baja y sin apenas luna, encallarían. También se puede navegar río arriba.

—Bien visto, señorita Scott, veo que no ha olvidado todo lo que su padre la enseño.

—Buenas noches, señor Harris, siento haber interrumpido su agradable velada, pero necesitamos su ayuda.

—Si me hubieran dicho que era usted quien me buscaba, hubiera venido encantado, mi deuda con su familia nunca podrá ser pagada.

—Gracias, señor Harris, qué puede decirme de la embarcación que estaba aquí amarrada —le pregunto, extendiendo la mano hacia Ashford, pidiéndole en silencio, la bolsa de monedas de la que habían hablado.

—Es un barco de recreo, para pasear por el Támesis, pero nada apropiado para alta mar —les respondió, consultando el registro.

Margot sacó una moneda de la bolsa y la dejo caer sobre su mano.

—Es propiedad del Marqués de Webbs y debería continuar amarrado, ya que su capitán aún estaba en la taberna cuando he salido —les aseguro, confundido, por ello.

—Vayan a buscarlo —grito, Ashford, a nadie en particular.

—¡No! —le contradijo, Margot, tomando otra moneda —. Y ese capitán no habrá comentado por un casual para qué usa Lord Webbs la embarcación.

—Para dar paseos y lucirse ante la nobleza, como todos —la respondió, tomando otra moneda —, aunque ahora que recuerdo, suele quejarse de que casi siempre, es solo para cruzar desde el embarcadero de una propiedad, cercana, a los jardines de Vauxhall —comento, rascándose la perilla.

Margot tomó otra moneda, en esta ocasión de oro y la mostró ante sus ojos.

—Aunque en alguna ocasión llegaron hasta el condado de Hatfield, remontando el río, hasta una vieja edificación, tenebrosa, semioculta por la vegetación, tras un recodo del río, adentrándose por una bifurcación.

—Gracias, señor Harris, ha sido usted de mucha ayuda —hizo ademán de darle la moneda —, ahora si pudiera decirnos alguna otra embarcación similar que pudiéramos tomar, sin llamar la atención, le estaría aún más agradecida.

—La de su padre, sigue anclada al final del muelle donde él la dejó. Supongo que aún recordara como manejarla.

—Sí, gracias de nuevo —dijo, Margot, tomando otra moneda de oro y depositándola en su mano —. Esta conversación nunca ha tenido lugar, ni yo he estado aquí.

—Llevo sin vela años —concordó con ella, haciendo una leve reverencia, antes de volver a dirigirse a la taberna.

—¿Confías en que guarde silencio? —la pregunto, Chapman.

—No lo sé, pero para cuando empiece a hablar, ya nos habremos marchado —le respondió, echando a andar hacia el barco —, solo hay sitio para ocho personas, por lo que los demás tendrán que ir por tierra al otro lado del río.

—Bien, no sabemos con exactitud cuál es la casa que buscamos —señalo, Ashford, por lo que tendremos que examinarlas, una a

una, en busca de cualquier movimiento.

—El señor Dixón y seis lacayos armados me acompañarán —anuncio, Margot, deteniéndose ante la vieja embarcación, olvidada, de su padre —nosotros haremos lo mismo por el río en busca del barco desaparecido.

—Cuando la encontréis, no vayáis directamente hacia ella, buscar un lugar cercano donde desembarcar y reuniros con nosotros —la pidió, Chapman.

—Juntos somos más fuertes y tenemos más posibilidades de rescatarle sin que sufra un mayor daño —la explico, Ashford, conocedor de su cabezonería.

—Está bien, lo haremos a vuestra manera. Buena suerte —les deseo subiendo a la embarcación.

—Aunque cada vez es menos probable, continúen peinando los almacenes que quedan, mientras regresan los hombres de las tabernas —le pidió, Ashford, al señor Warren.

—Después reúnase con nosotros —le ordeno, Chapman —. Ya sabe donde encontrarnos.

—Así lo haré, milord.

Fue todo lo que dijo antes de que todos regresaran junto a los caballos y partieran al galope.

Capítulo 30

Tal y como había dicho el señor Harris, no tardaron en encontrar la embarcación que buscaban, a pocos metros, río arriba, de la entrada de Vauxhall.

Cruzaron ante ella con el mayor de los sigilos, antes de desembarcar más adelante, para reunirse con el resto.

—La hemos encontrado, es la segunda casa más abajo —anuncio, Margot, llegando junto a Ashford, quien les había visto llegar.

—Hay lo que parece ser un cobertizo, a la izquierda del embarcadero, donde se pueden ver luces, a pesar de lo tarde que es —le informo, Dixón, llegando junto a él.

—Bien hecho —les alabo, Chapman, uniéndose a ellos —. Ahora ya sabemos por donde empezar a buscar.

—Pues vamos, ¿a qué demonios estamos esperando? Anthony ya podría estar muerto —les pregunto, volviéndose hacia los lacayos que esperaban, tras ellos, instrucciones.

Ashford levanto la pistola y golpeo su cabeza con la culata, al tiempo que se preparaba para sostener su cuerpo inerte.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Se te ocurre una idea mejor, y más rápido, para detenerla?

—La verdad es que no —confeso, Chapman, tomándola de los tobillos —, subámosla al carruaje.

—Señor Dixón, usted y cuatro lacayos se quedarán custodiando el carruaje —ordeno, Ashford, a un sorprendido señor Dixón, quien no parecía salir de su asombro —, no creo que se despierte antes de nuestro regreso, pero en el caso de que lo haga, no deben permitir, bajo ningún concepto que abandone el carruaje —le advirtió, saliendo de nuevo, al tiempo que Chapman salía por la otra puerta —. ¿Está claro?

—Sí, excelencia —consiguió, balbucear, tratando de sobreponerse a la impresión.

—Esperen, aquí, no tardaremos —les ordeno, Chapman, pasando ante ellos para reunirse con los demás, que comenzaban a dispersarse en la noche, con el fin de abarcar todos los flancos.

Dixón los vio marchar en silencio, lanzando una plegaría al viento, pidiendo que llegaran a tiempo.

Como media hora después, regresaban, sujetando a un Lord Henderson malherido, pero vivo.

Dixón, se volvió hacia el carruaje, abriendo la puerta para que pudieran entrar.

Gracias a Dios, la señorita Scott, no había recobrado la conciencia.

—A Ashford Hall —ordeno, Chapman al cochero tras ellos.

—No a Kensington —balbuceo, Anthony, desde el interior.

—Es la mejor opción, milord —se atrevió Dixón, a decir, adivinando las intenciones de Lord Henderson.

—Está bien a Kensington —ordeno, Ashford, entrando tras ellos.

Dixón observo como se ponían en marcha y fue hacia su caballo para seguirles, junto con Warren, que le observaba expectante, pidiendo una explicación en silencio.

—Lo entenderéis cuando lleguemos.

—Eso espero.

Fue todo lo que dijeron antes de colocarse a ambos flancos del carruaje para escoltarle.

—Por el amor de Dios, qué la habéis hecho —grito, Anthony, al ver a Margot tirada en el suelo del carruaje amordazada.

—Lo que había que hacer para evitar que entrara ahí, como una valkiria furiosa e hiciera que nos mataran a todos —dijo, Ashford, sin ningún tipo de remordimiento en la voz.

—Parece que ya vuelve en sí —les hizo saber, Chapman, sintiendo como los tres se preparaban para enfrentar su ira.

Ashford se inclinó sobre ella, para desatarla las manos y quitarla la mordaza, al tiempo que recuperaba sus pañuelos de cuello.

—Mi cabeza … —se quejó, nada abrir los ojos, tocando con cuidado el lugar donde más la dolía, notando una especie de chichón entre los dedos —. ¿Qué ha pasado? —balbuceo aún confundida.

—Nada, parece que te golpeaste con el carruaje en la cabeza.

—No recuerdo nada de eso —les dijo, intentando recordar —. ¡Anthony!, tenemos que ir a buscarlo —grito, desaforada, presa del pánico.

—Estoy aquí —consiguió murmurar el aludido a pesar del dolor en el pecho.

—¡Dios mío! —exclamo, incorporándose y viéndole por primera vez —. ¡Está herido! —grito, a pleno pulmón, saltando sobre él, atrapando su cabeza para acunarla contra su pecho —. Necesita un médico.

—Tranqui…

—Qué demonios estáis haciendo ahí sentados como pasmarotes sin ir a buscar al médico —les regaño volviéndose hacia ellos —. Es que no veis que se está muriendo.

—Relájate, solo son unos cuantos golpes, le examinara el médico, más en profundidad, en cuanto lleguemos.

—Claro, como no es a vuestra excelencia a quien le han dado una paliza de muerte, tiene que estar sufriendo.

—Uf.

—Estoy bien —la aseguro, no creyendo que le escuchara —, prepárate, tú te bajas aquí, Dixón te llevara a casa como planeamos.

—Ni lo sueñes, no pienso ir a ningún lado.

—Estaré al lado, solo tienes que esperar que vaya a buscarte, cuando todo esté despejado —trato de tranquilizarla —. Es importante mantener el plan o se nos escapará entre los dedos, ahora que sabemos quién es.

—Está bien —claudico, reconociendo que tenía razón —, pero ni un segundo más.

—Lo prometo.

Aunque no parecía convencida, Anthony, vio como se preparaba para bajar del carruaje cuando este se detuvo.

—Esperaremos aquí unos minutos antes de continuar —les dijo, a sus dos compañeros de viaje que le miraban en silencio.

Solo esperaba que el médico le diera algo para el dolor y pronto, pensó, recostándose, de nuevo, en el respaldo de su asiento.

Media hora después, Anthony, era ayudado de nuevo, por dos lacayos, a bajar las escaleras, para acomodarse en la sala donde

todos esperaban.

A pesar del dolor, se negó a tomar una dosis más fuerte de láudano, tal y como el médico le recomendaba, quería estar despierto mientras charlaban.

—Margot, espera tras la puerta debajo de la escalera —dijo, a nadie en particular, una vez el médico y los lacayos, salieron de la casa a petición suya.

Tan solo, Ashford, Chapman, Warren y Dixón, seguían allí, acomodados alrededor de la mesa.

Chapman se levantó despacio y fue en busca de Margot.

—¿Que ha dicho el médico?, ¿es grave? —pregunto, pasando ante él en su búsqueda, hacia el piso superior.

—En la sala de atrás.

—Por el amor de Dios, a quien se le ocurre —protesto, dándose la vuelta —. Debería estar en la cama recuperándose.

—Estoy bien.

—Y una mierda, maldito ego masculino, deberías estar arriba —insistió, llegando hasta él, dejándose caer en el suelo para poder verle mejor —¿qué ha dicho el médico?

—Un par de costillas rotas, como en un mes todo estará olvidado.

—Si te cuidas, si no se agravara —le advirtió, acariciando su mejilla con cariño.

—Ya está bien —dijo, Ashford, con tono autoritario —. Es hora de que respondáis a algunas preguntas.

—Y vosotros a las nuestras —le replico desafiante.

—Te advierto que ninguno de vosotros estáis en disposición de exigir nada de nada.

—Ni nosotros obligados a responder ante ti —le desafío.

—Margot … Margot —la interrumpió, Anthony, tratando de aplacarla —. Tenemos un trato, dejar fuera al Duque mientras las cosas no se complicarán, pero ha ocurrido, esto sobre pasa nuestra capacidad para gestionarlo solos. Es hora de unir fuerzas y hablar con él.

—Señorita Scott, usted misma fue a buscarlo —intervino, Dixón, partidario de acabar de una vez con tanto secreto —. Le

necesitamos.

Margot paseó la mirada entre ambos, antes de responder.

—Está bien, no soy tan estúpida como para no darme cuenta de eso. Solo espero que lo entienda.

—Lo hará —afirmo, Anthony, tomando su mano con cariño, para infundirla el valor que parecía haberla abandonado.

Margot tomó una respiración profunda y se volvió hacia los demás, que esperaban pacientemente, algo no muy normal en ninguno de ellos, a que hablara.

—Antes de nada, quiero dejar claro que fui yo quien se negó a acudir a ti, para que nos ayudaras y les hice prometer que lo mantendrían en secreto, todo el tiempo que pudiéramos valernos por nosotros mismos —le confesó, tanto a Chapman como a Ashford —. Si tienes que castigar a alguien por ello, que sea a mí, soy la única responsable de su silencio.

—Ya hablaremos de eso.

—Vale, todo claro por ese lado, ahora si sois tan amables de decirnos en que estabais metidos vosotros tres y como hemos llegado a esto, os lo agradeceríamos —intervino, Chapman, cansado de tanta palabrería que no los llevaba a ningún sitio en concreto.

—Tratábamos de resolver un caso de asesinato.

—Y hemos desenmascarado al asesino —dijo, Anthony, con apenas un hilo de voz.

—Ahora solo queda ver cuál es la mejor manera de llevarlo ante la justicia —dijo, Dixón, aún preocupado por ello.

—Es un miembro de la nobleza, no será fácil hacerle pagar por su crimen —añadió, Warren, pensativo.

—Y menos si tenemos en cuenta que la víctima era una prostituta a quien visitaba —añadió, Anthony, dándose cuenta del problema al que ahora se enfrentaban.

—Llegará el momento en que rinda cuentas por ello, os lo prometo, pero no será ahora.

Margot se erizó al oírle, habían trabajado mucho para desenmascararle, Anthony había estado a punto de morir en manos de esa banda de desalmados que había enviado tras él.

No estaba dispuesta a dejarlo pasar sin más, pensó, prometiéndose a sí misma actuar por su cuenta si ellos se negaban a hacerlo.

—Hay muchas maneras de hacer pagar a un hombre por sus pecados y no todas pasan por la magistratura —añadió, Chapman, notando el enfado de Margot.

Él también tenía cuentas pendientes con su cuñado, que estaba deseando saldar, pero si Ashford pensaba que debían esperar, tendría un buen motivo para hacerlo y él confiaba en él.

—Puedes empezar —la invito, Ashford, autoritario.

Margot se dio cuenta que habían acabado con su paciencia, al oír su tono, era hora de contárselo todo y que Dios los ayudara a enfrentarse a su cólera por habérselo ocultado.

Como jefe de familia, esta era una de las cosas que más le enfurecían.

Tomo una larga respiración y comenzó a hacerlo, reviviendo en su mente aquella noche, con todo lujo de detalles.

Muchos de ellos, hasta Dixón desconocía.

Capítulo 31

—Así que todo esto ha sido por el asesinato, declarado muerte natural por apoplejía, de una prostituta, que podía haber sido causado por cualquiera de sus clientes, si se sentía insatisfecho con sus servicios.

Margot se volvió hacia Warren dispuesta a replicarle, como se merecía, pero lo pensó mejor, al fin y al cabo, tanto Dixón, al igual que Anthony, pensaban como él y se lo habían dicho en múltiples ocasiones.

No tenía sentido seguir insistiendo en que era algo más que una prostituta, y merecía que su asesinato fuera investigado como el de cualquier otra persona.

—¿Y cómo llego esto a tu poder? —la pregunto, Ashford, quien había estado muy pendiente de sus palabras.

Sacando la moneda del bolsillo de su chaleco y depositándola en el centro de la mesa para que todos la vieran.

—Por todos los santos es … —salto, Chapman, de su asiento para poder verla mejor.

—Es su turno, no el nuestro —le advirtió, Ashford, para que se callara, a la vez que clavaba la mirada en Warren, avisándole.

—La tenía Nell en su mano cuando la encontré.

—Ni siquiera nos dijo que la tenía, pero resulto ser la clave para resolver el caso —añadió, Dixón, confundido, al ver su reacción ante la moneda.

—Al principio no la di importancia, pero sentía curiosidad, así que fui a la biblioteca del Club de los Eruditos, allí me encontré con Lord Dartford que me hablo de ella y me convenció para ir a un tasador para verificar su autoría. El cual murió, al instante, tras morderla. De una apoplejía, dijeron los magistrados que llevaron el caso.

—Así que estamos hablando de dos muertos —intervino, Warren, rascándose la barbilla, pensativo —. Eso lo cambia todo.

—Y pudo haber muchos más, incluida Margot quien se expuso a ella en numerosas ocasiones, aunque gracias a Dios, siempre llevaba los guantes puestos —añadió, Anthony, haciendo que todos se volvieran hacia él, intrigados —, si no llega a ser por Lord Dartford, que sospecho que podía estar envenenada, todos hubiéramos corrido la misma suerte.

—Explícate —le exigió, Chapman.

—Fue muy extraño como el tasador cayó fulminado sobre su mesa, no parecía una apoplejía y eso le hizo sospechar, por lo que fuimos a un boticario experto en venenos para comprobarlo —dijo, Margot, levantándose y yendo hacia la chimenea, para coger la caja de cigarros que allí estaba.

—Yo no supe nada de la moneda hasta después de su visita —puntualizo, Anthony.

—No lo considere importante, al fin y al cabo, solo era una moneda, en manos de una prostituta.

—No confiaste en mí y me lo ocultaste, adrede.

—Creía que eso ya lo habíamos aclarado.

—Basta —ordeno, Ashford, mirando la caja de madera, finamente labrada, expectante —. Continúa —le exigió.

—Efectivamente, estaba envenenada con esto —les explico, extrayendo un pequeño bote de cristal de su interior —. Un veneno muy potente que entra en el cuerpo a través de la piel y no deja ningún rastro, confundiéndose su muerte con una simple apoplejía —continuo, sacando el informe detallado que el boticario les dio.

Chapman tomo el informe y comenzó a hojearlo.

—Aquí pone que la moneda en realidad no fue envenenada, sino que estuvo en contacto con otro objeto que sí lo estaba, pero no se especifica cual.

—Y que el veneno se disuelve con el agua, además de que hay muy pocos alquimistas en Inglaterra capaces de fabricarlo —añadió, Ashford, leyendo sobre su hombro.

—Tan solo seis, que él supiera —les confirmo, Margot, sacando la lista con los nombres que el boticario les había facilitado.

—Así que tenemos por ahí, un objeto indeterminado, envenenado, que puede seguir matando a quien lo toque.

—Sí, aunque no tenemos ni idea de cuál puede ser —le confirmo, Dixón a Warren.

—Yo sí lo sé.

—¡Más secretos! —estallo, Anthony, tratando de levantarse furioso —me prometiste que no volverías a ocultarme nada.

—Y no lo he hecho —le respondió, volviéndose hacia él, enfadada, por acusarla de tal manera —. Acabo de darme cuenta de ello y solo es una sospecha, que tendríamos que comprobar, puede que no esté en lo cierto y sea tan solo una tontería.

—Explícate —la exigió, dispuesto a darla una oportunidad.

—Verás, me encontré con Lord Preston hace unos días en New Bond, entonces no sabíamos que era el hombre que buscábamos —le recordó —. Le vi dar media guinea a un vagabundo lisiado, posiblemente uno de los muchos soldados que regresaron a casa, tras luchar contra Napoleón en España, y en lugar de encontrar la gloría que se merecían, se vieron apocados a pedir limosna para subsistir —reflexiono en voz alta, preocupada, por todos esos pobres que todos los días atestaban las calles de Londres.

—Es un problema que nos estallara en la cara, si el parlamento no hace nada para remediarlo. —comento, Dixón.

—Se está trabajando en ello, aunque ninguna de las soluciones propuestas, hasta ahora acabaría con el problema, pero al menos disminuiría su impacto en la sociedad, si fueran aprobadas, claro —respondió, Chapman, con verdadero pesar en la voz.

—Pero eso no tiene ninguna relevancia, muchos dejamos caer algunas monedas en los platillos de los veteranos —dijo, Ashford, sin ver a que se refería.

—Incluida yo, lo hago con regularidad.

—Pero en este caso, algo llamo su atención, ¿verdad?, señorita Scott —afirmo, Warren, esperando que así fuera.

—Así es, aunque como dije antes, no le di importancia hasta ahora.

—Y vas a contárnoslo de una vez o tendremos que adivinarlo —replico, Anthony, con ironía, sintiendo cada vez los parpados más pesados.

—Lo primero que me llamo la atención fue que la moneda, la sacó de una caja de nácar, en poco más grande que las que suele llevar, cualquier caballero, con rapé, en lugar de una bolsa de cuero como todo el mundo.

—Cada uno tiene sus manías.

—Exacto, Chapman, por eso no sospeche nada —concordó con él —. Segundo tomo la moneda con un fino e inmaculado pañuelo blanco de seda, ribeteado con encaje.

—Supongo que no quería ensuciarse las manos con tan vil metal. Muchos nobles pueden ser así de remilgados —observo, Dixón, sin ver que tenía que ver el pañuelo con todo eso.

—No se puede decir que no sea usted observadora, señorita Scott.

—Forma parte de mi trabajo, señor Warren, el hecho de fijarse en los pequeños detalles, puede hacer la diferencia, entre un buen artículo o no.

—Podrías continuar, me está costando mantenerme despierto —la pidió, Anthony, conteniendo un bostezo —. Maldito láudano.

—Y por último, lo dejo caer junto con la moneda en el platillo.

—Tres hechos de los más irrelevantes, pero que si los unimos y les añadimos el contesto que ya sabemos, podemos afirmar que lo más probable, es que la moneda estuviera envenenada y quien la recibió este ya fallecido a estas horas. —dijo, Ashford, pensativo y a la vez orgulloso de ella.

—Si se está haciendo de forma regular, eso reduciría los mendigos en las calles de la peor manera posible —reflexiono, Chapman.

—Matándolos —afirmo, Ashford, enfurecido por no haberlo visto venir.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —se atrevió a añadir Anthony con voz entrecortada por el sueño.

—Tal vez solo sean suposiciones, no tenemos forma de comprobarlo y mucho menos relacionarlo con ellos.

—A que se refiere, señor Warren, quienes son ellos —le pregunto, Margot, intrigada.

—Cada cosa a su tiempo —dijo, Ashford, taladrando a Warren con la mirada, enfadado por su descuido.

—Así que esas tenemos, pues si tú no me dices quienes son, yo no te diré como puedes comprobar si alguien está limpiando las calles de Londres de veteranos, considerándolos poco más que parásitos de esta sociedad.

—No está usted en disposición de exigir nada, señorita Scott —replico, Ashford, con la voz como el acero, cansado ya de sus veladas amenazas.

—Te lo diremos en su momento, te lo prometo, yo mismo lo haré —intervino, Chapman, tratando de aplacarlos —, pero, por favor, dinos como hacerlo, es importante —la suplico, sin ningún pudor por tener que rebajarse ante ella para obtener la información.

—Está bien, hay dos maneras, pero hay que cotejarlas para estar seguros y será muy trabajoso, además de llevar mucho tiempo —comenzó a explicarles —, por los periódicos y cuando digo los periódicos, me refiero a todos los que salen un mismo día, anotando cuantos casos de veteranos muertos o desaparecidos se publican en cada uno de ellos y con el registro de la morgue. Ambos serán inexactos y poco realistas, en cuanto al conteo, pero nos dirán si está ocurriendo o no.

—Tiene lógica —dijo, Dixón, cada vez más asombrado con su poder de deducción, sería un gran investigador, si fuera un hombre en lugar de una mujer. No tenía ninguna duda de ello.

—Necesito un momento, saldré a fumar un cigarro —anuncio, Ashford, levantándose, saliendo a la terraza de atrás —. Chapman me acompañas.

—Claro —contesto el aludido, poniéndose en pie, para ir tras él.

—Demasiada información, necesita pensar, antes de decidir que hacer con nosotros —murmuro, Anthony, dejando caer los parpados, pero negándose a dormirse, hasta que aquella reunión terminara.

—Deberías volver a la cama —murmuro, Margot, regresando a su lado, preocupada.

—Estoy bien, solo algo dolorido.

—Ja, por el amor de Dios, no serás menos hombre por reconocer que te duele hasta el alma.

Anthony sonrió en ella, pero no dijo nada, disfrutando de su cercanía y del tacto de su mano sobre la suya.

Había hecho falta que le dieran una paliza, para que se sintiera preocupada, y estuviera dispuesta a cuidar de él, con cariño, incluso con devoción, se atrevió a pensar, sintiendo como su corazón se llenaba de esperanza de nuevo, cuando ya había renunciado a ella.

Tal vez, si la suerte le sonreía, podría intentarlo una vez más, tan solo una vez, antes de marcharse y olvidar que un día la había amado.

Capítulo 32

Chapman regreso a la sala, seguido de Ashford, pocos minutos después.

No es que estuvieran de acuerdo del todo, pero habían acordado cual sería el siguiente paso.

—A partir de ahora yo asumo el mando —anuncio, Ashford, ocupando su sitio de nuevo —. Vuestro caso está cerrado, ya tenéis al asesino y por desgracia no podrá ser castigado, por el momento.

—Eso no es justo, hemos trabajado muy duro para llevarle ante la justicia —recalco, Anthony, viendo como a Margot se le llenaban los ojos de lágrimas de decepción.

Para ella era importante que Preston se enfrentase a la consecuencia de sus actos, por Nell y por tantos otros.

Tendría que hablar con su hermano para tratar de hacerle cambiar de parecer.

—Margot, solo será por un tiempo, de verdad —dijo, Chapman, al verla tan decepcionada —. Por desgracia vuestro caso se solapa con algo que llevamos investigando durante mucho tiempo, sin demasiados resultados, todo hay que admitirlo. Y necesitamos a Preston libre para seguir avanzando.

—Así qué esto va más allá.

—Más de lo que te imaginas.

—Quiero seguir en el caso, unirme a vosotros.

—Y lo harás, los tres lo haréis —afirmo, Ashford —, pero no es tan sencillo.

—Este caso requiere de mucha cautela y tenemos que ir muy, pero que muy despacio.

—Un solo paso en falso y todos estaremos muertos —termino por él, Warren.

—Está bien, ¿qué quieres que hagamos? —le pregunto, Anthony, viendo su extrema seriedad.

—Por ahora seguir con vuestros planes. Mañana acudir al torneo como si nada hubiera pasado, dejar caer de manera visible, tu moneda, para que Preston la recupere.

—La cual sospecho que es una réplica exacta a la original, ¿estoy en lo cierto? —les pregunto, Chapman, intrigado.

—Sí, mandamos hacer una docena de ellas, no teníamos claro el porqué, pero todos estuvimos de acuerdo en no pasear la auténtica de un lado para otro —dijo, Margot, yendo hacia el escritorio, para sacar la bolsa de cuero donde las guardaban.

—Así que alguien más la ha visto.

—No excelencia, llevamos unos bocetos para que la acuñaran, a través de ellos.

Margot, saco también la carpeta donde los guardaban y se acercó a ellos.

—Aquí están, junto con todos los documentos y la información que hemos podido conseguir sobre ella.

—Gracias, esto nos será muy útil —la aseguro, Chapman, tomando la carpeta sin intentar abrirla.

—El lunes, a primera hora, vosotros dos os iréis a Wexton, donde ya te están esperando, desde hace días, Anthony. Y a vuestro regreso hablaremos —continuo, al ver como Margot se volvía hacia él dispuesta a discrepar.

—Imposible, Margot, tiene un trabajo en el periódico que no puede abandonar, y unos compromisos que cumplir con sus empleados —le contradijo, Anthony, sabiendo lo importante que era para ella.

—Su ayudante puede continuar su labor durante ese tiempo.

—No, su ayudante es ahora un periodista más, con sus propias funciones —insistió, no dispuesto a que tuviera que sacrificar de aquella manera sus sueños —. A eso me refiero, el periódico está ahora mismo inmerso en una completa reestructuración, Margot, no puede marcharse así, como si nada. Tiene que quedarse aquí para continuar su labor.

—Le pediré a mi secretario que se una a su ayudante. Estoy seguro de que entre los dos podrán pausar las reformas y cubrir su

ausencia con lo que tienen —replico, Ashford, dando el tema por zanjado.

—¡Es que no me estás escuchando!

—Déjalo, Anthony, no pasa nada —trato de aplacarlo, Margot —. Iré contigo a Wexton.

—Pero …

—Decidido os marcharéis el lunes al amanecer —sentencio, volviéndose hacia Chapman —. Por otro lado, tendrás que incluir a Lord Dartford en la cena del martes por el cumpleaños de Susan.

—Sin problemas, regreso ayer a la ciudad, después de estar un tiempo fuera.

—Y conseguir la casa de la Dama de Compañía para poder reunirnos allí a lo largo de la velada.

—Entiendo —le confirmó —. Señor Dixón, el señor Warren le dará todos los detalles para que se una a nosotros.

—Por supuesto, yo me ocuparé de todo.

—Pues hemos terminado, saldré para que busquen un carruaje y llevarte a casa, donde podrás descansar, hasta la hora en que tengas que prepararte para el torneo —anuncio, Ashford, dando la reunión por concluida —. Y espero que en esta ocasión no haya sorpresas y sea a ambos a quienes protejan —les advirtió a Dixón y Warren, mirándolos fijamente.

—No se preocupe, excelencia, no cometeremos el mismo error.

—Más les vale.

—Anthony no va a ningún lugar —afirmo, Margot, quien había regresado a su lado —. Yo me ocuparé de sus cuidados.

Un silencio tenso cayó sobre la sala.

—Sabes lo que eso significa.

—Estoy segura de que su excelencia no tendrá ningún problema en conseguir una licencia especial, mañana mismo, a pesar de ser domingo.

—Creo que Anthony también tendrá algo que decir sobre el tema —insinuó, Chapman, mirando al aludido, dormido plácidamente en el diván, mientras decidían con quién compartiría el resto de su vida.

—Y su opinión será tenida en cuenta cuando se despierte. No pienso obligarle a tomarte por esposa, solo porque tú hayas decidido

que se quede en esta casa, ¿está claro? —la advirtió, Ashford, nada contento con la situación.

—Por supuesto, asumiré las consecuencias de mis actos, si me rechaza.

—Te convertirás en una perdida, repudiada por la sociedad —la recordó, Chapman, preocupado por su futuro.

—Lo sé y asumo el riesgo.

—Está bien, nos veremos mañana, para que nos informéis de como ha transcurrido la noche y conocer su opinión sobre vuestro precipitado matrimonio —se despidió, Ashford, saliendo de la sala, con los demás a la zaga.

Una vez se hubieron marchado, Margot, se volvió hacia Anthony, preocupada.

Y si había dado muchas cosas por sentadas y él no deseaba tomarla como esposa, después de que lo rechazara, todas las veces que pregunto.

Despreciándole con sus argumentos, ante poniendo sus propios planes de futuro, con tanto egoísmo como él había hecho.

—Sí, quiero.

—Estabas fingiendo —respondió, sorprendida, con una gran sonrisa en la cara —. Podías haberme ayudado.

—No me necesitabas —afirmo tomándola de la nuca para robarla un beso.

—Te amo —susurro sobre sus labios.

—Vas a tener que explicar eso —la aseguro, feliz —, pero más tarde, ahora ayúdame a subir a nuestro dormitorio, tenemos un asunto del que ocuparnos.

—¡Estás malherido!

Anthony estalló en carcajadas al oírla, hasta que el dolor de sus costillas rotas, le recordó que ella tenía razón.

—Pues entonces vas a tener que hacer todo el trabajo.

—¿No veo cómo podría hacerlo?

—Cabalgando, yo te enseñaré.

La prometió cerrando la puerta tras él, viendo como se acercaba a la cama, en silencio, esperando sus instrucciones.

Esa iba a ser una noche de lo más interesante, que ninguno de los dos olvidaría, pensó, uniéndose a ella.

FIN

Biografía:

Autora internacional de la saga "El Descaro de las Damas" la cual la llevo al éxito, manteniéndola en los primeros puestos de venta de su género.

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de los relatos ocultos en la historia y de las leyendas urbanas, que se transmiten de generación en generación, comenzando a coleccionarlas durante su adolescencia.